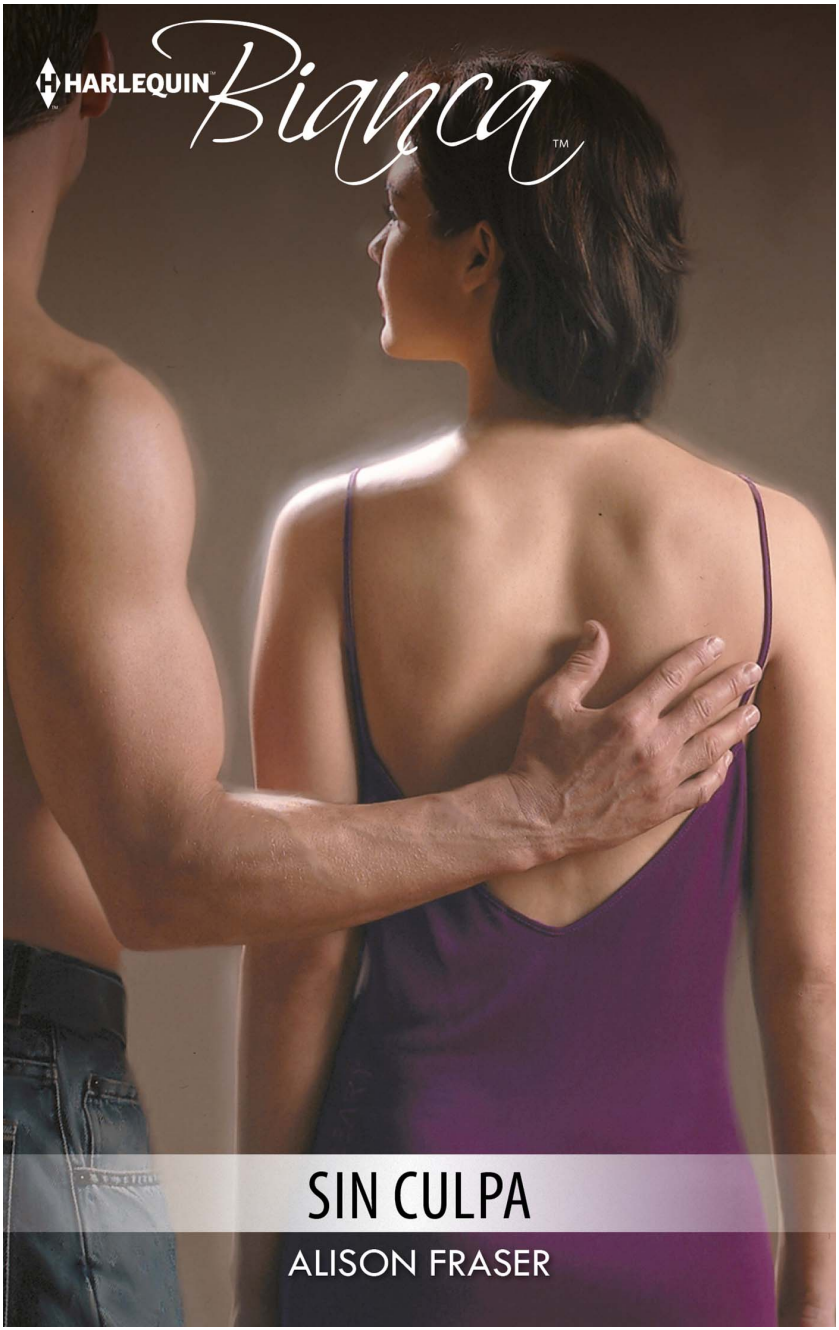

HARLEQUIN
Bianca
SIN CULPA
ALISON FRASER

Bianca™

SIN CULPA

ALISON FRASER

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Alison Fraser
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Sin culpa, n.º 1414 - julio 2017
Título original: His Mistress's Secret
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9170-091-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

EWAN Sinclair, Sinc para los amigos, se sirvió un vaso de whisky y se sentó a su mesa. La investigación estaba cerrada y el veredicto ya había sido emitido: había sido un trágico accidente en el que no había habido culpables.

¡Menuda broma! A él se le ocurrían al menos tres personas que eran directamente responsables de la muerte de Kit.

Él mismo para empezar. Era lo más parecido a un padre que Kit había tenido y sin embargo el chico no había buscado su ayuda cuando tuvo problemas. Quizá temía que le hubiera dado una charla, y tal vez lo habría hecho, pero ya nunca lo sabría, porque la muerte era irreversible.

También estaba Stuart Maclennan.

No se había podido esclarecer si habían estado haciendo una carrera o si se perseguían el uno al otro cuando el coche y la moto se salieron de la carretera. De cualquier manera, Maclennan iba drogado, y a ojos de Sinc era culpable.

Por último estaba Ti Nemo, la antigua novia de Kit.

Sinclair la había visto declarar durante el juicio; una chica con el pelo oxigenado y demasiado maquillaje en la cara. Nada más verla, sintió que la detestaba. Se había esforzado por pillar todas las mentiras que salieron de su boca, y sintió deseos de abalanzarse sobre ella y sacudirla para que dejara de repetir como un loro la historia que algún abogado listo le había preparado.

Pero, por supuesto, la costumbre de contenerse estaba demasiado arraigada en él, y se había quedado sentado.

Se imaginó a su ex mujer, Nicole, burlándose de él desde la tumba. Inhibido, reprimido y encarcelado en una camisa de fuerza emocional; aquellos eran algunos de los insultos más amables que su ex mujer le había lanzado. En su momento, no le habían molestado excesivamente, pero en aquel instante, volvieron para atormentarlo.

Tenía que hacer algo, pero no sabía el qué.

Abrió un cajón y sacó los efectos personales de Kit. Una bolsa de cuero en la cual había un anillo, una muñequera de cuero y un reloj roto. No era mucho para diecinueve años de vida.

Sinc tocó uno de los objetos, pero no sintió ninguna conexión. La única otra cosa que tenía de Kit era su teléfono móvil. Lo habían encontrado en la guantera del coche de Maclennan. Tendría que comprar un cargador; sabía que aquel teléfono quizá fuera la llave de la vida de su hijastro y también de su muerte, pero tenía que comprobarlo.

Sinc había esperado a que terminara el proceso judicial, aunque no sabía qué esperaba. Quizá una razón para poder aceptar el motivo por el

cual Kit tomó una curva tan cerrada a noventa kilómetros por hora.

Apretó el botón de encendido del teléfono móvil y este le pidió el código de acceso. Tenía solo tres oportunidades.

Lo intentó con los tres últimos números del teléfono fijo de Kit y su año de nacimiento, pero ambos resultaron ser incorrectos. Tenía un último intento y lo hizo con su fecha de cumpleaños. Acertó.

Cualquier otra persona lo habría achacado al destino, pero Sinc lo achacó a la suerte, aunque no sabía si buena o mala.

Comenzó a buscar en el directorio y la primera entrada que encontró fue TN; la segunda TN móvil. ¿Quién sino Ti Nemo? Sinc pensó que era un nombre ridículo, pero su posición en el directorio dejaba bien claro quién había sido la persona más importante para Kit en el momento de su muerte.

Sinclair dudó un momento, y por una vez, actuó por impulso y marcó el botón de marcado.

Tiree Nemo se servía la segunda copa de vino casi al mismo tiempo que Ewan Sinclair, a unos treinta kilómetros de distancia, se servía el primer whisky. Ella no era una gran bebedora pero necesitaba relajarse un poco tras un día traumático, y los catorce precedentes.

Desde luego que no era una bebedora; de hecho, un par de tragos más empezarían a afectarle la cabeza, y probablemente tampoco ayudaría el no haber comido.

Se recostó en el sofá e intentó no pensar en nada; ni en la sala del tribunal, ni en la prensa, ni en los fans intentando consolarla o en busca de consuelo.

Todo había sido como un gran espectáculo: los focos, manos intentando tocarla y voces que clamaban su atención.

¡Ojalá Stu hubiera estado allí! A él le habría encantado posar para ellos, simulando afectación mientras actuaba para su público.

Pero Kit no. Él se habría mantenido en un segundo plano, como si quisiera desaparecer. Había sido demasiado tímido para ser estrella de rock. O quizá demasiado joven.

El gran error del grupo había sido permitir que un chico de diecisiete años se uniera a ellos.

A pesar de haber hecho pruebas de sonido a muchos músicos con experiencia, habían acabado por elegir a un joven inseguro. Cierto era que tocaba el bajo excelentemente bien, pero, ¿acaso no había resultado obvio desde el principio que no sería capaz de aguantar la fama?

–¿Qué hicimos, Stu? –preguntó Ti en voz alta.

«Déjalo, cariño. Yo también estoy muerto, así que no puedes llevarme contigo por la senda de la culpa», dijo una voz en su cabeza.

¡Como si pudiera olvidarlo!

«No vas a llorar».

No.

«Bien, porque resultaría verdaderamente aburrido».

Ti hizo una mueca como respuesta a aquel comentario de Stu, antes de

darse cuenta de que volvía a mantener conversaciones con un muerto. Apretó los labios con fuerza porque sabía que si continuaba, no pararía hasta que Stu tuviera la última palabra, como siempre.

El problema era que Stu siempre había estado allí, en un segundo plano, observando, dando su opinión, controlándolo todo, por lo que resultaba difícil vivir con aquel vacío. Y no porque no recibiera invitaciones para hablar del tema; al contrario; toda una serie de periódicos y revistas competían por publicar el titular: *Ti habla sobre la terrible tragedia*.

Estaba tan harta de sus llamadas que había comenzado a colgarles el teléfono a mitad de la conversación. Y en ocasiones ni siquiera se molestaba en contestar. Como en aquel mismo instante.

Se dio la vuelta y miró el teléfono, preguntándose cuánto tiempo tardaría, quien quiera que fuera, en perder el interés antes de colgar. La mayoría tardaban tres o cuatro minutos en aceptar que no iba ni a contestar ni a permitirles que dejaran un mensaje.

Pero la persona que llamaba en aquellos momentos era particularmente insistente. El sonido del teléfono parecía no parar nunca, hasta que repentinamente se detuvo para, instantes después, comenzar de nuevo.

Ti pensó que sería Les, el mánager del grupo, pero tampoco tenía ganas de hablar con él, así que finalmente optó por cortar la llamada y descolgar el auricular. De aquella manera, cualquier persona que llamara se tendría que conformar con la señal de ocupado.

Volvió a intentar poner la mente en blanco, pero los pensamientos daban vueltas en su cabeza sin parar. La estaban volviendo loca, así como la señal de ocupado del teléfono.

Aguantó quince minutos antes de volver a colgar el auricular. Finalmente, el teléfono permaneció en silencio, pero no así sus pensamientos.

Ti se puso de pie y tuvo que hacer un esfuerzo por mantener el equilibrio; el vino había comenzado a hacerle efecto. Aunque solo eran las ocho, pensó que si se echaba en la cama acabaría por dormirse, así que salió al pasillo y se agarró a la barandilla mientras subía por las escaleras. Pero apenas llegó al dormitorio, comenzó a sonar de nuevo el teléfono, y aquella vez era su móvil el que sonaba, enterrado en la cama bajo un montón de ropa y pelucas.

Cuando lo encontró, pulsó el botón para rechazar llamadas, justo después de fijarse en la persona que llamaba: era Kit.

¿Cómo podía ser?

Sintiéndose ligeramente aturdida, se acercó al teléfono fijo que había en la mesita de noche, pulsó el botón de llamadas perdidas y comprobó que anteriormente, también había sido el teléfono de Kit.

Retrocedió mentalmente a la noche en cuestión: recordó a Kit recogiendo sus cosas, poniéndose la cazadora… ¿pero qué había pasado con el móvil? Nada. Stu lo había recogido y se lo había llevado. ¿Había sobrevivido el móvil al accidente? Quizá, aunque el coche de Stu había quedado destrozado. La pregunta era quién lo tenía en aquel momento.

Tiree decidió no hacer un misterio de todo aquello y pulsó el botón de remarcar.

La llamada fue contestada casi de inmediato.

–¿Quién es? –preguntó una voz masculina, tranquila y educada.

–Me acabas de llamar –dijo Ti, dejando que fuera él quien diera una explicación.

–¿Eres Ti Nemo?

–La señorita Nemo no se encuentra aquí en estos momentos. ¿Quiere dejar algún mensaje?

La mentira le salió de manera automática. En el pasado, y con demasiada frecuencia, había recibido llamadas de fans que de alguna manera habían averiguado su número de teléfono, obligándola a cambiarlo.

–Soy el padre de Kit Harrison –dijo el hombre después de un instante de silencio.

Inicialmente, Tiree se sintió sorprendida, pero se enfadó al darse cuenta de que no era la única que mentía.

Kit no había hablado mucho sobre sus padres, pero ella sabía que su madre estaba muerta y que su padre era como si lo estuviera, ya que había ignorado a Kit durante casi toda su vida.

–No puede ser –contestó ella–. El padre de Kit era americano.

–Cierto –concedió el hombre, con el habla de la clase alta–, debería decir que fui el padrastro de Kit.

Tiree pensó que aquello sí podía ser cierto. Kit había tenido varios padrastros, unos casados con su madre y otros no, y con uno de ellos había mantenido contacto de cuando en cuando.

–¿Y qué? –le preguntó.

–Me gustaría hablar contigo –insistió él.

Tiree decidió continuar fingiendo.

–Con la señorita Nemo, querrá decir –corrigió–. Desgraciadamente está descansan…

–Por favor –interrumpió él, con tono comedido–. Sé identificar los acentos, señorita Nemo; costa oeste de Escocia, si no me equivoco. Al norte de Glasgow, quizá sea de la zona de Argull.

Había dado en el clavo, lo cual no era habitual. La mayoría de los ingleses no eran capaces de situar su acento más allá del simple escocés.

Tiree se dio por vencida.

–¿Qué quieres? –quiso saber ella.

–Tengo algunas preguntas sobre Kit que quizá tú puedas contestar –dijo él–. Si es posible, me gustaría ir a verte.

–¿Ahora?

–Sí. Estoy bastante cerca.

–¿Cerca de dónde?

–De tu casa –dijo él.

Tiree fue consciente de dos cosas al mismo tiempo: sus palabras y el ruido del motor de un coche, y sintió un acceso de pánico.

–¿Sabes dónde vivo?

Su dirección era un secreto para todo el mundo, menos para su mánager y la compañía discográfica.

–Creo que sí –contestó él con tranquilidad–. Kit me dio la dirección:

Chalet Ivy, calle Woodside, cerca de…

Tiree no escuchó el resto. En vez de eso, tuvo un ataque de pánico al recordar, con demasiada claridad, la última vez que un invitado no deseado llegó hasta su casa.

–No vengas aquí. ¿Me oyes? –gritó, mientras bajaba corriendo por las escaleras–. Voy a llamar a la policía ahora mismo.

Aquello último fue una amenaza un poco inapropiada, ya que en aquel momento, estaba corriendo escaleras abajo para ver si el pestillo de la puerta estaba echado.

Pero iba demasiado deprisa, corriendo con calcetines de lana sobre un suelo de madera barnizado. A media bajada, se resbaló y aunque intentó sujetarse a la barandilla, no pudo evitar dar unas cuantas vueltas sobre sí misma antes de golpearse la cabeza con algo duro y aterrizar al final de las escaleras.

Tiree tuvo unos instantes de lucidez para darse cuenta de que el pestillo no estaba echado, antes de quedarse inconsciente.

Sinc miró el teléfono e intentó darle algún sentido a lo que había oído antes de que la comunicación se cortara: gritos histéricos seguidos de unos golpes sordos.

Quizá la mujer loca había estado tirando cosas. Aunque quizá se hubiera caído por las escaleras. Pero la verdadera duda era qué hacer al respecto.

¿Conducir el último kilómetro que le separaba de la casa o regresar por donde había venido y no volver a actuar llevado por un impulso?

Sinc sabía qué prefería hacer, pero el deber lo obligó a continuar hasta la casa.

Capítulo 2

TIREE se despertó entre limpias sábanas blancas, con un camisón de hospital y un horroroso dolor de cabeza. No se preguntó dónde estaba porque no había nadie a quien preguntárselo, y de todos modos resultaba obvio.

Movió los brazos y las piernas para ver si aún le respondían. Parecía que sí, aunque sintió el cuerpo dolorido. Llevó la mano hacia el intercomunicador, pero no lo pulsó; primero tenía que pensar en lo ocurrido la noche anterior.

Lo último que recordaba con claridad era la caída por las escaleras y el golpe que se había dado en la cabeza. Había bajado corriendo, pero no recordaba por qué. Sabía que había sido por el teléfono… Cerró los ojos y, a pesar del dolor de cabeza, se concentró hasta que lo recordó todo: el hombre con el teléfono móvil de Kit, supuestamente su padrastro, había amenazado con ir a su casa y ella había dejado que el pánico la invadiese.

Pero, ¿quién la había ayudado? Tiree estaba casi segura de que no había sido él. Tenía un vago recuerdo de otra voz, tranquilizadora, distinta a la del teléfono, y unas manos recogiéndola del suelo. Quizá hubiera sido el enfermero de la ambulancia, pero tampoco recordaba el viaje al hospital.

Tiree escuchó el ruido de la puerta abriéndose y volvió la cabeza. Entró una enfermera, que al ver a Tiree despierta sonrió ampliamente.

–¡Estás despierta! –exclamó la enfermera–. ¿Cómo te encuentras?

Aquella era una pregunta tonta, ya que se sentía como si hubiera participado en un combate de boxeo.

–Bien –dijo Tiree, forzándose en sonreír–. ¿Dónde estoy exactamente?

–En la Clínica Abbey.

–¿Cuánto tiempo llevo aquí?

–Desde anoche, creo. ¿Recuerdas lo que pasó?

Tiree asintió.

–Me resbalé y caí por las escaleras.

–Bien –dijo la enfermera, aparentemente complacida ante la lucidez de Tiree–. Afortunadamente no tienes ningún hueso roto.

–Entonces puedo marcharme –dijo Tiree, incorporándose en la cama.

–No. Aún no –replicó la enfermera, apoyando una mano sobre su hombro–. Primero tiene que verte el médico y confirmar que puedes recibir el alta.

–De acuerdo –aceptó Tiree, que quería salir de allí sin llamar la atención–. ¿Sabe alguien que estoy aquí?

–¿Te refieres a tu familia?

Tiree negó con la cabeza. No tenía familia.

–¿Sabes quién soy? –preguntó en un tono que no era en absoluto

exigente, sino meramente interrogativo. Tiree nunca utilizaba su fama para intimidar.

–Lo siento, pero ingresaste en Urgencias y aún no hemos podido rellenar tu ficha. Si te sientes con fuerzas, podemos hacerlo ahora.

La enfermera se acercó al cabecero de la cama y recogió la ficha de los datos personales.

Resultaba obvio que no sabía quién era Tiree, a pesar de que su imagen había sido portada de la prensa rosa durante la última semana.

Pero la imagen de Tiree era solo eso: una peluca rubia que cubría su verdadero pelo, moreno y corto; una máscara de maquillaje que se quitaba en cuanto estaba sola, y ropa de cuero que cambiaba por unos vaqueros y una camiseta en cuanto podía.

De repente, Tiree pensó que si no sabían quién era, no tenía por qué decirlo.

–¿Cómo te llamas? –preguntó la enfermera.

–Yo… –empezó a decir Tiree, dándose cuenta de lo difícil que era pensar en un pseudónimo.

–¿No te acuerdas de tu nombre, cielo?

Tiree decidió aprovechar la equivocación de la enfermera.

–Yo… no.

–No te preocupes, iré a buscar al médico –le dijo amablemente.

Tiree observó cómo se marchaba. No estuvo mucho tiempo sola, ya que inmediatamente entró otra enfermera agitando un termómetro en la mano.

Mientras estaba recostada sobre la almohada, con el termómetro bajo la lengua, entró un médico. Tenía aspecto despreocupado y también parecía muy joven, lo cual no inspiró mucha confianza a Tiree.

–La enfermera me ha dicho que no te acuerdas de tu nombre –le dijo mientras estudiaba las pupilas de Tiree con una pequeña linterna.

Tiree farfulló una respuesta, que resultó ininteligible debido al termómetro que tenía en la boca.

–Lo siento –dijo el médico; tomó el termómetro y lo leyó.

–Me gustaría marcharme, ¿es posible?

–¿Adónde?

–A casa.

–¿Dónde vives?

Tiree negó con la cabeza. Nunca revelaba los detalles de su casa. En una ocasión la habían acosado hasta el punto de tener que mudarse.

–No podemos darte el alta hasta que estemos seguros de que estás bien. Has sufrido una conmoción, aunque afortunadamente no tienes ninguna fractura en la cabeza.

El médico sonrió de manera tranquilizadora y se dirigió hacia la puerta con la enfermera.

–Hay que informar al doctor Chivers de su estado. También hay que contactar con el doctor Sinclair, ya que es nuestra referencia en relación con este caso. Mientras tanto, mantenla vigilada y no la inquietes con demasiadas preguntas.

Aunque habló en voz baja, Tiree pudo oír lo que decía y se preguntó si el médico la consideraría mentalmente incapacitada de alguna manera.

–¿Quién es el doctor Sinclair? –le preguntó Tiree a la enfermera cuando el médico se marchó.

La enfermera dudó por un momento antes de contestar.

–Es el jefe del Departamento de Pediatría del hospital San Bartholomew, en Reading.

Unas horas más tarde, Tiree comenzó a despertarse lentamente. Su cabeza se puso en marcha antes de que abriera los ojos. Se había quedado dormida pensando en alguien a quien llamar para que la sacara de allí, pero finalmente decidió disfrutar del anonimato que le proporcionaba aquella situación.

Escuchó voces al pie de la cama. Estaban hablando sobre su estado, aparentemente sin ninguna necesidad de preguntárselo a ella misma.

–¿Está estable? –preguntó el joven doctor que la había visitado por la mañana.

–Eso creo –dijo la enfermera.

–¿Hay daño cerebral? –preguntó un tercero.

El tono de voz era abrupto y Tiree sintió que debería reconocerlo, pero no lo hizo.

–El escáner no ha mostrado nada –informó el médico–, pero parece estar sufriendo algún tipo de confusión de identidad.

–¿Confusión de identidad? –repitió el otro hombre con sarcasmo.

–No parece saber como se llama, señor –se apresuró a explicar el médico joven.

–Muy interesante –comentó el desconocido en un murmullo–. Aparte de eso, ¿cómo está de ánimos?

–Teniendo en cuenta su estado, está muy contenta –comentó la enfermera.

–Lo cual no es muy normal –comentó el médico desconocido.

–¿Qué recomienda, doctor Sinclair? ¿La trasladamos al hospital general para que le hagan un seguimiento de su amnesia?

–Eso lo decidirá el doctor Chivers –dijo el doctor Sinclair–. Ella es su paciente. Sin embargo, me gustaría hablar con ella.

–Desde luego.

–¿La despierto?

Incluso con los ojos cerrados, Tiree pudo detectar la reverencia con que tanto el médico más joven como la enfermera trataban al doctor Sinclair. No era de extrañar que pareciera tan arrogante.

–No será necesario –dijo el doctor Sinclair–; está despierta.

Tiree se preguntó cómo podía saberlo si aún tenía los ojos cerrados. Sintió que la observaban, pero se mantuvo quieta hasta que unos dedos rodearon su muñeca para buscarle el pulso. Entonces abrió los ojos y se encontró con una cara que no encajaba con la voz y la actitud que ella había percibido.

Se había imaginado a un hombre de cincuenta y tantos años, con ojeras, cara redondeada y una mandíbula perdida bajo una prominente papada.

Pero aquel hombre no podía ser más distinto: tenía unos intensos ojos

azules, pómulos bien marcados y una boca que, aunque no sonreía, solo podía describirse como sensual. No llevaba bata blanca, sino un caro traje gris que resaltaba su cuerpo alto y delgado.

Tiree no sabría decir muy bien qué edad tenía; su oscuro pelo tenía algunas canas, pero la atractiva cara estaba libre de arrugas.

–¿Podría hablar a solas con la paciente? –preguntó el doctor Sinclair a sus acompañantes.

–Por supuesto –dijo el médico joven, y ambos se marcharon inmediatamente.

Estaba claro que para ellos el doctor Sinclair era una persona muy importante, pero para Tiree no era nadie.

–Supongo que recuerdas que te emborrachaste y te caíste por las escaleras –dijo él.

–No estaba borracha –se defendió ella–. Solo había bebido un par de vasos de vino.

Él no pareció convencido. Recogió el informe que colgaba del cabecero de la cama y le echó un vistazo.

–Según el análisis de sangre, estabas por encima del límite legal para conducir.

–¿Y qué? –preguntó Tiree, sin poder creerse lo pedante que era aquel hombre–. No estaba conduciendo. Estaba en mi propia casa, haciendo mis cosas cuando…

–¿Qué? –preguntó él al ver que ella dudaba.

–Cuando me resbalé por las escaleras –terminó ella con sequedad en la voz.

–¿Estabas angustiada por algo? –insistió él.

¿Pero qué quería aquel hombre? ¿Una confesión de que se había arrojado por las escaleras?

–No. Estaba bien.

–Sé que estás mintiendo –dijo él, sorprendiéndola.

Acababa de sufrir una conmoción cerebral y sin embargo él no estaba haciendo ninguna concesión a su potencialmente frágil estado.

–¿Es que no enseñan modales en la carrera de Medicina? –preguntó ella finalmente.

El médico frunció el ceño pero no se disculpó. En vez de eso la observó como si fuera un espécimen de gran interés, o quizá una subespecie, a juzgar por su desdeñosa mirada.

–¿Realmente importa cómo me sentía antes de caerme? Lo que importa es cómo estoy ahora, y yo diría que me encuentro bastante bien, así que si alguien puede traerme mi ropa, me podré marchar.

–No te podemos dar el alta mientras sufras amnesia.

Tiree se dio cuenta de que corría el peligro de cerrarse todas las puertas y decidió dejar de fingir.

–Era una broma. Sé quién soy.

–¿Y quién eres? –preguntó él.

Tiree aún no quería revelar su verdadera identidad, pero ya había pensado en un nombre.

–Marie Baxter.

Era el nombre de una amiga del colegio, y lo utilizó con la confianza de que aquel hombre no la habría reconocido. Él la miró fijamente por un momento.

–Al menos es una mejoría –murmuró.

–¿Disculpa?

Él movió la cabeza.

–Bueno, señorita Baxter…

–En realidad es señora –mintió Tiree, aunque no supo muy bien por qué.

–*Señora* Baxter –enfatizó él–, al haber sufrido un golpe en la cabeza, es muy importante que alguien responsable pueda cuidarte. Tu marido…

–Está muerto –interrumpió ella al darse cuenta del giro que estaba tomando la conversación.

Él entrecerró los ojos y Tiree se dio cuenta de que intentaba distinguir la verdad de la ficción. Deseó no haber comenzado todo aquello.

Ella le devolvió la intensa mirada, esperando que se cansara. Fue consciente de lo atractivo que era, pero más increíble aún era la intensa e inteligente mirada de sus azules ojos. Finalmente, Tiree apartó la vista.

–Creo que deberíamos dejar los juegos, señorita Nemo –dijo él finalmente.

–¿Sabes quién soy?

Él asintió.

–Anoche dudé. Pareces otra persona sin la peluca y el maquillaje.

De hecho, a Sinclair aún le costaba admitir que era la misma persona; había pasado de parecer una salvaje estrella del rock a… ¿A qué? No estaba seguro; el pelo corto y las delicadas líneas de su cara la hacían parecer una joven abandonada, pero los labios eran exuberantes y tras aquellos verdes ojos había más inteligencia de la que había anticipado.

–¿Anoche? –repitió ella.

–En tu casa –añadió él.

Tiree se sintió confusa. No tenía ningún recuerdo de aquel hombre.

–Estabas hablando con alguien por teléfono antes de caerte –le aclaró él.

–Con el padrastro de Kit.

–¿Lo conoces?

–Podría decirse que sí –dijo Sinclair, que no tenía prisa por revelar su identidad. No quería provocarle otro ataque de pánico.

–¿Te ha mandado él? –preguntó ella al no ser capaz de encontrar otra explicación.

–Más o menos.

Tiree intentó recordar lo que Kit le había contado sobre sus padrastros, que había sido muy poco. En el grupo, a nadie le había gustado hablar de sus respectivas infancias; todos se alegraban de haberlas dejado atrás.

–¿De qué os conocéis? –preguntó ella.

–Fuimos juntos al colegio –contestó él después de pensarlo.

–Claro, debería haberlo imaginado.

–¿Por qué sientes tanta aversión a conocerlo? Él solo quiere hacerte unas cuantas preguntas sobre la noche del accidente de Kit.

–Ya se dijo todo en el juicio. Puede comprarse un periódico y leerlo.

–Pero él preferiría oír la verdad –dijo él arrastrando las palabras.

Tiree sintió que una alarma se disparaba en su cabeza. En el juicio habían aceptado su historia: después de hacerle una visita, Kit y Stu habían decidido volver a Londres para trabajar en el estudio de grabación. Stu conducía su deportivo y Kit su moto nueva, y Tiree había admitido la posibilidad de que hubieran echado una carrera. El juez había declarado que sus muertes habían sido accidentales.

Aquel hombre, o más bien su amigo, era la primera persona en dudar de su palabra.

–¿Qué intentas decir? –preguntó Tiree, adoptando una actitud de indignación como defensa.

–No intento decir nada. Afirmo que no creo que tu versión de lo que ocurrió aquella noche sea del todo cierta.

Tiree pensó que su tono de voz carecía por completo de sentimientos. Lo habían enviado para que le sonsacara la verdad. Sin embargo, el padrastro de Kit no había acertado con el emisario si pensaba que se iba a confesar a aquel robot.

–Puedes creer lo que quieras –dijo ella, y alargó la mano hacia el intercomunicador.

Él adivinó su intención y rápidamente le sujetó la mano, apretando los dedos alrededor de su muñeca cuando ella intentó zafarse. Tiree lo miró sorprendida y se sorprendió aún más al ver que el aparentemente tranquilo y frío doctor no lo era tanto en realidad.

–¿Te paga el padre de Kit por hacer esto? –le preguntó, retándolo–. ¿O es que te excita maltratar a mujeres indefensas?

–¿Indefensa? –repitió él con incredulidad–. ¿Así es como te ves a ti misma?

–La verdad es que no estoy en las mejores condiciones para defenderme, ¿no? De todos modos, cuando termines de romperme la muñeca, me gustaría llamar a la enfermera para que me ayude a vestirme y poder salir de aquí.

Sinclair se fijó en la mirada de desafío que le dedicó y sintió una increíble admiración por ella; había esperado que fuera difícil, y lo había sido, pero también tenía carácter.

Le soltó la mano, después de alejar el botón del intercomunicador de su alcance. Vio que le había dejado unas marcas rojas en la muñeca y se arrepintió de haber utilizado tanta fuerza. Aquello no era propio de él, pero tampoco lo era el disculparse.

Tiree lo miró con resentimiento, pero no tenía ganas de continuar discutiendo.

Él se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir y se volvió hacia ella.

–Creo que deberías saber que no soy un intermediario.

–¿Qué quieres decir?

–Soy el padrastro de Kit. Bueno, uno de ellos.

El hombre sonrió levemente, disfrutando de la confusión de Tiree, y se apresuró a salir de la habitación. Quizá pensaba que ella le arrojaría algo, cosa que era bastante tentadora.

¿Por qué no se lo había dicho antes? ¿Y cómo no se había dado cuenta

de ello? Tenía el mismo acento de la clase alta londinense; la misma voz, fría y precisa, con un ligero tono de amenaza. También era demasiado arrogante para ser el intermediario de nadie. En aquel momento la puerta volvió a abrirse, y Tiree miró furiosa en aquella dirección hasta que vio que era la enfermera.

–El doctor Sinclair pensó que podrías necesitar calmantes –le dijo, ofreciéndole un vaso de plástico con dos pastillas.

–¡Qué considerado! –se burló Tiree.

La enfermera sonrió a modo de respuesta mientras ella vaciaba el contenido del vaso en su mano. Tiree las miró con sospecha en los ojos, como si fueran algo más que una aspirina; quizá fueran una droga de la verdad. ¡Menuda fantasía! Pero era lo que el padrastro de Kit andaba buscando: los detalles de la noche del accidente.

El problema era que no le gustaría la verdad cuando la oyese.

Capítulo 3

EL SIGUIENTE doctor que visitó a Tiree fue mucho más agradable que Sinclair.

Llegó a última hora de la tarde y se presentó como el doctor Chivers. Tiree se puso en guardia pensando que quizá estuviera allí para evaluar su estado mental, pero su reconocimiento fue estrictamente físico.

Le miró el golpe de la cabeza, las pupilas y comprobó sus reflejos. Mientras lo hacía, mantuvieron una amigable charla y después declaró que estaba lista para recibir el alta. La radiografía del tobillo había descartado que estuviera roto; solo tenía un esguince. Tiree sintió algo parecido al triunfo al imaginarse a Sinclair volviendo a visitarla para descubrir que se había marchado.

Sinclair no se alegró tanto cuando Bob Chivers se lo dijo.

–Lo siento, pero no podemos retenerla.

–¿Por qué no?

–Porque está lo suficientemente bien para recibir el alta; no somos un hotel, Sinc.

–¿Necesitas otra cama? –preguntó Sinclair–. Porque si no, quiero que la retengas un par de noches más. Yo pagaré los gastos.

–Sabes que no se trata de dinero –dijo su amigo–. Sería distinto si ella quisiera quedarse, pero no quiere. Siempre y cuando tenga a alguien para que cuide de ella durante las próximas veinticuatro horas, no veo razón para no dejarla marchar.

Sinclair se dio cuenta de que Bob no iba a cambiar de opinión, así que intentó utilizar otro argumento.

–De acuerdo, físicamente está bien, ¿pero has considerado su estado mental? ¿No te ha parecido desequilibrada?

–La verdad es que no. Un poco aturdida quizá –concedió Bob–, pero teniendo en cuenta los últimos acontecimientos por los que ha pasado, lo está llevando bastante bien. De hecho, tú me preocupas más, Sinc.

–Gracias.

–Hablo en serio. Sé que ha sido duro aceptar la muerte de Kit, pero dudo que lo que te pueda decir esa chica te ayude a sentirte mejor.

–No quiero sentirme mejor. Solo quiero saber la verdad.

Bob movió la cabeza, dándose por vencido

–Dejaré que hables con ella una vez más antes de que se marche. Pero no seas muy duro; aún es paciente del hospital.

–Por supuesto –aceptó Sinclair, dirigiéndose hacia la puerta.

–Y quizá un poco de amabilidad no esté de más –sugirió Bob.

Aquel era un consejo absurdo tratándose de Ti Nemo, pero Sinclair levantó una mano a modo de respuesta, dejando que Bob pensara que le haría caso.

Cuando llegó a la habitación, llamó a la puerta y entró.

Tiree se había puesto los vaqueros de la noche anterior y la camiseta, y estaba sentada en una silla de ruedas, esperando para salir de allí. Tenía una venda alrededor del tobillo y llevaba unas sandalias, prestadas por las enfermeras, ya que había ingresado descalza.

–Ah, eres tú –le dijo al verlo.

Aquel no parecía un buen comienzo para una conversación, pero Sinclair intentó mostrar algo de preocupación.

–¿Qué tal tu tobillo?

Ella se encogió de hombros.

–Viviré. Siento decepcionarte.

Sinclair inspiró profundamente. Aquello no iba a ser nada fácil.

–Creo que empezamos con mal pie –dijo en tono conciliador–. Solo quiero que hablemos. La verdad es que no sé por qué te puse tan nerviosa anoche…

–Un completo extraño me llama a las tantas de la noche –interrumpió ella–, afirma que es el padre de Kit y me dice que está apunto de llegar a mi casa. ¿Y no sabes por qué me puse nerviosa?

–Las ocho de la tarde no son las tantas de la noche, soy el padrastro de Kit y ¿qué pensabas, que iba a entrar en tu casa por la fuerza? Creo que exageraste.

Tiree se quedó callada por un momento y Sinc pensó que estaba recapacitando e incluso pensando en una disculpa.

–Entonces vamos a aclarar una cosa, ¿es tu pie derecho con el que estamos ahora? –preguntó ella enarcando una ceja.

Sinclair tuvo que hacer un esfuerzo para no gruñir. Aquella chica era realmente exasperante.

–¿Te lo tomas todo a broma?

–Más bien –admitió ella–, pero veo que tú te tomas la vida muy en serio.

Tiree imitó su expresión y se preguntó cuántos años tendría. ¿Cuarenta, sesenta…?

–No creo que hayas tenido razones para reír durante las últimas dos semanas –dijo Sinclair con seriedad.

–No, pero te has confundido de persona si esperas que me derrumbe. He pasado por cosas peores.

–¿De verdad? Estoy intrigado –dijo Sinclair. En parte era verdad, ya que sentía curiosidad por saber qué había hecho que aquella chica fuese de aquella manera.

Pero ella se limitó a mirarlo con desdén.

–Si quisiera hablar de cosas tristes, contrataría a un psiquiatra.

–Eso tiene solución –dijo Sinclair, preguntándose si aquella dura actitud no sería una máscara–. Estoy seguro de que si se lo pides a Bob, él…

–¿Bob?

–El doctor Chivers.

–¿Es tu amigo?

Sinclair tuvo que admitir que era lista.

–Es un colega de trabajo –corrigió.

–Pues Bob parecía bastante satisfecho con mi salud –dijo ella complacida–. De hecho, Bob me ha dado el alta.

Sinclair maldijo en silencio; no estaba acostumbrado a encontrarse tanta resistencia. Miró fijamente a Tiree y vio que su cara era de unas facciones casi perfectas y que parecía sorprendentemente joven sin el maquillaje. Pero la insolencia se dibujaba en sus exuberantes labios, y sus verdes ojos no parecían tan inocentes. Abandonó la idea de obtener cualquier tipo de información de manera civilizada y decidió ponérselo un poco más difícil.

–Bob ha aceptado darte el alta bajo supervisión –le informó–, así que alguien tendrá que asumir la responsabilidad.

Tiree se preguntó si se estaría ofreciendo voluntario, pero lo dudó. La antipatía era mutua.

–Tus padres, por ejemplo –añadió él.

–No tengo padres –admitió Tiree.

–Debes de tener algún familiar cercano.

–No. Estoy sola. La pobrecita huérfana, completamente sola en el mundo –añadió en tono jocoso.

Sinclair se dio cuenta de que ella no quería su compasión, lo cual le pareció bien, porque no tenía ninguna intención de dársela.

–¿Amigos?

Por supuesto, Tiree los tenía, tanto en el mundo de la música como afuera, pero no quería involucrar a ninguno de ellos en aquel asunto. De hecho, lo único que quería hacer era llegar a casa, meterse en la cama y dormir durante una semana. Pero Sinclair estaba esperando a que ella le diera algún nombre.

–Mi mánager, Leslie Gray. ¿Satisfecho?

De manera que Tiree telefoneó a Les y le dejó un mensaje en el contestador, pidiéndole que fuera a su casa para quedarse con ella.

Después, y tras una pequeña discusión al respecto, Tiree tuvo que aceptar que Sinclair la llevara él mismo a casa, en vez de dejarla tomar un taxi.

Salieron de la habitación, Tiree en silla de ruedas, y bajaron al aparcamiento.

Tiree vio que tenía el tipo de coche que habría imaginado que poseería: era un discreto modelo, de color conservador, más cómodo que ostentoso.

–Gracias.

Sinclair pareció sorprendido y Tiree pensó que le preguntaría por qué le daba las gracias, pero se limitó a preguntarle si necesitaba ayuda. Ella negó con la cabeza y utilizó los brazos para levantarse de la silla de ruedas. Aún le dolía el tobillo, pero consiguió apoyar el pie en el suelo y él le sujetó la puerta para que pudiera entrar en el coche.

Mientras Sinclair devolvía la silla de ruedas, ella se recostó en el asiento y cerró los ojos. Quizá si los mantenía cerrados, Sinclair no intentaría entablar conversación hasta que llegaran a la puerta de su casa.

Fue consciente de que Sinclair entraba en el coche y arrancaba el motor. Se pusieron en marcha pero no llegaron muy lejos antes de que,

repentinamente, él detuviera el coche. Tiree se incorporó y vio que se habían detenido un poco antes de las puertas de salida. La razón era una multitud de personas al otro lado de la verja.

–Supongo que son periodistas –dijo Sinclair.

–¡A mí no me mires! –exclamó ella.

–Alguien debe de haberlos avisado.

–Sí, claro –dijo ella, haciendo un gesto de impaciencia con los ojos–. ¿Crees que avisaría a la prensa para que vinieran a sacarme fotos, recién salida del hospital? –preguntó ella con incredulidad.

Cuando finalmente consiguieron alejarse de las puertas del hospital, Sinclair estaba tenso. Habían sido solo veinte segundos, pero parecía como si una manada de animales salvajes los hubieran asaltado.

–Han conseguido una buena instantánea, ¿verdad?

Tiree entendió la naturaleza de su acusación, pero no respondió. Estaba temblando interiormente. Detestaba a los medios de comunicación.

–Ni siquiera te has molestado en esconderte –añadió él, por si ella aún no lo había entendido.

–¿Y dejar que me vean escondiéndome como un animal asustado? –siseó ella–. ¡Ni hablar!

Dulce, amable y divertida. Así había descrito Kit a Tiree en una ocasión. Sinclair no lo creyó entonces y acababa de comprobar que sus suposiciones eran ciertas.

–Pero han conseguido una tuya muy buena, gruñendo a las cámaras –afirmó ella.

–¿Qué tenía que hacer? ¿Sonreír amablemente y saludarlos? –preguntó él furiosamente.

–No deberías haber hecho nada –sugirió Tiree–. Quizá ni siquiera me hubieran reconocido. Has visto mi aspecto profesional, ¿verdad?

–Sí. Con aspecto de rubia promiscua –confirmó él.

Tiree se revolvió ligeramente ante aquella descripción, pero pensó que sería mejor dejarlo pasar porque reconoció la verdadera fuente de su rabia; Sinclair obviamente odiaba a la prensa tanto como ella. Al menos tenían una cosa en común.

Al ver que ella no contestaba, Sinclair se volvió para mirarla y vio que tenía la vista fija en la carretera. Entonces recordó que era médico y que insultar a una paciente que acababa de recibir el alta no era el espíritu del juramento Hipocrático.

–Lo siento.

–¿Por qué?

–Por mi último comentario –dijo él, no queriendo repetirlo.

Pero Tiree se limitó a encogerse de hombros.

–De lo que se siembra, se recoge.

Sinclair se preguntó cuánto de ella era solo imagen y cuánto era real.

–¿Ti Nemo es tu verdadero nombre? –le preguntó.

Tiree apartó sus pensamientos y se echó a reír.

–¿Crees que me inventaría algo así?

Sinclair sí lo creía posible.

–Hoy en día, la mayoría de los nombres de las estrellas del rock parecen

extravagantes.

Tiree aceptó que tenía razón, pero no tenía por qué parecer tan orgulloso al decirlo.

–¿Cuántos años tienes?

–¿Por qué quieres saberlo? –preguntó él, sorprendido.

–Por curiosidad. Como estamos intercambiando información personal…

Sinclair apretó los labios.

–Treinta y ocho.

–¿De verdad? –dijo Tiree, aparentemente sorprendida.

¿Cuántos años se pensaba la chica que tenía, cincuenta? se preguntó Sinclair irritado. Él siempre había pensado que aparentaba la edad que tenía.

Tiree se dio cuenta de que había dado en un punto sensible, pero le dio igual. Quizá no lo pareciera, pero actuaba como un hombre mayor.

–Entonces, ¿te llamas así o no?

–Ahora sí.

–Así que te lo cambiaste oficialmente –concluyó él.

–No. Ti es diminutivo de Tiree, una isla escocesa.

–La conozco.

–Me crié en una comuna cerca de allí.

¿Una comuna? Aquella parecía otra mentira.

–¿Y Nemo, el apellido?

–También lo escogió la comuna. Por lo visto significa «nadie».

–Sí. En Latín.

Típico de una persona como él saber una lengua muerta.

–Lo cual pareció apropiado teniendo en cuenta que me dejaron junto a la puerta de la casa cuando apenas tenía unas horas de vida.

Sinclair no fue capaz de ocultar su incredulidad.

–¿Eres huérfana?

En aquel momento Tiree deseó haber mantenido la versión oficial del club de fans: la muerte de su madre soltera, los años de adolescencia bajo el cuidado de una asociación de Glasgow, antes de que la fama y la fortuna llamaran a su puerta… Se aproximaba a la verdad sin parecer tan extravagante.

–Te lo has inventado, ¿verdad? –la acusó él ante su silencio.

Tiree se preguntó por qué habría confiado en él.

–Quizá.

Sinclair se tomó aquello como un sí.

–Igual que tu nombre, supongo.

–¿Importa realmente?

–¿Escribíais vuestras propias canciones? –preguntó Sinclair repentinamente.

Tiree parpadeó sorprendida ante aquel repentino interés.

–Stu escribió la mayoría de los éxitos, pero Kit y yo escribimos un par de ellas juntos. ¿De verdad era tu hijastro?

–Yo no miento –se limitó a contestar.

No como ella, era lo que implicaba la respuesta, se dijo Tiree. Pues tenía razón. Había descubierto que las mentiras solían servir mejor que la

verdad.

–Kit nunca te mencionó –dijo ella con sequedad.

–A ti sí –replicó Sinclair con acritud.

Tiree frunció el ceño. ¿Habría dicho Kit cosas malas sobre ella? Le costaba creerlo.

–¿Y?

–Nada.

Sinclair prefirió guardarse las opiniones de Kit para sí mismo. No quería decirle a aquella chica lo embrujado que había estado Kit por ella.

Tiree también decidió no continuar con aquella conversación. Estaban a escasos diez minutos de su casa, y si él insistía en esperar a Les, era asunto suyo. Ella buscaría refugio en su habitación.

Se volvió para mirar por la ventanilla y cuando sintió que los párpados le pesaban, apoyó la cabeza contra la ventana y se dejó llevar por el sueño.

Sinclair decidió cambiar de táctica. Quizá si adoptaba un tono más neutral, conseguirían mantener una conversación racional antes de que llegara el mánager.

Finalmente, llegaron al camino que subía a la casa y Sinclair movió a Tiree con suavidad para despertarla. Comenzaba a reducir la marcha cuando vio que había tres coches aparcados al borde de la propiedad. Fue rápido en reaccionar y pisó el acelerador para pasar de largo.

–Te has… –comenzó a protestar Tiree, antes de darse cuenta de lo que sucedía–. ¿La prensa? No puede ser –añadió al tiempo que giraba la cabeza justo a tiempo para ver a un fotógrafo con la cámara colgando del cuello.

–Eso parece –dijo Sinclair, deteniendo el coche más o menos a un kilómetro de distancia, a la entrada de un prado.

Tiree se recostó en el asiento. ¿Quién se lo habría dicho? Siempre había pensado que muy pocas personas conocían la existencia de su chalet; sin embargo, el hombre que estaba sentado a su lado lo había encontrado, y ella ni siquiera sabía que él existía.

–¿Cómo sabías dónde vivo? –le preguntó de repente.

–Cuando Kit se marchó de su piso en Londres, nos dio esta dirección –dijo él.

Tiree pensó en el plural que había utilizado y supuso que estaría casado por segunda vez; quizá su esposa estuviera esperándolo en aquel momento.

–No se lo he dicho a nadie, si es lo que quieres saber –añadió él.

–Si tú lo dices –dijo Tiree sin convicción.

–¿De verdad crees que querría que mi nombre y reputación tuvieran algo que ver contigo? Soy pediatra, no cualquier futbolista sin cerebro, acosador de jovencitas.

–¡Pues no te preocupes! –replicó ella enfurecida–. No creo que nadie considerase la posibilidad de que *yo* saliera contigo.

–¡Bien! –exclamó él, ignorando el insulto implícito en sus palabras–. ¿Y ahora qué hacemos?

De nuevo utilizaba el plural. Aquello la sorprendió. No tenía más que

dejarla que volviera a su casa a enfrentarse ella sola con los periodistas.

Pero aún quería algo de ella: los detalles de la noche del accidente. Podría dárselos. Podría detallarle cada momento hasta que deseara no haber preguntado, pero sentía que su lealtad iba más allá de la muerte.

–Si quieres que vuelva al chalet, lo haré –dijo Sinclair.

Tiree negó con la cabeza.

–¿Puedes llevarme a la estación más cercana? –le preguntó–. Por favor –añadió.

Obviamente había abandonado sus planes de volver a casa y Sinclair no iba a intentar convencerla de lo contrario, pero le preguntó de todos modos:

–¿Adónde piensas ir?

–No lo sé –murmuró ella–. A Londres, supongo. Podría ir a un hotel.

Sinclair la miró fijamente.

–¿Tienes dinero?

–Claro que tengo dinero. Pero no llevo nada encima… Pensé que quizá pudieras prestarme algo.

–¿De verdad? –reflexionó él. Tiree contuvo un suspiro de irritación.

–¿Quieres que te lo suplique?

–¿Lo harías? –preguntó él enarcando una ceja; ella lo miró furiosa.

–¡Por supuesto que no!

–Pues parece que hemos llegado a un punto muerto –dijo Sinclair, esperando que ella mordiera el anzuelo.

Lo que no esperaba era que, a pesar de haber arrancado de nuevo el motor, Tiree se desabrochara el cinturón de seguridad y abriera la puerta del coche.

–No voy a volver ahí.

–¡Espera! –exclamó él intentando sujetarla, pero ella fue más rápida.

Tiree se había olvidado de su tobillo malo, pero en cuanto puso los pies en el suelo lo recordó. Sin embargo, ignoró el dolor y comenzó a caminar en dirección contraria a la casa.

Sinclair la miró con incredulidad mientras ella caminaba cojeando por el borde de la carretera. No llevaba sombrero, ni abrigo ni bolso. Solo la camiseta blanca y los vaqueros de la noche anterior, y aunque era principio de verano, había comenzado a lloviznar.

Quizá estuviera loca y lo más sabio fuera dejarla marchar. Entonces, ¿por qué se puso su abrigo y salió del coche en su busca?

Tiree no se molestó en mirarlo cuando él la alcanzó.

–¡Márchate!

–Esto es ridículo –dijo él alargando una mano para detenerla, pero Tiree se revolvió para quitársela de encima.

–¡Entonces márchate! –repitió ella, pero Sinclair continuó caminando a su lado.

–Te estás mojando y el tobillo te estará doliendo.

–¿Y qué? –preguntó Tiree.

Su furia era lo que la mantenía caliente y lo que la hacía olvidar el dolor.

–Vamos, Ti –dijo él, llamándola por su nombre de pila por primera vez–.

Volvamos al coche.

Aquello hizo que ella aminorara el paso y se volviera para mirarlo. Pero cuando él intentó arroparla con su abrigo, ella lo arrojó al suelo y continuó caminando. Al menos hasta que él la sujetó por el hombro, obligándola a detenerse.

Aquella vez, cuando intentó de nuevo zafarse de él, Sinclair la sujetó con fuerza y ella se hizo daño.

–¡Déjame!

–Volvemos al coche –dijo él, ignorándola.

–Pues tendrás que llevarme –replicó ella, plantándose sobre sus talones.

–De acuerdo.

Sinclair le tomó la palabra y, tras arroparla con el abrigo, la tomó en brazos.

–Sujétate.

Al principio Tiree obedeció debido a la sorpresa, pero después no le quedó más remedio que rodearle el cuello con los brazos, ya que comenzó a caminar apresuradamente. La llovizna se estaba convirtiendo en un aguacero, y a Tiree le pareció que Sinclair la estrechaba contra él todo lo que podía, como si quisiera protegerla del agua.

Cuando finalmente llegaron al coche, Tiree se sentía abrumada por una extraña sensación de impotencia. Era algo extraño para ella; se sintió mareada, el corazón se le aceleró y sintió que el calor crecía en su cuerpo, desafiando al frío y la lluvia.

Sinclair también luchaba contra una mezcla de emociones. No le gustaba aquella chica; no era su tipo, ni física, ni mental ni moralmente. Pero ninguno de aquellos factores evitaron que su cuerpo reaccionara a su proximidad.

Con cuidado, la dejó en el suelo y ella lo miró con aquellos maravillosos ojos verdes. Sinclair la sujetó durante un instante más, fijándose por primera vez, en su cara, tan naturalmente bonita que le hizo olvidar todo lo demás sobre ella y obedecer sus instintos más básicos. Tiree podría haberse apartado. Tuvo la oportunidad de hacerlo desde que su mirada se centró en su boca y su boca se inclinó hacia ella; incluso llegó a pensar que la iba a besar, pero lo desechó como si fuera una locura, incluso cuando él acercó los labios a los suyos. Incluso tuvo tiempo de preguntarse por qué estaba haciendo aquello, pero no tuvo tiempo de encontrar la respuesta antes de darse cuenta de que se estaban besando. ¿Y quién habría dicho que aquel hombre besaría tan bien? Primero acarició sus labios con suavidad, sofocando el pánico y despertando su deseo. Después, sus labios se endurecieron y se abrieron para poseerla y llevarla consigo en aquella ola de pasión. Tiree intentó mantener la cabeza fuera del agua, pero no paraba de dar vueltas; sentía que se estaba ahogando y el beso continuaba, exigiendo una respuesta de ella hasta que sintió que todo su cuerpo temblaba con fuerza. Intentó sujetarse a un salvavidas, pero lo único que encontró fueron sus hombros y Tiree sintió que el remolino volvía a absorberla, estrechándola contra el duro cuerpo de Sinclair. Intentó tomar aire y él le dio el suyo, gimiendo dentro de su boca al tiempo que profundizaba el beso, hasta convertirlo en un íntimo choque

de sus lenguas.

Sinclair se había olvidado de quién era ella, de quién era él, se había olvidado de Kit. Incluso se olvidó de la lluvia hasta que acarició su piel y descubrió que estaba empapada. Solo entonces recuperó la cordura. Y finalmente se preguntó qué estaba haciendo, aunque no intentó buscar una respuesta.

Capítulo 4

SINCLAIR la soltó con brusquedad y Tiree cayó contra el coche. Ella lo miró y vio la confusión reflejada en sus ojos. Después, Sinclair abrió el coche y la empujó adentro.

Se quedó allí sentada, temblando. No comprendía lo que acababa de ocurrir.

Tiree pensó en ponerse furiosa como forma de reaccionar, pero aquel no era su estilo. Además, era un poco tarde para ello; el momento de abofetearlo tendría que haber sido antes de que él la besara, no después de que ella disfrutara del beso.

Y aquello era lo que realmente la trastornaba: el hecho de que, por una vez, había sentido todas las emociones que se habían escrito sobre el amor, con un hombre que la disgustaba profundamente.

Él la miró de reojo, pero afortunadamente no hizo ningún comentario. Se limitó a sacar una toalla y una camiseta de una bolsa de deportes que había en el asiento trasero.

–Toma. Al menos quítate la camiseta mojada.

La expresión de Tiree reflejó sus sentimientos. ¿Realmente pensaba que por un beso ya estaría dispuesta a desnudarse delante de él? ¡Si ni siquiera llevaba sujetador!

Sinclair leyó su expresión y apretó los labios al darse cuenta de que ella lo consideraba un maníaco sexual, de manera que antes que ponerse a discutir con ella, abrió la puerta para salir del coche.

–Tienes un par de minutos –murmuró él.

Afortunadamente, había parado de llover y Tiree lo observó mientras se alejaba unos metros y se quedaba de espaldas al coche, con las manos metidas en los bolsillos.

Por supuesto, la camiseta de Sinclair era demasiado grande para ella, y aunque estaba limpia, olía a él.

Tiree se preguntó cómo iba a conseguir una muda limpia sin tener que enfrentarse a los periodistas que había junto a su casa; miró furiosa a Sinclair, de alguna manera sintiendo que todo aquello era culpa suya aunque la razón le dijera lo contrario, así que esperó un poco antes de tocar el claxon para dejarlo volver al coche.

–No debería haberte besado –dijo él con sequedad.

Si aquello era una disculpa, Tiree no se sintió impresionada; la consternación en su voz era nula y las palabras «lo siento» brillaron por su ausencia.

–No. No deberías haberlo hecho –acordó ella, y volvió la cabeza hacia la ventanilla.

Se hizo el silencio entre ambos mientras Sinclair se preguntaba qué era

lo que ella había esperado de él; se había disculpado y ni siquiera estaba seguro de que el beso hubiera sido culpa suya.

Arrancó el coche y se pusieron en marcha.

–No voy a volver a mi casa –repitió Tiree.

–No pretendía que lo hicieras –replicó Sinclair–. Te lo habría dicho antes si me hubieras dejado.

–¿Adónde vamos exactamente? –preguntó ella al tiempo que se decía a sí misma lo pedante que era aquel hombre.

Aunque hasta aquel momento Sinclair no lo había pensado, se encontró a sí mismo diciendo:

–Mi casa no está lejos de aquí. Puedes quedarte esta noche mientras haces planes alternativos.

Cuando llegaron a la casa, Sinclair le indicó el camino hacia la cocina por si quería beber algo mientras él comprobaba su contestador automático. Así que Tiree se dirigió hacia allí y se dispuso a calentar agua para preparar una taza de té.

La cocina era una habitación amplia y con mucha luz; muy limpia, recogida y sin cacharros sucios. Pero los armarios de madera de roble oscuro y la cocina empotrada sugerían que la última vez que alguien se había preocupado por la decoración de aquel sitio, debía de haber sido a principios de los años noventa.

Aquello contestaba la pregunta que Tiree se hacía: en la actualidad no había ninguna señora Sinclair.

Al mirar por una de las ventanas, se sobresaltó al encontrarse con una cara que la miraba desde el otro lado. Al principio pensó que era un chico, ya que llevaba el pelo corto, pero rápidamente se dio cuenta de que la cara era demasiado bonita. Sin embargo, tenía un fuerte parecido con un determinado hombre. Fruncía el ceño de la misma manera. La niña señaló hacia un lado y Tiree comprendió que debía de haber una puerta de salida al jardín, un poco más al fondo. La cocina daba a una pequeña habitación en la que había unas pilas de mármol y la escalera trasera de los criados. También había una gruesa puerta de roble. Tiree descorrió los cerrojos, giró la llave y abrió.

–Hola –saludó Tiree con una sonrisa.

Pero la niña no respondió. La miró de arriba abajo por un momento, se encogió de hombros y entró en la casa; Tiree la siguió hasta la cocina.

–¿Dónde está mi padre? –preguntó la niña sin más preámbulo.

–En su estudio –contestó Tiree con tranquilidad.

–¿Y tú quién eres? –inquirió descaradamente la niña.

Tiree se preguntó cómo contestarle.

–Una amiga –dijo finalmente.

–Querrás decir novia –se mofó la hija pequeña de Sinclair.

Tiree podría haberse sentido ofendida, pero se dio cuenta de aquella muestra de desdén era provocada por la inseguridad, así que intentó

bromear.

–¿Te parezco el tipo de mujer que le gustaría a tu padre?

–La verdad es que no –aceptó la niña, aunque no sonrió–; pero eso no demuestra nada. Los hombres de la edad de mi padre suelen comenzar a salir con chicas más y más jóvenes.

–¿De verdad?

–¿Cuántos años tienes? –preguntó la niña.

–Veintitrés.

–Pues no eres tan joven.

Tiree pensó que probablemente, a ojos de una chica de su edad, no lo parecería.

–¿Y tú cuántos años tienes?

–Trece. Bueno, casi –admitió la niña.

–¿Sabe tu padre que estás aquí? –preguntó Tiree, encogiéndose de hombros y preguntándose por qué Sinclair no había mencionado que tuviera una hija–. ¿Te has olvidado las llaves?

–Él no me deja tener llaves de casa –contestó con resentimiento.

Tiree frunció el ceño. ¿Acaso Sinclair pretendía que la niña se quedara en la calle hasta que él llegara a casa?

–Quizá si le explicaras… –comenzó a decir Tiree cuando, al oír unos pasos que se acercaban, la niña salió corriendo en dirección contraria.

Tiree se dio cuenta de que se dirigía hacia la escalera trasera justo cuento Sinclair entró en la cocina, y antes de que pudiera decir nada, él comenzó a hablar:

–Tengo un mensaje en el contestador informándome de que mi hija se ha escapado del colegio. Tengo que ir a buscarla. ¿Te importa quedarte aquí por si viene?

–No hace falta. Ya ha llegado.

–¿Aquí?

–Supongo que una chica alta, rubia y que se parece a ti debe de ser tu hija.

Una sucesión de emociones cruzaron la cara de Sinclair, desde la preocupación, pasando por el alivio, hasta la ira.

–¿La has visto?

–Estaba en el jardín –le informó Tiree–, así que la dejé pasar. Charlamos un momento y después ella subió arriba a cambiarse.

Aquello último fue una pequeña mentira, ya que la niña había huido para evitar a Sinclair y, presumiblemente, su enfado.

–No le dijiste quién eras tú, ¿verdad? –preguntó él.

–Le dije que no era tu novia, si eso es lo que te preocupa.

–No creo que hubiera pensado eso –dijo Sinclair, y su expresión le dijo que ella nunca pasaría la prueba.

–Pues sí lo pensaba –informó Tiree con satisfacción–. Parece que piensa que estás pasando por una crisis de edad y que estás cambiando tus hábitos a la hora de salir con mujeres.

–¿Cómo?

–Mujeres más jóvenes.

–Ya –dijo él, comprendiendo el significado–. De todos modos, preferiría

que no le revelaras tu identidad a Eloise. Aún está disgustada por la muerte de su hermano.

–¿Es la hermana de Kit?

–Hermanastra.

–No me habías dicho que tuvieras una hija –afirmó ella en un tono ligeramente acusador.

–No me lo preguntaste, y no pensé que fuera relevante. De hecho, no lo es, ya que volverá al internado inmediatamente. Subiré a hablar con ella. Si quieres, puedes utilizar el teléfono mientras tanto.

Dicho aquello, Sinclair desapareció y ella decidió telefonear a Les.

Marcó el número de Les de Londres, pero no obtuvo contestación. Después, telefoneó a su propia casa. Apenas había sonado tres veces cuando alguien levantó el auricular.

–¿Eres tú, Tiree? –preguntó una voz familiar–. ¿Dónde demonios estás?

–Eso no importa –dijo Tiree, pensando que le debía cierta discreción a Sinclair–. ¿Están los periodistas ahí todavía?

–No. Se han marchado todos –le aseguró Les–, pero probablemente volverán. ¿Es cierto que te has caído por las escaleras? ¿Estás bien?

Tiree notó preocupación en su voz, aunque no estaba segura de la razón que la provocaba. Les era un hombre de negocios y ella era uno de esos negocios.

–Estoy bien. Me resbalé y me di un golpe en la cabeza, nada más. Pero he decidido tomarme un descanso y quizá me vaya fuera durante un tiempo.

Hubo un momento de silencio mientras Les escogía sus palabras con cuidado.

–Escucha, sé que han sido unos días difíciles para ti, pero te sugiero que no interrumpas tu carrera justo ahora. El single podría llegar al número uno el domingo, y si quieres sacarle partido, tendrás que salir en algunos programas.

–¿Cómo? –preguntó Tiree con incredulidad.

–En la televisión, en la radio… Quizá incluso puedas conceder alguna entrevista a alguna revista –le informó Les–. Solo dime que sí, y yo me encargaré de organizarlo todo. Además, la compañía discográfica quiere hablar contigo sobre tu posible carrera en solitario.

A juzgar por el tono de voz de Les, esperaba que ella estuviera tan excitada al respecto como él. Pero Tiree se sentía increíblemente decepcionada. Apenas hacía unos días que habían enterrado a Kit y a Stu.

–No quiero continuar en solitario –dijo, en un tono que indicaba que no quería continuar de ninguna manera.

–Lo entiendo –afirmó Les, aunque resultaba obvio que no lo entendía–. Y eso no será un problema. Necesitamos una nueva formación para la gira de América. Por supuesto, Wayne y tú, y estaba pensando en un par de guitarristas, o quizá mejor aún, si pudiéramos…

Tiree no podía soportar seguir escuchándolo y colgó el auricular.

Posiblemente acababa de terminar con su carrera, pero se sintió aliviada.

Capítulo 5

VA TODO bien? –preguntó Sinclair, que la encontró sentada junto al teléfono.

Tiree hizo un esfuerzo por devolver sus pensamientos al presente.

–Sí. Estoy bien.

–¿Has hablado con tu

?

–Les dice que los periodistas se han marchado.

–Supongo que solo de manera temporal –comentó él–. ¿Les va a venir a por ti?

–No –dijo Tiree–. Creo que me tendré que quedar aquí… al menos por esta noche.

Sinclair no puso objeción.

–Te mostraré la habitación de invitados.

Ella lo siguió escaleras arriba, cojeando ligeramente. A medida que se acercaban al primer piso, el sonido de la música se hacía más audible. Tiree identificó inmediatamente el grupo: era Kinetic Sugar. Se preguntó si Sinclair lo reconocía.

Se detuvieron en el primer piso. Tiree adivinó cual era la habitación de su hija, no solo por la música, sino porque junto a la puerta había una bandeja con un plato vacío. Aparentemente, Sinclair le había subido algo para cenar mientras ella hablaba por teléfono.

–Espera aquí –dijo él, y entró en otra habitación para salir con un pijama de hombre–. Me temo que es todo lo que tengo.

Tiree tomó la ropa y murmuró su agradecimiento.

–Por aquí –dijo él.

Subieron al segundo piso y él le abrió la puerta de una habitación. Sinclair no entró.

–La puerta tiene llave, pero no te hará falta usarla.

–Estupendo –dijo ella, y esperó a que se marchara.

Pero Sinclair obviamente estaba buscando la manera de decirle algo.

–Me gustaría poder pensar que yo también puedo confiar en ti.

–No te preocupes, ¡incluso las mujeres promiscuas tienen sus límites! –se burló ella.

Por un momento, Sinclair no supo qué pensar. Ni siquiera se le había ocurrido que ella pudiera estar interesada en él.

–Me alegro –dijo él sonriendo levemente–. Pero no me refería a eso. Lo que me preocupa es que decidas desaparecer durante la noche. Quizá te encuentres bien, pero recuerda que has sufrido una conmoción cerebral.

–Te entiendo. No te preocupes, no estoy planeando huir a media noche –se apresuró a decir ella, sintiéndose avergonzada.

–Bien.

–Aun así –dijo Tiree, sin poder resistirse–, si cambio de opinión, prometo no llevarme la plata.

Sinclair suspiró. ¿Es que nunca se tomaba nada en serio?

La miró durante un momento y ella le devolvió la mirada. Tenía unos ojos muy bonitos, de un inusual color verde y unas largas pestañas. Todas sus facciones poseían una delicada belleza. Era únicamente cuando hablaba, que aquella muñeca de porcelana daba paso a la chica de aspecto desaliñado que lideraba una banda de rock.

Tiree pensó que aquello era una competición para ver quién aguantaba más, cuando la mirada de Sinclair se desvió hacia su boca. Ella hizo un mohín, más insolente que provocativo, pero cuando él la miró de nuevo a los ojos, vio el deseo reflejado en ellos.

Sinclair no se molestó en ocultarlo, y Tiree se preguntó por qué había llegado a pensar que era un hombre frío, sintiéndose confusa por un momento.

Sin embargo, Sinclair estaba muy familiarizado con su actitud hacia el sexo. Lo que lo sorprendía era el objeto de su deseo. Quizá fuera cierto que estuviera atravesando una crisis y realmente deseara acostarse con mujeres más jóvenes, sin importar quiénes fueran.

Aquel pensamiento, por poco que le gustara, le ayudó a recuperar la razón y a retomar la conversación.

–Entonces, buenas noches –dijo, ligeramente enfadado y, se marchó.

Tiree se quedó allí de pie, sintiéndose abandonada. Lo observó mientras se alejaba escaleras abajo y pensó en lo que acababa de ocurrir, que había sido bien poco. Un simple intercambio de miradas que habían hecho que ella se imaginara algo más. Pero en esencia, no había ocurrido nada.

Entonces, ¿por qué se había vuelto a enfadar?

Tiree movió la cabeza. Ella también estaba ligeramente irritada y decidió no seguir pensando en ello.

Entró en la habitación, se dio una ducha y se puso el pijama que él le había prestado. Aquello le hizo pensar en la ropa que se pondría al día siguiente cuando huyera de aquella casa; había lavado su ropa interior y la había puesto junto al radiador a secar; sus vaqueros, aunque arrugados, no estaban del todo mal, pero la camiseta que Sinclair le había prestado era demasiado grande, así que decidió bajar a la cocina, donde había dejado secando su camiseta. Confiaba en que Sinclair ya se hubiera dormido.

La casa estaba oscura y en silencio, de manera que procuró no hacer ruido al bajar. Pero cuando entró en la cocina, se sorprendió al ver que no era la única despierta. Aun así, se alegró de que fuera Eloise, y no su padre, la que estuviera sentada a la mesa, comiéndose un helado.

–¿Tenías hambre? –preguntó Tiree, sonriendo.

La niña la miró con expresión cansina.

–Supongo que irás a decírselo a mi padre.

–¿Decirle qué? Supongo que no pretenderás escaparte, vestida con el pijama y las zapatillas.

–¡Claro que no! –exclamó Eloise, antes de reparar en el pijama de Tiree–. ¿Es de mi padre?

Tiree asintió.

–Estoy en la habitación de invitados –le dijo, para que no se hiciera una idea equivocada.

Tiree atravesó la cocina hacia el radiador para recoger su camiseta.

–Entonces, ¿realmente no eres su novia?

Tiree se volvió hacia ella y suspiró.

–Estoy segura de que tu padre ya te lo habrá dicho.

Eloise se encogió de hombros.

–Le pregunté quién eras, pero no me lo quiso decir –le explicó la niña, y dudó por un momento antes de continuar–. ¿Sabes lo que le pasó a mi hermano?

Tiree asintió, esperando que la niña no le preguntara qué sabía y por qué. Eloise no tenía ni idea de quién era ella y era preferible que continuara de aquella manera.

–Les conté a algunas de mis amigas que mi hermano tocaba en Kinetic Sugar, supongo que para fardar –continuó Eloise–; pero después del accidente deseé no haberlo hecho, porque ahora lo sabe todo el colegio y no paran de hacerme preguntas tontas.

–Quizá sea por compasión –aventuró Tiree.

–Algunos sí, pero otros solo quieren saber si conozco a Ti Nemo y si puedo conseguir su autógrafo. Es como si no entendieran que mi hermano está muerto y que no va a volver.

En aquel momento, la voz de Eloise se quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas. Tiree se levantó de la silla y se sentó junto a ella.

–No pasa nada. Llora si quieres –le dijo, mientras acariciaba suavemente su brazo.

Por un momento, Eloise se tensó, pero enseguida comenzaron a temblarle los hombros y rompió a llorar.

Tiree no cuestionó que aquella adolescente rebelde pudiera transformarse tan rápidamente en una niña desgraciada; ella también fue así hasta que la vida la endureció, haciéndole perder la capacidad de llorar. Pero aún era capaz de ofrecer consuelo.

Suavemente acarició la cabeza de Eloise, al tiempo que la arrullaba, y la niña apoyó la cabeza sobre su hombro, aceptando el maternal consuelo.

Sin embargo, a Sinclair le resultó extraño. Había bajado a la cocina para tomarse algo caliente antes de dormir, y se había quedado anclado junto a la puerta al ver cómo Tiree consolaba a su hija, con una compasión que no había imaginado que tuviera.

Aunque quizá fuera él a quien le faltaba, ya que Eloise no había acudido a él en primer lugar.

A la larga, Tiree percibió su presencia y levantó la cabeza. Hizo un leve movimiento en señal de que se marchaba para que él pudiera quedarse con su hija, pero Sinclair negó con la cabeza y, tras observarlas un instante más, dio media vuelta y se marchó.

Tiree frunció el ceño; la sorprendía que él le confiara a su hija. ¿Estaba tan reprimido emocionalmente que prefería arriesgarse a que ella influyera en la niña, antes que enfrentarse a unas cuantas lágrimas?

Tiree esperó hasta que los sollozos de la niña se convirtieron en hipo.

–Tienes que dormir.

–Sí –murmuró la niña, y dejó que Tiree la llevara a su habitación y la arropara en la cama.

–Supongo que eres demasiado mayor para que te lea un cuento.

Eloise asintió con una sonrisa.

–Me gustaría escuchar música.

–De acuerdo, pero yo elijo.

Tiree buscó entre los CDs, dejando de lado los de Kinetic Sugar, y escogió uno de un grupo de chicas de dulces voces y letras inofensivas.

–Si quieres, puedes quedarte a escucharlo –le ofreció Eloise.

Tiree miró sus suplicantes ojos azules y comprendió que quería un rato más de compañía, así que se sentó en una silla hasta que vio que Eloise cerraba los ojos, dormida. Después, salió sigilosamente de la habitación.

Los crujidos del suelo alertaron a Sinclair, que salió en su busca.

–Está dormida –le dijo Tiree cuando salió al pasillo.

Sinclair asintió.

–¿Por qué lloraba?

–Sobre todo por Kit y por el hecho de que sus amigas no están demostrando ser muy sensibles acerca de su muerte.

Sinclair frunció el ceño. Había intentado hablar de ello con su hija, pero ella se había limitado a encogerse de hombros. Parecía más dispuesta a abrirse a un extraño que a él. ¿Acaso era tan inaccesible, o tal vez aquella mujer de grandes ojos verdes tenía algo especial?

Él también se había sentido atraído por ella, aunque la suya era una atracción física. Incluso en aquel momento, preocupado como estaba por su hija, una parte de él era consciente de Ti Nemo y del hecho de que probablemente estuviera desnuda bajo el pijama.

–Gracias por tu consideración con Eloise –dijo él finalmente.

Tiree lo miró como si estuviera loco y dio media vuelta. Sinclair intentó no mirarla mientras subía por las escaleras, ahorrándose una mayor visión de sus bonitas piernas, que solo haría que se preguntara acerca del resto de su cuerpo…

Sinclair movió la cabeza en un intento por librarse de aquellos pensamientos y centró su atención en Eloise.

Con cuidado, entró en la habitación de su hija; estaba profundamente dormida. Sintió un profundo y protector amor por ella y la besó en la frente. Al hacerlo, vio los surcos de las lágrimas en sus mejillas. Él había pensado que, después del shock inicial, Eloise estaría sobrellevando todo aquel asunto sin problemas. ¿Pero qué sabía él realmente? La comunicación entre ellos se había roto mucho antes de que Kit muriera.

En el piso de arriba, Tiree estaba luchando contra sus propios fantasmas.

Se había echado en la cama con la intención de dormirse, pero sus pensamientos inmediatamente volaron hacia Stu.

Lo echaba de menos. Los había unido un lazo que solo ellos comprendían; él se había convertido en su familia y ella en la de él. Siempre habían pasado juntos por todo: soledad, fama, tristeza…

Pero allí estaba ella, una vez más a la deriva, en una casa extraña, escuchando los sonidos nocturnos hasta que el sueño la venció.

Capítulo 6

A LA MAÑANA siguiente, Tiree decidió marcharse antes de que Sinclair o su hija, Eloise, se despertaran.

Se puso los vaqueros y la camiseta que él le había prestado y después de comprobar que más o menos podía caminar, se acercó a la ventana para ver el tiempo que hacía. Era un día soleado.

Tiree se estaba apartando de la ventana cuando detectó un movimiento en el exterior. Vio que se acercaba un coche por el camino. No podía ver al conductor, pero al consultar su reloj y ver que eran las seis y media de la mañana, decidió que no podía tratarse de la criada.

¿Quién aparecería a aquellas horas?

Observó el coche hasta que se detuvo junto a la verja y esperó a que el conductor se apeara para utilizar el telefonillo, pero la persona en cuestión decidió quedarse donde estaba.

Tiree comenzó a pensar frenéticamente. Estaba segura de que los periodistas la habían localizado y que pronto llegarían más.

Su primer instinto fue el de salir corriendo, pero rápidamente se dio cuenta de que no podía dejar a Sinclair solo para que se las arreglara con la prensa, de manera que salió de su habitación y se dirigió hacia la de él.

Entró en el dormitorio y rodeó la cama para poder verle la cara. Estaba soñando y movía la boca ligeramente, como si estuviera hablando con alguien. Tiree se arrodilló sobre el colchón y puso una mano sobre su hombro para agitarlo con suavidad, insistiendo al ver que no se despertaba. Finalmente, Sinclair se movió hasta quedarse boca arriba, pero arrastró a Tiree con él, haciéndole perder el equilibrio y, de repente, se encontró echada sobre el torso que momentos antes había estado admirando.

Su primera reacción fue la de intentar alejarse de él, pero Sinclair, aún dormido, le rodeó el cuerpo con un brazo.

–¡Sinclair! –gritó ella indignada.

Pero Sinclair no se despertó, sino que la estrechó contra él un poco más y comenzó a acariciarle el cuello con los labios.

–Sin… –comenzó a decir ella, pero él se movió de nuevo.

Tiree se encontró debajo de él, con las piernas entrelazadas y sintiendo un espectro de emociones, mientras los labios de él buscaban los de ella para terminar por besarla con pasión.

Tiree comprendió que realmente no la estaba besando a ella, sino a la mujer de sus sueños. Sabía que si intentaba zafarse, él la dejaría marchar; sin embargo se encontró a sí misma dejándose llevar por su boca y por sus manos, que buscaban su cuerpo para acariciarlo.

«¿Qué estoy haciendo?», se dijo a sí misma.

Nada. Aquello era cierto. Simplemente estaba allí echada, paralizada, cuando una mano se deslizó por debajo de su camiseta. Subió por su vientre hasta llegar a su pecho y lo tomó con la mano, apretándolo con suavidad para después acariciar su pezón con un dedo hasta que este se hinchó.

Tiree sintió que su cuerpo estaba tenso, pero por dentro sentía que la sangre corría velozmente por sus venas, haciendo que el deseo creciera en su interior. Aquello era nuevo para ella; deseaba sus amorosas caricias y comenzó a imaginarse lo siguiente: él agachando la cabeza para besar sus pechos mientras deslizaba una mano entre sus muslos.

Pero cuando en vez de aquello, él se apartó de ella, se sintió profundamente humillada.

Sinclair se había despertado un instante antes y sabía de sobra a quién estaba besando. Había decidido detenerse mientras aún pudiera darse cuenta de que ella se mantenía más bien pasiva.

La miró a la cara y vio unos verdes ojos mirándolo fijamente, pero no con su bravuconería habitual, sino con confusión.

Quizá se estuviera preguntando si se había vuelto loco.

Quizá sí.

Tiree esperaba que él se disculpara, pero Sinclair permaneció en silencio, con una mano aún sobre sus costillas, así que ella lo apartó y se bajó de la cama. Se acercó hacia la puerta, aunque no temía que él fuera a saltar sobre ella. Aunque había sido una sorpresa que un hombre tan frío y serio pudiera ser tan sensual, sabía que no era un violador.

–¿Por qué estás vestida? –preguntó él finalmente.

–Creo que quizá haya un problema.

–No me lo digas –dijo él enarcando una ceja–, no puedes abrir la puerta de la entrada.

Sinclair había adivinado que había intentado marcharse, así que ella no se molestó en negarlo.

–La verdad es que iba a salir por la puerta trasera, pero pensé que antes debía avisarte de que hay un periodista en la entrada…

–¡Maldita sea! –exclamó Sinclair, al tiempo que se levantaba para vestirse–. ¿Le dijiste a tu mánager dónde estás?

–No. No lo hice –espetó ella, casi contenta por aquel resurgir de la hostilidad entre ellos–. Si estás buscando responsables, ¿por qué no pruebas en el hospital?

Sinclair no discutió aquella posibilidad.

–Quédate aquí mientras yo salgo a hablar con él –le dijo en cuanto estuvieron en el piso de abajo.

Tiree hizo una mueca al oír su tono imperativo, pero no intentó seguirlo cuando él salió afuera. Se dirigió hacia el estudio y observó desde detrás de las cortinas.

Vio cómo Sinclair se detenía junto a la verja y que otro hombre aparecía al otro lado. Mantuvieron una breve conversación.

Después, Tiree se sintió confusa al ver que Sinclair marcaba el código de

apertura de la verja para dejar entrar al otro hombre y que caminaban juntos hacia la casa.

Tiree observó al desconocido. Era de la edad de Sinclair, un poco más bajo de estatura, pero muy atractivo; llevaba un elegante traje de color azul marino y una corbata de seda roja. Se reía de algo mientras que Sinclair mantenía el semblante serio.

Oyó cómo entraban en la casa y escuchó tras la puerta del estudio.

–¿De verdad lo habías olvidado? –preguntó el otro hombre, en un tono divertido.

–¡No es gracioso! –exclamó Sinclair.

–¡Claro que sí!

–Pues yo no veo por qué. Si no recuerdo mal, tú también te has olvidado de algunas reuniones importantes.

–Sí, unas cuantas –confesó el otro hombre–. Pero estamos hablando de ti, señor responsable. ¡Menos mal que he venido pronto!

–Ya está bien, Rhys –murmuró exasperado Sinclair.

En aquel momento, al darse cuenta de que no era un periodista, Tiree salió del estudio.

El amigo de Sinclair la miró sorprendido y después con admiración.

–Ahora lo comprendo todo –dijo Rhys irónicamente–. Una bonita distracción, si se me permite.

Tiree no estaba segura si el hombre estaba hablando con ella o de ella, así que ignoró el piropo y miró inquisitivamente a Sinclair.

–Hoy debía asistir a una conferencia.

Sinclair estaba obviamente molesto por su propia falta de memoria, y Tiree se dio cuenta de que probablemente hubiera sido ella la distracción, aunque no en la forma en que Rhys sugería.

–Este es el doctor Williams, un colega de trabajo –dijo Sinclair.

–¿Un colega? Soy uno de sus más viejos amigos. Pero llámame Rhys –dijo él, y extendió la mano hacia Tiree.

Ella se la estrechó y se hizo el silencio mientras esperaban, en vano, a que Sinclair terminara de hacer las presentaciones.

–Yo soy Tiree Macleod. La nueva niñera –dijo Tiree, que casi pudo oír cómo Sinclair rechinaba los dientes.

Tiree sonrió amablemente pero se dio cuenta de que Sinclair la miraba con desaprobación.

–¿Podrías preparar café, Tiree? –sugirió él.

–Sí, señor –se mofó ella, y dio media vuelta hacia la cocina.

–¿De dónde la has sacado? –le oyó decir a Rhys.

–Está aquí de manera temporal, así que no malgastes tu tiempo intentando seducirla –espetó Sinclair.

–Lo tendré en cuenta –dijo Rhys riendo–, mientras tú te afeitas y yo tomo café.

Tiree, que había estado escuchando, se escabulló a la cocina para preparar el café justo antes de que apareciera Rhys.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –le preguntó, con una encantadora sonrisa.

–Desde anoche –contestó ella en un tono más reservado.

–¿Y cuánto tiempo te vas a quedar?

–Aún no lo sé.

–¿Eres estudiante? –aventuró él.

–Sí –mintió Tiree.

–¿De qué?

–Siento interrumpir la conversación –dijo Sinclair de repente, que estaba junto a la puerta, con el semblante serio y aún sin afeitar–, pero después de pensarlo, he decidido que tendrás que ir a la conferencia sin mí.

–¿Cómo voy a hacer eso? –preguntó Rhys contrariado–. Recuerda que eres uno de los ponentes.

–Soy un ponente secundario –declaró Sinclair modestamente–. No creo que nadie repare en mi ausencia o en que sea otra persona la que lea mi ponencia.

Sinclair miró significativamente a su amigo, pero este lo ignoró.

–Olvídalo. Mis conocimientos de tuberculosis infantil son mínimos y no voy a arriesgarme a exponer mi ignorancia. Además, ¿cuál es el problema?

Sinclair miró a Tiree. Resultaba evidente que a ella la veía como parte del problema.

–Estaré bien –le aseguró ella, forzando una sonrisa que Sinclair no devolvió.

–También está Eloise.

–¿Eloise? No me digas que los colegios ya han cerrado por vacaciones de verano.

–Algo así.

Sinclair no quería hablar de sus problemas familiares, ni siquiera con su amigo.

–Supongo que es la razón por la que has contratado a Tiree –razonó Rhys.

En aquel momento Tiree miró a Sinclair, pero este parecía horrorizado ante la idea de confiarle su hija. ¿Qué se creía que le haría?

Tiree suspiró exasperada y se ocupó en terminar de preparar el café.

–Eloise no conoce a la señorita Macleod lo suficiente –objetó Sinclair–. Solo lleva aquí desde anoche.

–Estoy seguro de que se las arreglarán, Sinc –dijo Rhys en defensa de Tiree–. Eloise es buena chica.

–Ahí lo tienes –intervino Tiree, y se dispuso a servirse un café.

Pero Sinclair se puso a su lado y la agarró del brazo.

–Sírvete un café, Rhys, mientras yo hablo con la señorita Macleod en privado.

Dicho aquello, Sinclair la llevó al estudio donde Rhys no pudiera oírlos.

–¿Qué crees que estás haciendo, induciéndolo a creer que eres la niñera de Eloise? ¿Cómo me voy a excusar para no ir a la conferencia?

–Pero el caso es que cuidaré de Eloise si quieres ir. No tengo otros planes y, antes de que preguntes, no le diré quién soy y sí puedes confiar en mí para que la cuide.

En aquel momento, apareció Eloise, con expresión somnolienta y bostezando.

–Papá, ¿por qué está Rhys aquí?

–Me iba a llevar a una conferencia en Birmingham.

–¿Eso significa que no me puedes llevar de vuelta al internado?

A Tiree no la sorprendió la reacción de la niña, pero Sinclair, que pensaba que hacía lo correcto al sacrificar su carrera y la conferencia, se sintió disgustado.

–No puedo dejarte sola –contestó él.

–No te preocupes –dijo Eloise, volviéndose hacia Tiree–. Tú no vas a esa aburrida conferencia, ¿verdad? Podríamos salir –se apresuró a añadir.

–¿Adónde? –preguntó Sinclair.

–De compras, por ejemplo –sugirió Tiree–. El problema es que me he dejado el bolso en casa.

–A mí me queda algo de dinero de mi cumpleaños; podemos compartirlo –ofreció la niña–. O papá nos podría dar algo…

Sinclair se encontró a sí mismo aceptando, para un rato más tarde, cuando ya estaba sentado en el coche de Rhys, preguntarse por qué lo había hecho.

–Estoy seguro de que estarán bien –dijo Rhys, percibiendo la razón por la que estaba silencioso–. Tiree parece una buena chica.

–Ya –dijo Sinclair, que ya sabía cuál era la opinión de su amigo sobre la chica–. ¿Por qué no te callas y te limitas a conducir?

Rhys captó la indirecta, pero aún sonreía cuando encendió la radio.

Agradecido, Sinclair centró su atención en la ponencia. Afortunadamente, la había escrito hacía algunas semanas, porque entre el juicio y conocer a Ti Nemo, sentía que no era capaz de concentrarse.

Aún seguía preocupado por la muerte de Kit, y tenía que averiguar la verdad. ¿Qué era lo que había hecho que Kit tomara aquella curva a noventa kilómetros por hora?

Estaba seguro de que la clave estaba en Tiree. Antes del accidente ya sospechaba que Kit estaba obsesionado con ella, pero después de conocerla, comprendía la atracción que Kit había sentido. No era solo física; Tiree despedía cierto encanto, incluso aunque no gustara. Era algo que se metía debajo de la piel y volvía loco.

¿Sería aquello lo que le había hecho a Kit?

Capítulo 7

TIREE estaba esperando junto a la ventana del estudio a que llegaran los hombres.

Había disfrutado de aquel día; las tiendas no habían estado demasiado concurridas, Eloise había sido buena compañía y nadie se había acercado a ella para decirle las temidas palabras: «¿No eres…?».

Pero no pudo evitar pensar de cuando en cuando en Ewan Sinclair y en el breve encuentro que habían tenido en su cama.

Tiree había entendido las razones de la actuación de él. Era un hombre, y si la historia de Eloise era cierta, muy acostumbrado a la compañía femenina.

Sinc se había despertado para encontrarse junto a un cuerpo de mujer y había permitido que el instinto se apoderara de él. Tiree no se había sentido impresionada; no había sido nada personal. Ella no era nadie para él, sobre todo a juzgar por cómo la miraba algunas veces.

Pero el verdadero misterio había sido su propia reacción.

Tiree había cumplido los veintitrés años y aún no había experimentado la profunda pasión de la que hablaban los libros y las canciones. Pero se había encontrado con aquella situación y era increíble. En el peor momento, en una situación de lo más extraña y con la persona menos esperada, finalmente lo había sentido; un escalofrío le recorrió el cuerpo, el corazón se le aceleró y sintió la dulce sensación del primer deseo. Pero había estado demasiado paralizada para reaccionar.

Al final de la tarde no intentaba encontrarle ningún sentido y procuraba no pensar en cosas tan insensatas. Por eso estaba mirando por la ventana, impaciente porque llegaran los hombres.

Cuando finalmente se abrió la verja, Tiree salió corriendo a saludarlos.

–¿Qué tal estás? –preguntó Rhys, bajando la ventanilla del coche.

–Bien –contestó ella sonriendo e ignorando la mueca de desaprobación de Sinclair.

–¿Dónde está Eloise? –preguntó Sinclair, como si sospechara que la hubiese perdido en alguna parte.

Tiree contuvo un suspiro.

–Está en su cuarto escuchando música.

–Bien.

Sinclair no pareció complacido y Tiree se preguntó qué podía haber hecho mal. Él se bajó del coche y sacó su maletín del asiento trasero.

Tiree aprovechó aquel momento.

–Señor Williams…

–Llámame Rhys, por favor –insistió él.

–Rhys –dijo Tiree–, tengo que volver a casa esta noche y pensé si me

podrías acercar a alguna parte donde pueda tomar un taxi.

–Por supuesto. De hecho, puedo llevarte a casa –ofreció Rhys inmediatamente–. ¿Dónde vives?

–No cerca de ti –interrumpió Sinclair, que se había acercado a Tiree–. Además, ¿no tenías una cita para cenar?

–Nada que no pueda cancelarse –dijo Rhys, sonriendo a Tiree.

Tiree sintió que sus esperanzas se desvanecían. No le preocupaba sentir la respiración de Sinclair en su cuello, además de su desaprobación. Lo que no se había imaginado era que su amigo estuviera realmente interesado en ella.

–Podríamos cenar algo por el camino –se apresuró a decir Rhys, confirmando sus sospechas.

–Yo… te lo agradezco, pero… –intentó disculparse Tiree.

–¡Rhys! –exclamó Sinclair.

–¿Sí? –preguntó su amigo, enarcando una ceja.

–¡Piérdete! –contestó Sinclair sin más.

Rhys se lo tomó mejor de lo esperado. Se encogió de hombros, le dedicó una sonrisa de disculpa a Tiree y dio marcha atrás con el coche para marcharse.

–Eres como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer –fue lo último que le dijo a Sinclair, y se despidió de ellos con la mano.

Tiree se cruzó de brazos y vio cómo su vía de escape desaparecía tras la verja.

A su lado, Sinclair utilizó el control remoto para cerrar la cancela.

–Si lo que quieres es marcharte a casa, yo te llevo. No tenías por qué pedírselo a Rhys –murmuró él.

–Pensé que así sería más fácil –razonó Tiree–. Además, a él no le importaba.

–Eso era obvio –replicó Sinclair, en un tono que hizo que Tiree se girara para confrontarlo.

Tiree esperaba ver satisfacción en su expresión, pero vio algo más sutil. Quizá fuera solo cansancio; tenía aspecto de haber tenido un día muy largo. Llevaba la corbata aflojada y el cuello de la camisa desabrochado.

–Yo solo quería que me acercara a alguna parte –insistió ella.

–Pero dudo que Rhys pensara igual.

Tiree no pudo negarlo.

–Entonces, ¿le protegías a él de mí o a mí de él? –preguntó ella.

–Ninguna de las dos cosas –negó Sinclair–. Quizá me haya puesto celoso –admitió secamente.

Tiree pensó que era una broma y se rio, pero él no lo hizo.

–Eso es absurdo –dijo Tiree.

–¿Sí, verdad?

Tiree lo miró a los ojos, preguntándose a qué estaban jugando, y se encontró con la serenidad de su mirada. No era ningún juego; las cosas eran tal cual.

Era el sitio equivocado, el momento equivocado y sobre todo, la persona equivocada.

Permanecieron allí de pie, anclados por una atracción sexual que

ninguno podía explicar. Tiree se sentía tan tensa que probablemente habría salido corriendo si él hubiera intentado tocarla.

Pero Sinclair se limitó a mirarla. Paseó su mirada por su cara, que le parecía más bonita cada vez que la miraba, y su cuerpo, acerca del cual Rhys había hecho comentarios.

Debería estar acostumbrado a que Rhys se fijara en las mujeres, pero en aquella ocasión el comentario de su amigo acerca de los bonitos pechos de Tiree le había puesto furioso. No podía negarlo. Eran muy bonitos. De hecho, todo en ella lo era: pechos erguidos, cintura delgada, caderas ligeramente redondeadas y unas piernas bien formadas. Era perfecta y no quería que Rhys se fijara en ella.

Tiree no supo cómo reaccionar mientras Ewan Sinclair, el médico, la desnudaba con la mirada. No había nada de profesional en su forma de mirarla. Una parte de ella quería protestar, pero se dio cuenta de que se estaba sonrojando debido a algo parecido al placer. ¿Qué le estaba pasando?

Sinclair levantó la mirada de nuevo, pero en aquella ocasión, Tiree no fue capaz de mirarlo a los ojos por miedo a revelar sus sentimientos aún más, así que se apresuró hacia la casa.

Sinclair observó cómo se alejaba y pensó que se habría enfadado. No podía culparla, ya que se había dado cuenta demasiado tarde de lo obvios que debían haber resultado sus pensamientos.

Quizá Rhys tuviera razón: necesitaba urgentemente una vida amorosa. ¿Por qué si no desearía a alguien tan claramente inapropiado para él?

Sinclair la siguió al interior de la casa con intención de enmendar la situación.

La encontró en la cocina, sentada a la mesa mientras troceaba verduras. Tiree apenas le dirigió la mirada.

Pero Sinclair no pudo pensar en nada que decir que no resultara extraño. ¿Cómo se disculpaba un hombre por mirarle los pechos a una mujer?

–¿Necesitas ayuda? –preguntó él al darse cuenta de que, de nuevo, estaba preparando la comida para todos.

A Tiree le sorprendió su ofrecimiento, pero se dio cuenta de que era un intento por restablecer la normalidad.

–Puedes trocear el pollo para rehogarlo –le dijo, señalando el plato con la carne.

Sinclair asintió y después de sacar un cuchillo del cajón, se sentó a la mesa con ella.

–¿Te duele la cabeza?

–No. Estoy bien.

–¿Y el tobillo? Creo que hoy deberías haber guardado reposo.

–Estoy bien, aparte del pinchazo ocasional. De todos modos, he pasado mucho tiempo sentada mientras Eloise se probaba ropa.

–¿Qué tal se ha portado?

–Muy bien –le aseguró–. No hay nada como ir de compras para hacer terapia. Por cierto, me he gastado todo el dinero que me diste.

–Para eso era.

–Comimos en un restaurante y Eloise se ha comprado ropa nueva.

–¿Qué clase de ropa?

–No te preocupes, nada del estilo «rubia promiscua» –dijo Tiree, dándose cuenta de la preocupación de él.

Sinclair se dio cuenta de que aquellas eran las palabras que él mismo había utilizado el día anterior.

¿Es que Tiree le iba a recordar cada una de sus ofensas?

–Me gustaría empezar de cero –dijo Sinclair.

Tiree interrumpió lo que estaba haciendo e hizo acopio de fuerzas para poder mirarlo con serenidad.

–No me refería a que tú animarías a Eloise a comprarse ropa inapropiada –continuó él–. Pero es que sé qué tipo de cosas le gustan. De hecho, hemos tenido discusiones muy fuertes al respecto.

–Yo no me lo tomaría demasiado en serio –le aconsejó Tiree–. Lo más probable es que solo quiera provocarte.

–¿Provocarme? –repitió él.

Tiree no sabía si lo que no entendía era la palabra o la psicología que llevaba implícita.

–Eloise escoge algo sexy y escandaloso para ver cómo reaccionas; tú te enfureces, demostrándole lo poco razonable que eres y así permitiéndole que le dé una rabieta y que finalmente se salga con la suya.

–Desde luego has dado en el clavo –aceptó Sinclair–. ¿Pero cómo gana ella?

–Los adolescentes tienen tiempo de sobra para perderlo en rabietas, pero tú no, así que cedes y finalmente dejas que te manipule emocionalmente.

Sinclair estuvo a punto de negarlo, pero recordó el año transcurrido; en varias ocasiones había tenido que negociar con Eloise para que saliera de su encierro, haciendo concesiones.

–¿Y qué alternativa tengo? –preguntó él, arrastrando las palabras.

Tiree se encogió de hombros.

–No lo sé… Quizá, para empezar, debas evitar los motivos de discusión.

–¿Quieres decir que le permita vestir como quiera?

Sinclair se sintió horrorizado ante aquella idea.

–Podrías intentarlo –asintió ella–. Quizá lleve camisetas ajustadas y faldas muy cortas, pero eso no es el primer paso de una degradación moral. Se trata de la confianza en sí misma, más que de la ropa.

–Me he perdido –admitió Sinclair.

Tiree decidió ser más directa.

–Lo que te asusta es que empiece a pasar la noche fuera, siendo aún demasiado joven, ¿verdad?

–Sí.

Sinclair no estaba seguro de si la franqueza de Tiree le resultaba refrescante o preocupante. Pero Tiree no tenía ningún problema en hablar de sexo, solo en practicarlo.

–Pues no puedes encerrarla en su habitación durante los próximos cinco años, porque no podrás controlar ese aspecto de su vida. Dependerá de ella soportar la presión.

–¿De los chicos?

–Y de sus amigas. Le preguntarán si ya lo ha hecho y la harán sentirse diferente hasta que lo haga. No es fácil para las chicas hoy en día.

–Ya. Te agradezco el consejo –dijo Sinclair con educación–, pero esa es la principal razón por la que la envié a un internado.

Tiree le preguntó con la mirada si realmente era tan ingenuo para creer aquello.

–¿Y tú qué crees? ¿Que los niños ricos no lo hacen porque tienen dinero?

–No exactamente –dijo Sinclair, deseando no haber comenzado aquella conversación–. Pero cuando yo estaba en el internado no había muchas posibilidades de entrar en contacto con el sexo opuesto.

–¿De qué siglo me estás hablando? –preguntó ella con descaro.

Sinclair apretó los labios; él no era tan mayor.

–Ya sé que las cosas han cambiado un poco…

–¿Un poco? –repitió Tiree, enarcando una ceja–. Es un mundo totalmente distinto al tuyo, incluso al mío. Pregúntaselo a Eloise si no me crees.

–¿Preguntarle el qué exactamente?

Sinclair hacía esfuerzos por no parecer pedante.

–Por ejemplo, si las chicas hablan sobre chicos –sugirió Tiree–. O si leen revistas para adolescentes, o si alguna ha admitido haberlo hecho. ¡Incluso qué piensa ella sobre el sexo esporádico!

–¡Yo no puedo preguntarle esas cosas! –exclamó Sinclair horrorizado.

–¿Por qué no? ¿Con quién va a hablar si no es contigo?

Hasta aquel momento, a Sinclair no se le había ocurrido pensar que su hija pudiera necesitar hablar de tales temas.

–En Wesley Hall hay una directora y una ama de llaves –se defendió Sinclair.

Tiree hizo un gesto de impaciencia con los ojos.

–Me imagino que las chicas preferirían morirse antes que hablar sobre el sexo con ellas.

Sinclair pensó que podía tener razón, pero no tenía por qué parecer tan segura de sí misma.

–El sexo no lo es todo en la vida –replicó.

–Por supuesto –contestó ella, y dio por terminada la conversación.

Tiree se levantó de la silla, recogió las verduras y el pollo y comenzó a cocinarlo todo.

Sinclair se quedó pensando en lo absurdo de su postura. ¿Realmente había pretendido adoptar una actitud de moral recta, cuando, incluso en aquel momento, el deseo de tomar a aquella chica en sus brazos y besarla era tan poderoso?

Además, el hecho de que ella supiera lo que sentía solo empeoraba las cosas. Lo sorprendía que no lo hubiera tachado de hipócrita.

Pensando en aquellas cosas, Sinclair se dio cuenta de que Tiree tenía la capacidad de sorprenderlo.

Tiree era consciente de que Sinclair la observaba mientras cocinaba, y supuso que ella era como una curiosidad para él. Procedían de mundos completamente distintos.

Hasta que no estuvo la comida preparada, Tiree no volvió a hablar.

–Ya puedes avisar a Eloise.

–De acuerdo –dijo él, y se asomó al pie de las escaleras para llamar a su hija–. ¿Prefieres vino blanco o tinto? –le preguntó a Tiree cuando volvió a la cocina.

–Blanco –contestó ella, esperando que un poco de vino la ayudara a relajarse.

–¿Dulce o seco?

–Seco.

Sinclair escogió una de las botellas que había en la nevera y la abrió.

–Hola, papá –saludó Eloise. Llevaba puesta su ropa nueva y estaba de buen humor–. ¿Qué tal la conferencia?

–Ha sido muy aburrida, a excepción de mi ponencia, por supuesto.

–Por supuesto –repitió la niña, con el mismo tono irónico que su padre–. Nosotras nos lo hemos pasado muy bien, y Tiree me ha ayudado a escoger la ropa.

–Ya veo.

Sinclair observó momentáneamente a su hija: era alta y delgada, y, de repente, le pareció mucho más mayor con aquella minifalda y la camiseta blanca con las palabras *Los hombres mienten* estampadas. Estaba decidiendo si le gustaba o no cuando sintió la mirada de Tiree sobre él, avisándolo para que dijera lo correcto.

–Es… genial.

–¿De verdad? –preguntó Eloise, que nunca había oído a su padre utilizar aquella palabra.

–Sí –contestó él sonriendo–. Pero intentaré no tomármelo como algo personal.

–«Los hombres mienten» –leyó Eloise con una mueca–. No se refiere a ti, papá. Se refiere a los hombres de verdad.

–Claro –dijo Sinclair.

Tenía la sensación de que le estaba insultando y la sonrisa que cruzó la cara de Tiree lo confirmó.

Pero Eloise ya había trasladado su atención a la comida que Tiree estaba sirviendo.

–¡Pollo rehogado! ¡Delicioso!

–Servíos vosotros mismos –dijo Tiree, echándose verduras únicamente.

Eloise se dio cuenta de que Tiree evitaba el pollo.

–¿No te gusta el pollo?

–Soy vegetariana –explicó Tiree.

–Yo también lo soy un poco –afirmó Eloise, al tiempo que se servía una ración de pollo.

–¿Y desde cuándo? –preguntó su padre, enarcando una ceja.

–Desde que probé la carne picada del colegio. Creo que hacen la comida mala a propósito. Como nadie se la come, ahorran dinero.

–Es una teoría interesante –dijo Sinclair, arrastrando las palabras–. Quizá se la comunique a la señorita Hasslewaite cuando te lleve de vuelta.

Resultaba obvio que estaba bromeando y las dos se dieron cuenta de ello.

–Muy gracioso, papá –dijo Eloise, aunque parte de su buen humor se evaporó al pensar en su pronto regreso al internado–. Papá piensa que la mala comida y los bultos en el colchón forjan la personalidad. ¿Tú qué piensas? –le preguntó a Tiree.

–Creo que me mantendré al margen de esto –contestó Tiree con educación.

–Seguro que tus padres no te mandaron a un internado –añadió Eloise, esperando recibir apoyo.

Tiree movió la cabeza.

–No. Yo fui a un colegio privado.

Sinclair enarcó una ceja al escuchar aquello. ¿No le había dicho que su padre estaba muerto y su madre desaparecida?

Tiree vio la mirada de escepticismo de Sinclair; pensó que resultaba irónico que a él le hubiera contado la verdad cuando normalmente no lo hacía con los demás, como había ocurrido con Eloise.

En el pasado se había dado cuenta de que la historia de su vida solía atraer una desagradable mezcla de lástima y curiosidad, y Tiree estaba cansada de contestar preguntas sin sentido. Pero desde el principio supo que con Sinclair sería diferente.

En aquel momento, él la escudriñaba con cinismo y ella lo miró fijamente, retándolo a llamarla mentirosa.

–¿Tus padres te llevaron a un colegio privado? –preguntó él finalmente.

–Mis padres adoptivos –corrigió ella.

–¿Eras huérfana?

–Sí.

–Te debían de querer mucho –aventuró Sinclair, aún con escepticismo–, para haberte llevado a un colegio de pago.

–No sabes cuánto –dijo Tiree, que no estaba dispuesta a contarle nada.

–¿Y qué hay de la comuna? –preguntó Sinclair, en un intento de aclarar las inconsistencias de su historia.

Tiree se encogió de hombros a modo de respuesta. Si lo que quería era su autobiografía, tendría que esperar a comprarse una copia.

–¿Qué es una comuna? –preguntó Eloise, recordándoles su presencia.

–Nada importante –dijo Sinclair y volvió al tema inicial–. Lo importante ahora es tu educación, y créeme, hay muchos niños menos afortunados que considerarían un internado con piscina, pistas de tenis y cine como un sueño hecho realidad.

Tiree se dio cuenta de que lo que le estaba diciendo era que agradeciera su propia suerte, pero los niños de su edad rara vez lo hacían. Estaban demasiado centrados en sus propias vidas.

La expresión de Eloise se tornó seria.

–¿Por qué no hacemos una cosa? ¿Por qué no te buscas uno de esos niños y le ofreces mi lugar, ya que soy tan desagradecida?

–Eloise –dijo su padre, comenzando a impacientarse–, si eso pretendía ser gracioso…

–No lo es –protestó la niña–, y el internado tampoco lo es. Pero no espero que lo entiendas.

–Lo entiendo mejor de lo que imaginas –dijo Sinclair–. Yo tenía ocho

años cuando entré en el internado, y claro que recuerdo lo mal que me sentí durante un tiempo. Pero mejorará; solo tienes que darle una oportunidad.

–¡Una oportunidad! –exclamó Eloise–. ¿Y qué te parecen diez meses? ¡Han sido los peores diez meses de mi vida!

–No exageres –replicó su padre.

–Disculpad –interrumpió Tiree–, pero un aspecto de mi vida familiar que no quisiera revivir son las discusiones durante la cena, así que os agradecería que esperaseis a que me haya marchado.

Tiree hablaba en serio. Aquella discusión no tenía sentido, ya que obviamente no era la primera vez que la tenían y nunca llegaban a ninguna parte.

La intervención resultó efectiva, ya que tanto padre como hija centraron su atención en Tiree, quien había continuado comiendo después de hablar.

Sinclair pensó en mostrarse indignado, pero decidió no hacerlo; Tiree tenía razón, aunque había expuesto su punto de vista de una manera un tanto irritante.

Sinclair captó la atención de su hija y acordaron una tregua con la mirada.

–¿Te apetece más vino? –preguntó Sinclair para romper el silencio.

–Sí, por favor. ¿Qué tal suena el CD que te has comprado? –preguntó Tiree a Eloise, contenta de poder cambiar de tema.

–Muy bien. Incluso suena mejor que el último. Tiree sabe mucho de música –le dijo a su padre–. Solía trabajar en una tienda de música.

–¿De verdad?

–Hace mucho tiempo, cuando estaba estudiando.

–Eres una chica muy polifacética –comentó él.

Tiree notó su tono de incredulidad, pero prefirió ignorarlo.

–La única música que le gusta a papá está compuesta por personas que ya han muerto; es muy aburrida.

Sinclair hizo una mueca de desaprobación.

–Esa es una forma de referirse a los grandes compositores. Me imagino que a ti tampoco te gusta la música clásica.

Tiree se preguntó si acaso no la creía lo suficientemente intelectual para poder apreciar músicas más complejas.

–Depende de lo que sea. Me gusta escuchar a Beethoven, Verdi y Mahler, pero para tocar prefiero a mis favoritos, Ravel y Vivaldi.

–¿Tocar? ¿Te refieres a un instrumento?

–El violín –aclaró ella.

–De ahí el comentario de Rhys esta mañana –dijo él, más bien para sí mismo–. ¿Qué tal tocas?

–Puedo tocar una melodía de oído.

Tiree se resistió a la tentación de decirle que había estudiado en la Real Academia de Glasgow, ya que abriría la puerta a más preguntas y no pensaba que él se creyera las respuestas.

–¡Qué coincidencia! –dijo Sinclair entrecerrando los ojos–. Eloise estuvo aprendiendo a tocar el violín durante un tiempo. Quizá más tarde puedas tocar algo para nosotros.

Sinclair intentaba dejarla en evidencia, pero Tiree no se lo iba a permitir.

–Claro que sí.

Eloise paseó la mirada de uno a otro, consciente de que había algo más en todo aquello.

–Si queréis, voy a buscarlo.

Ambos permanecieron callados durante un instante. Los ojos de Sinclair permanecieron fijos en Tiree, esperando a que ella pusiera alguna excusa. Pero Tiree se limitó a sonreír con despreocupación.

–No. Primero termina de cenar –contestó Sinclair eventualmente–, y después te sugiero que subas a tu habitación y le escribas una carta de disculpa a la señorita Hasslewaite por haberte fugado.

Eloise miró a su padre con desagrado.

–Por qué? De todos modos va a ser horrible conmigo cuando vuelva.

–Es lo menos que puedes hacer –ordenó Sinclair–, teniendo en cuenta todos los problemas que has causado. Después, quiero que te acuestes.

–¡Papá! –exclamó la niña, y miró a Tiree en busca de ayuda–. ¿Puedes hacerme un favor y decirle a mi padre que ya no tengo seis años?

–Lo intentaré –dijo Tiree y miró a Sinclair, ignorando su serio semblante–. Ya no tiene seis años.

–Soy consciente de ello, créeme, pero tampoco tiene dieciocho.

–Los tendrá.

Sinclair enarcó una ceja.

–No estarás a punto de impartirme más consejos acerca de la educación de adolescentes, ¿verdad?

–Si eso lo dices por el consejo que te di antes, quiero que sepas que no pretendía hacerme pasar por una experta.

–¿De verdad? –preguntó él, fingiendo decepción–. ¡Y yo que pensaba que la psicología era otra de tus muchas virtudes!

Aquello era una referencia al violín, que él, obviamente, dudaba que tocase. Pero si pensaba que la podía menospreciar de aquella manera, estaba muy equivocado.

–La verdad es que no tengo ningún tipo de titulación, así que puedes sentirte todo lo superior que quieras, *doctor Sinclair*, si eso te hace sentir mejor –le dijo ella furiosamente–. Mientras tanto, supongo que no te importará si utilizo tu teléfono para pedir un taxi.

Tiree se levantó de la mesa con la dignidad intacta y se dirigió hacia la puerta.

–Tiree, escucha… –comenzó a decir Sinclair, pero ella lo ignoró.

Sinclair maldijo en voz baja y se prometió a sí mismo que en aquella ocasión no iría detrás de ella.

Debería haber dejado que se marchara con Rhys; probablemente harían buena pareja. A Rhys no le importaría que la chica fuera una mentirosa compulsiva, siempre que pudiera llevársela a la cama. Además, seguramente estaba acostumbrada a las relaciones pasajeras.

Con facilidad, Sinclair los imaginó juntos; el problema era que aquella idea lo irritaba.

Capítulo 8

TIREE estaba pensando en lo satisfecha que se sentía consigo misma por haberlo irritado lo suficiente para que no la siguiera cuando, de repente, apareció por la puerta. Ella se limitó a continuar buscando en el directorio que había encontrado sobre su mesa.

–¿Qué estás buscando?

–Compañías de taxis.

Tiree escogió una y descolgó el auricular. Había marcado ya todos los números cuando él llegó a su lado y cortó la comunicación.

–Creía que no tenías dinero.

–En el chalet sí tengo.

Tiree esperó a que él apartara la mano del teléfono, pero él tomó el auricular de su mano y lo colgó.

La miró fijamente, con la expresión seria y determinada, pero Tiree no se sintió asustada. No podía obligarla a quedarse.

–Esto es una tontería –murmuró ella–. Puedo bajar al pueblo y telefonear desde allí.

–Te dije que te llevaría a casa, y lo haré –contestó él–. Pero será mejor que antes leas el periódico de hoy. Espera aquí mientras voy a por él.

Sinclair salió al recibidor y Tiree escuchó cómo abría su maletín. Cuando volvió con el periódico en la mano, cerró la puerta con pestillo.

Aquel gesto la puso nerviosa.

–¿Qué estás haciendo?

–Asegurarme de que Eloise no entre –dijo él en tono cortante, antes de dejar el periódico sobre la mesa–. Lo compré en la gasolinera. No es el que suelo leer, pero me llamó la atención.

Tiree sintió que el corazón le daba un vuelco. Lo que vio no estaba en los titulares, pero sí había salido en portada.

Era una fotografía de ella del día anterior, mientras salía de la clínica, acompañada de la frase *¿Es este el verdadero rostro de Ti Nemo, la salvaje estrella del rock?*

Tiree gruñó en voz alta e inmediatamente pasó las páginas hasta el artículo de la página cuatro. Se sentó en la silla y leyó lo que ponía acerca de su breve estancia en la clínica Abbey y su consiguiente desaparición. Como siempre, la prensa lo había interpretado mal y sugería que había ingresado en la clínica tras sufrir un colapso nervioso. Su mánager , Leslie Gray, negaba conocer su actual paradero, alimentando así los rumores de que había desaparecido. Mientras tanto, el último sencillo de Kinetic Sugar, se mantenía otra semana más en el número uno.

–Creía que habías telefoneado a tu mánager –dijo Sinclair cuando Tiree apartó el periódico con indignación.

–Lo hice –insistió Tiree–. Pero está exprimiendo la situación para aumentar las ventas.

–Lo cual te beneficia a ti –musitó Sinclair.

–No tengo nada que ver con esto –dijo irritada Tiree–. ¿Es que no lo entiendes? Esta foto puede suponer el final de una vida normal para mí.

Sinclair estuvo a punto de reírse en voz alta al pensar en Ti Nemo llevando una vida normal. ¿A quién pretendía engañar?

–Pero sería una buena plataforma para una carrera en solitario –especuló él.

Tiree movió la cabeza, harta de su cinismo, y abrió de nuevo el periódico.

–¿Me reconocerías en esta foto?

Ella levantó la cabeza y Sinclair observó fijamente cada facción: unos grandes y rasgados ojos verdes, una bonita nariz, unos labios que formaban un mohín natural y una barbilla ligeramente puntiaguda. En realidad, la foto del periódico no le hacía justicia.

Sinclair se encontró a sí mismo mirándola demasiado tiempo y apartó la mirada.

–No inmediatamente, pero cuando te enfadas te pareces.

–¡Estupendo! Tendré que sonreír como una idiota el resto de mi vida.

Abatida, terminó de leer el artículo, que incluía datos sobre el hospital. Aparentemente, no era un hospital privado corriente.

–Aquí dice que el hospital Abbey se especializa en desórdenes psicológicos, resultantes de golpes en la cabeza. ¿Es eso cierto?

Sinclair asintió brevemente.

–Pero si yo solo tuve una pequeña conmoción, ¿por qué me llevaron allí?

–La ambulancia te llevó allí bajo mis órdenes –admitió él–. Era el hospital más cercano a tu casa y yo sabía que tiene el equipo necesario para tratar conmociones. Además, pensé que los empleados serían más discretos allí que en un hospital corriente.

Pues había calculado mal, pensó ella.

–¡Maravilloso! Ahora el mundo pensará que he sufrido una crisis nerviosa –dijo Tiree suspirando.

–Creía que actuaba en tus mejores intereses –dijo él secamente–. Pero quizá tengas razón y no acertara.

¿Era aquello una disculpa? Desde luego se acercaba mucho, y Tiree cedió un poco.

–No podías saberlo –concedió ella–. Y supongo que debería estar agradecida porque no me dejaras para que me encontrara cualquier otra persona.

–No habría hecho eso –contestó él con seriedad.

–No.

Tiree se dio cuenta de que Ewan Sinclair, el hombre además del médico, vivía según un código ético.

–Podría pedirle al doctor Chivers que redacte una nota de prensa que afirme que ingresaste exclusivamente por una herida en la cabeza –sugirió Sinclair.

Tiree consideró la oferta por un momento, antes de negar con la cabeza.

–Olvídalo. Las notas de prensa suelen volverse en tu contra. Toma, será mejor que rompas esto antes de que lo encuentre Eloise.

Tiree le dio el periódico y lo miró mientras él rompía las páginas correspondientes al artículo y tiraba los trozos a la papelera.

–Por cierto, gracias por no decir nada delante de Eloise –dijo Sinclair.

–¿Qué otra cosa podía hacer? –preguntó Tiree encogiéndose de hombros–. ¿Decirle quién soy para que me odie? Porque supongo que le habrás comentado tu opinión acerca de los hechos que rodearon la muerte de Kit.

–¿Cómo podía hacerlo? No sé qué parte jugaste tú en todo aquello.

Sinclair estaba mirándola fijamente otra vez. ¿Qué esperaba de ella? ¿Una confesión completa y sincera?

De repente a Tiree le pareció que los dos últimos días no habían sucedido. Sinclair la había rescatado de la caída, la había ayudado a evadirse de la prensa, le había dado cobijo por una noche e incluso se había permitido desearla de forma pasajera y la había besado. Pero nada había cambiado: él aún creía que ella era la responsable del accidente de Kit.

Tiree se levantó de la silla, sintiéndose más enfurecida que culpable. Intentó dirigirse hacia la puerta pasando por su lado, pero él la sujetó firmemente del brazo. Ella no se resistió; se limitó a mirarlo con expresión de aburrimiento.

Sinclair decidió hacerle una oferta.

–Si decides contarme qué sucedió aquella noche, te aseguro que no saldrá de esta habitación.

–¿Y puedo fiarme de ti? –dijo casi en tono acusador.

–Puedes fiarte del hecho de que no quiero ningún tipo de publicidad, ni para mí ni para los míos –dijo él–. Prefiero la verdad antes que una compensación.

Tiree intentó zafarse de él, pero Sinclair la sujetó con más fuerza, haciéndole daño ya fuera sin querer o a propósito.

–De acuerdo –dijo ella, decidiendo darle la confesión que buscaba–. Yo fui la responsable. Sabía que Kit estaba demasiado drogado para montar en bicicleta. Podría haber evitado que se marchara si hubiera querido, pero en vez de eso, dejé que Stu lo persiguiera y por eso tuvieron el accidente. Eso es todo. ¿Estás contento?

–No –espetó Sinclair–. No me lo has contado todo.

¿Qué era lo que quería? ¿Sangre?

Probablemente sí.

–¿No te basta con que haya asumido la culpa? –replicó ella.

Aparentemente no, ya que Sinclair insistió.

–¿Cómo podías haberlo evitado?

Tiree hizo un gesto de impaciencia con los ojos.

–Él era un chico, yo soy una chica. ¿Quieres que te lo dibuje?

–No.

Aquello confirmaba las sospechas de Sinclair: Tiree había tenido una relación sentimental con su hijastro, pero no se sintió mejor por saberlo.

De hecho, se sentía mucho peor.

–¿Entonces por qué lo rechazaste aquella noche? Te cansaste de él, ¿no es así?

–No en la forma en que tú piensas –negó Tiree–. Estaba cansada. Eso es todo.

–No me extraña, si los compartías a los dos –dijo Sinclair con una mueca.

Tiree exclamó con frustración. ¿Realmente la veía como a una mujer fatal?

–¡Pues no podías estar más equivocado!

–¡Entonces cuéntamelo!

Tiree lo miró y vio que la expresión de su cara parecía esculpida en piedra. No reflejaba sentimientos ni comprensión, y ella no podía exponerle sus verdaderos defectos. Prefería que pensara que era una promiscua sin sentimientos.

–Tienes razón –replicó furiosa–. ¿Pero por qué limitarlo a Stu y a Kit? Quizá también tuviera una aventura con Wayne, el batería. Y por supuesto, también con Les, nuestro mánager, y eso sin mencionar a todos los miembros del equipo. Quizá tenga una aventura con todos los hombres a los que conozco… ¿Y quién sabe? Quizá si tú no fueras un pedante mojigato con pretensiones de superioridad moral también me acostaría contigo.

Sinclair se dio cuenta de que pretendía ridiculizarlo.

–¿Realmente crees que me acostaría contigo? –rugió él.

–Si tuvieras la oportunidad, claro que sí –dijo Tiree, que empezaba a sentirse irritada por su acento de clase alta.

Ladeó la cabeza en un gesto desafiante, invitándolo a repudiarla. Estaba segura de que lo haría, convencida de que su orgullo lo obligaría a apartarla de él.

Y aparentemente no se había equivocado. Sinclair la soltó como si temiese que fuera a contagiarlo de algo, y Tiree sonrió satisfecha.

Pero fue demasiado pronto y demasiado obvio y fue un error.

Cuando intentó alejarse de él, Sinclair la sujetó por la cintura.

–Quizá tengas razón.

–¿Qué estás haciendo? –balbució ella mientras Sinclair la estrechaba contra él.

En aquel momento, fue él quien la miró con burla, saboreando su miedo.

–¡Cumplir tus expectativas!

–¡Suéltame! –exclamó Tiree, apartándose de él con las manos.

Pero fue tan inútil como empujar una pared de ladrillos. Él era más alto y más fuerte, y estaba decidido a darle una lección.

Una lección sobre su debilidad que desempeñó con pasmosa facilidad mientras la acercaba hacia él.

Sinclair inclinó la cabeza hacia ella y en vez de sentir miedo, Tiree sintió que el deseo comenzaba a invadir su cuerpo.

Quizá si él hubiera actuado con brusquedad, ella podría haberse resistido con más fuerza, pero no lo hizo. Sinclair la besó suavemente,

apenas un ligero roce en su mejilla. Pero después sintió la firme presión de una boca masculina. Lentamente, Sinclair saboreó sus labios hasta que ella gimió involuntariamente en señal de sumisión.

Aquello debería haber bastado para darle la lección, pero Sinclair se dio cuenta de que quería algo más. Lo quería todo. Entrelazó una mano en el pelo de Tiree y la sujetó con firmeza mientras profundizaba el beso, exigiendo una respuesta.

Tiree abrió la boca, permitiéndole entrar en ella. La lengua de Sinclair se deslizó entre sus labios y comenzó a saborearla. Tiree esperó a sentir la habitual repulsión, pero en vez de eso, sintió que el deseo la invadía con tanta fuerza que gimió. Entonces, sintió que una mano se deslizaba por debajo de su camiseta y comenzaba a acariciarla, deslizándose hacia arriba, buscando lo que había tocado aquella misma mañana.

Tiree le sujetó el brazo y Sinclair gruñó junto a su boca.

–Déjame…

Tiree gimió en respuesta. Podía haber significado cualquier cosa y Sinclair decidió tomarlo como un sí.

La mano se deslizó hacia arriba, sin encontrar barreras por el camino. Tomó un pecho en su mano; era tan suave y exuberante como lo recordaba, con unas grandes aureolas. Intentó imaginársela desnuda, pero no era suficiente. Sinclair interrumpió el beso y se apartó.

Tiree estuvo a punto de protestar. ¿Aquello era todo?

Pero no fue así. Sinclair mantuvo su mirada por un momento, y entonces, sin esperar a que ella le diera permiso, le quitó la camiseta. La dejó caer en el suelo y volvió a mirarla fijamente durante un largo rato.

–Preciosa –murmuró él cuando ella estaba a punto de taparse con los brazos.

Sinclair alzó una mano hacia su pecho y Tiree intentó resistirse. Cerró los ojos para no ver su atractiva y seria cara, pero aquello solo agudizó la sensación de la mano de él sobre su piel, acariciándola suavemente. Primero de manera reverente, después, sus dedos acariciaron y jugaron con un pezón hasta que este se hinchó y se puso erecto.

Tiree estaba segura de que el deseo que sentía eventualmente desaparecería, pero se dio cuenta de que aumentaba cuando él comenzó a acariciarle el otro pecho. Y con incredulidad, también se dio cuenta de que gemía seductoramente y echaba la cabeza hacia atrás, permitiéndole tocarla ya sin lugar a dudas.

¿Así que se trataba de aquello? ¿Desear a alguien con tanta fuerza que todo lo demás no importase?

Sinclair la sentó sobre la mesa, apartando los libros y los papeles para después tumbarla y saborear sus pezones con la boca. Tiree abrió los ojos y observó cómo Ewan Sinclair acariciaba sus pechos con la cara. Él continuaba siendo un extraño para ella, y sin embargo aquello la estaba volviendo loca de placer. Le sujetó la cabeza con las manos, urgiéndolo a que continuara chupando y lamiéndole el pezón, hasta que finalmente Sinclair lo mordió, dejándolo hinchado y dolorido, pero deseando que hiciera lo mismo con el otro. Tiree se lo acercó a la boca y Sinclair gimió de satisfacción mientras lo tomaba en su boca.

Sinclair se subió a la mesa con ella, tirando más libros al suelo enmoquetado mientras lo hacía; su respiración era pesada y entrecortada, igual que la de Tiree. Puso una mano sobre su vientre, le desabrochó el botón de los vaqueros, le bajó la cremallera y comenzó a bajarle los pantalones.

En aquel momento Tiree sintió el familiar pánico y le sujetó el brazo, pero ya era tarde. Sinclair había metido la mano dentro de sus braguitas y la acariciaba de tal manera que ella ya no deseaba que se detuviera. Tiree abrió las piernas, permitiendo que los habilidosos dedos de Sinclair entraran dentro de ella. A la primera embestida ella ya estaba caliente y húmeda; después comenzó a gemir, deslizando las manos sobre el cuerpo de Sinclair para sujetarlo. Sinclair comenzó a besarla de nuevo y Tiree sintió su deseo mientras él invadía su boca. Ella también lo saboreó, aceptando la intimidad de la que normalmente huía, entrelazando las manos en su pelo con cada nueva embestida de los dedos de él dentro de su cuerpo. Tiree deseaba más, lo deseaba a él dentro de su cuerpo. Alargó la mano y tragó saliva al sentir el pulso de su virilidad. Se estrechaba contra sus pantalones y se apretaba contra su mano.

Sinclair se apartó de ella.

–Espera –susurró él.

Se movió hacia el borde de la mesa, llevándola con él para ponerla de pie y bajarle los pantalones. Tiree quizá hubiera protestado, pero él comenzó a besarla de nuevo, y quizá se hubiera resistido, pero Sinclair comenzó a acariciarla de nuevo entre las piernas y ella sintió que su deseo por él volvía a crecer. Entonces, él la sentó de nuevo sobre la mesa, terminó de quitarle los pantalones y se colocó entre sus piernas.

Sinclair interrumpió el beso y las caricias y Tiree abrió los ojos para encontrarlo quitándose la camisa. Se dio cuenta de que el solo hecho de mirarlo la excitaba.

Pero también la confundía el hecho de que un hombre que apenas le gustaba la hiciera sentirse de aquella manera.

Sinclair la miró a los ojos y vio la duda reflejada en ellos. Tiree comenzó a mover la cabeza pero él obedeció sus propias necesidades. Tomó sus pechos entre las manos y agachó la cabeza hacia uno de sus pezones, para acariciarlo con la lengua hasta que ella gimió. Sinclair hizo lo mismo con el otro y ella le sujetó la cabeza para que se quedara allí. Entonces, Sinclair sintió que Tiree se rendía a él y no pudo esperar más.

Tiree sintió sus manos sobre las caderas, acercándola hacia él y, de repente, el sexo de Sinclair empujaba contra el suyo. Nunca había llegado tan lejos con un hombre y automáticamente su cuerpo se tensó. Sinclair comenzó a penetrarla y en el último momento, ella intentó apartarse. Pero ya era demasiado tarde, porque él estaba entrando en su cuerpo, rompiendo algo más que las barreras mentales. Cuando él por fin se dio cuenta de lo que ocurría, ella estaba llorando angustiada.

Sinclair echó la cabeza hacia atrás y la miró con incredulidad.

–¡Eres virgen!

Aquello fue pregunta, afirmación y acusación al mismo tiempo. Tiree ni siquiera había pensado en que él se daría cuenta.

–Creo que ya no –intentó bromear ella, aunque su voz se quebró.

Sinclair apoyó la cabeza sobre su frente.

–¿Por qué…?

¿Por qué le había dejado? Tiree movió la cabeza. No tenía sentido pedirle respuestas a ella.

Sinclair se encontró a sí mismo peleando contra su propia conciencia. Por increíble que pareciera, aún estaba excitado y tuvo que hacer muchos esfuerzos para controlar la fuerte necesidad que sentía por terminar lo que había empezado. Sintió que el cuerpo de Tiree comenzaba a temblar y quiso ignorarlo, pero no pudo, así que salió de ella y se colocó la ropa.

Cuando finalmente la miró, vio que la expresión de su cara estaba en blanco, como si estuviera en shock. ¿Qué demonios había hecho?

–No te preocupes –murmuró él, consciente de lo inapropiado de sus palabras.

Ya nada parecía estar bien.

Tiree lo miró con incomprensión. ¿Por qué él? ¿Por qué en aquel momento?

–Toma –dijo Sinclair, recogiendo su camiseta del suelo para después pasársela por la cabeza con suavidad.

Tiree se abrazó a sí misma, aunque no pudo dejar de temblar. Y cuando él recogió su ropa interior del suelo, aunque se tranquilizó ligeramente, sintió que se sonrojaba, así que tomó las prendas de sus manos y se alejó al otro lado de la mesa para ponérselas. Tiree se dio cuenta de lo absurdo de aquel gesto. Había dejado que él la desnudara y sin embargo, en aquel momento se sentía terriblemente avergonzada mientras intentaba vestirse de nuevo.

De hecho, todo aquel asunto del deseo resultaba absurdo. Había deseado a aquel hombre más que a ningún otro, pero ni siquiera estaba segura de que le gustara. En cambio, él la había deseado mientras la había creído una mujer promiscua, pero en cuanto se dio cuenta de que no lo era, ya no parecía desearla.

–Tiree –dijo Sinclair mientras le daba los pantalones–, no sé cómo decirte cuánto lo siento.

–Pues no lo hagas –dijo ella, de nuevo con su actitud fría–. Ya estamos lo suficientemente avergonzados.

–Cierto –admitió Sinclair mientras se ponía la camisa, dándose cuenta de que le faltaban demasiados botones.

La observó mientras ella se sentaba en la silla que había junto a la ventana para ponerse los pantalones. Sinclair pudo divisar unas piernas delgadas y bien formadas, y se dio cuenta de que aunque el deseo se hubiera empañado, se recuperaba con facilidad. Pensó en la suavidad de su piel, en su dulce sabor, en los seductores gemidos provocados por el placer que él le había proporcionado, y sintió un fuerte deseo por seducirla de nuevo.

Sinclair apartó los ojos y fijó la mirada en otra parte. Vio los libros y los papeles que habían tirado al suelo, se agachó a recogerlos y distraídamente se paró a leer algunos de los documentos.

Al verlo, Tiree llegó a una conclusión: finalizado el interludio, todo

volvía a la normalidad.

¿Y qué otra cosa había esperado? ¿Una confesión de amor eterno?

Para los hombres, el sexo era solo sexo, tal y como Stu le había explicado en más de una ocasión. Algo muy importante mientras sucedía, pero nada en cuanto se terminaba.

Y eso cuando todo terminaba bien, y no a la mitad porque uno de los dos se retiraba por una herida. ¡Menudo fiasco!

–Tiree… –dijo él cuando después de terminar de recoger se acordó de su existencia y la miró con preocupación–, la verdad es que no sé cómo deberíamos enfrentarnos a esto. Acepto toda la responsabilidad de lo que ha ocurrido, pero no comprendo muy bien por qué no me has detenido.

Tiree tampoco lo comprendía. Le habían gustado otros hombres, mucho más que él, aunque hubiera evitado estar en la intimidad con ellos. Sin embargo en aquella ocasión, el deseo se había apoderado de ella. Quizá simplemente fuera que, a pesar de ser un un pedante, Ewan Sinclair era muy buen amante.

Parecía una explicación razonable, pero aquel era un pensamiento que no estaba dispuesta a compartir, de manera que recurrió al sarcasmo.

–Tendrás que preguntárselo a mi psicoanalista.

–¿Tienes uno? –preguntó él esperanzado.

–No –contestó ella haciendo una mueca–. Era una broma.

–Ya veo. Yo no soy un gran defensor del psicoanálisis, pero muchas personas se benefician de él. Quizá lo debas tener en cuenta –dijo Sinclair con calma.

–Gracias. Estás diciendo que cualquier mujer que esté lo suficientemente loca para acostarse contigo necesita ayuda psicológica, ¿no es así? Pues quizá tengas razón.

Sinclair frunció el ceño ante aquel comentario, pero pensó que se lo había buscado. Después de todo, su preocupación por la salud mental de Tiree había llegado un poco tarde.

–Por lo visto no he hecho nada bien hasta ahora –admitió él, moviendo la cabeza–. Solo quiero que sepas que si yo hubiera sabido que nunca habías estado con un hombre, no te habría tocado.

De no ser por lo ridículo del comentario, Tiree se habría sentido avergonzada ante la seriedad de la afirmación.

–¿Quieres decir que ahora que sabes que no soy una mujer promiscua ya no me deseas?

–Sí… quiero decir, no… eso no es lo que quería decir –dijo Sinclair, recordando lo complicada que le resultaba aquella chica–. Nada de lo que diga va a mejorar la situación, ¿verdad?

–No –admitió Tiree–. Pero podrías acercarme las sandalias.

–¿Qué? –preguntó Sinclair, sorprendido por la petición–. Sí, por supuesto.

Se agachó para recoger las sandalias, una de las cuales estaba debajo de la mesa. Se las dio y la observó mientras se las ponía. Parecía tranquila y serena, lo cual era bastante extraño. ¿Pero qué sabía él acerca de aquella chica? Por lo visto, bastante poco.

Tiree esperó a que él se apartara para levantarse de la silla. Se sentía

ligeramente mareada, así que se quedó quieta un momento para recuperar el equilibrio. Después, se dirigió hacia el teléfono.

No recordaba el número de teléfono de la compañía de taxis, de manera que volvió a buscar en el directorio. Casi esperaba que él se acercara y lo cerrara, pero Sinclair permaneció como observador silencioso, así que Tiree pensó que estaría ansioso por que ella se marchara.

Marcó el número sin interrupciones. Cuando la telefonista le pidió la dirección, tuvo que preguntársela a Sinclair y este se la dio sin la menor demora.

–Están muy ocupados, pero me han asegurado que vendrá uno dentro de una hora –le informó ella.

Sinclair asintió.

–Me ofrecería para llevarte, pero probablemente Eloise ya se haya acostado. De todos modos, tampoco creo que aceptaras.

Su tono de voz estaba cargado de culpa y Tiree levantó la cara para mirarlo a los ojos. En ellos también se reflejaba la culpa. Podría haber disfrutado con aquello, apretándole las tuercas un poco más, pero la sinceridad le obligó a actuar de otra manera. Después de todo, ella no se había quejado mientras él la seducía. Más bien todo lo contrario. Desde luego recordaba con toda claridad cómo se había sentido en cada momento, y se había sentido muy bien.

–Escucha, Sinclair –dijo ella–, pareces estar bajo la impresión de que me has hecho algo terrible, pero no es para tanto. Así que si te preocupa la posibilidad de que me de un ataque o algo parecido, deja de pensarlo. Estoy estupendamente.

–Me gustaría poder creerlo –contestó él en voz baja.

–Puedes creerme –le aseguró ella, aunque pensó que la definición *estupendamente* quizá fuera un poco exagerada.

Aunque tampoco se sentía excesivamente mal; se sentía confusa y no podía dejar de pensar en la misma pregunta: ¿por qué él?

Sinclair no estaba muy convencido, pero no podía retenerla en contra de su voluntad, de manera que se dirigió hacia la puerta y descorrió el pestillo. Abrió la puerta y esperó a que ella saliera al pasillo.

–¿Por qué no esperas en el estudio? –sugirió él–. Puedo preparar café mientras esperamos el taxi.

–Gracias –murmuró Tiree, y Sinclair se marchó a la cocina.

Tiree entró en la habitación pensando que Sinclair estaría suspirando aliviado al igual que ella. ¡Menuda situación tan extraña!

Se sentó en el sofá que había junto a la ventana, desde la cual podía ver la verja de entrada y deseó que el taxi llegara lo antes posible. Nunca se había imaginado que aquel momento del después pudiera ser tan extraño.

Tiree se preguntó qué habría dicho Stu. ¿Algo crudo o divertido? Probablemente ambas cosas ya que Stu nunca fue un hombre romántico; para él, el sexo era una cuestión de poder y no de amor. El amor era para los tontos.

Y sin embargo, a su manera, Stu la había amado y ella lo había amado a él también. O al menos lo había necesitado. Quizá las dos cosas fueran lo mismo. Desde luego, él había sido lo más parecido que había tenido a una

familia después de que los Chisolm la devolvieran al orfanato.

Él había sido la única persona a la que le había contado lo ocurrido con Tom Chisolm, y, aunque él le había aconsejado que aprendiera a vivir con ello, también había comprendido su necesidad de venganza.

Llevaba una semana de vuelta en el orfanato cuando Stu le sugirió hacerles una visita a los Chisolm. Pero no una oficial o en un momento en que el matrimonio se encontrara en la casa. Utilizarían la llave que Tiree aún conservaba y confiarían en que no hubieran cambiado el código de la alarma.

Hasta aquel momento, Tiree había sido una persona cumplidora de las leyes y que apenas había sido castigada en el colegio. Pero una especie de locura se había apoderado de ella mientras rajaba la ropa de Tom y Margaret y destrozaba sus adornos, y Stu, anárquico por naturaleza, había estado encantado de ayudarla. Entre los dos, destrozaron la casa.

Después de aquello tuvieron que huir. Durante un mes sobrevivieron pidiendo limosna, comiendo en los albergues y durmiendo en los portales. Pero apenas habían vivido su aventura cuando el otoño dio paso al duro invierno escocés, y cuando la policía finalmente los arrestó, Tiree sufría un fuerte constipado y prácticamente se había resignado a pasar un tiempo en la unidad de seguridad en que Stu le había avisado que quizá los internaran.

Pero después de todo, a Tiree simplemente la enviaron de vuelta al orfanato donde recibió una pequeña charla sobre los peligros de la calle. No hubo cargos en su contra ni se mencionó a los Chisolm, aunque debía haber resultado obvio quién les había destrozado la casa. Asumieron que la pareja no lo había denunciado y Tiree no se sintió inclinada a confesarlo.

Tiree nunca intentó volver a ver los Chisolm. Los borró de su cabeza lo mejor que pudo, decidida a no permitir que le volvieran a arruinar la vida. Y no lo hicieron. Sobrevivió al orfanato y con un poco de suerte y talento, había saltado a la fama y la fortuna. Pero el ataque de Tom Chisolm le impidió tener relaciones normales con los hombres.

Hasta aquella noche. Pero incluso en aquel momento, no estaba segura de que lo que había ocurrido con Sinclair fuera normal. No podía recordar cómo había empezado. Quizá hubiera sido porque ella se burlara de él, pero en cuanto empezó, no había habido manera de pararlo. Y la verdad era que tampoco había querido pararlo; había sido Sinclair quien había detenido lo que estaba ocurriendo.

Quizá le había parecido que estaban llegando demasiado lejos. Después de todo, él solo había estado en busca de la verdad y de una posible compensación por la muerte de Kit. Quizá el hecho de desflorarla era llegar demasiado lejos.

Pero pensara lo que pensara, en aquel momento parecía estar deseando librarse de ella. Obviamente, no había sido capaz de apreciar el honor de ser su primer amante.

Tiree podría haberse sentido ofendida si la situación no le hubiera parecido tan extraña. De todos los hombres a los que había conocido, no podía haber escogido a uno menos apropiado. Un pedante intelectual, con

una visión completamente negativa del mundo de la música. Venían de un ambiente en el que chicos como Stu y ella, sobre todo Stu, eran un fenómeno social existente únicamente en los documentales de la televisión. No eran personas reales a las cuales le gustaría invitar a su casa.

A ella le había invitado a su casa, pero sus razones estaban relacionadas con Kit, y en cuanto se dio cuenta de que no podía demostrar su razonamiento, cualquiera que aquel fuera, no podía esperar a librarse de ella. Y ella no se lo iba a poner difícil; tenía su orgullo. Mientras tanto, había decidido evitarla.

Habían pasado quince minutos desde que Sinclair se había marchado a la cocina y aún no había vuelto con el café. Tiree esperaba que llegase pronto porque empezaba a sentirse somnolienta; había sido un día muy largo.

Cuando Sinclair entró en el estudio, encontró a Tiree dormida en el sofá y decidió no despertarla para el café; esperaría a que llegara el taxi. De aquella manera la conversación entre ellos sería mínima. Después de todo, ¿qué más podían decirse? Además, ella había dejado bien claro que no quería sus disculpas. Parecía dispuesta a salir de su vida para siempre. Quizá fuera lo mejor.

Sinclair se sentó junto a ella y la observó mientras dormía. ¡Parecía tan joven! En su cara no estaba reflejada la experiencia de los años, pero él sabía que había vivido ciertas cosas. Simplemente, no eran el tipo de cosas que él se había imaginado.

Quizá si realmente hubiera intentado hablar con ella habría descubierto la verdad antes, pero ¿acaso conocer la verdad le habría hecho actuar de manera distinta? Incluso en aquel momento no podía estar seguro de ello.

Cuando llegó el taxi Sinclair se levantó y le dio una palmadita en el hombro, pero Tiree no se despertó. La zarandeó un poquito más y ella murmuró una protesta de la cual Sinclair solo pudo entender el nombre de Stu.

Así que aquel era el hombre que poblaba sus sueños.

Decidió dejarla dormir y salió de la casa para compensar al taxista por la carrera en balde. Cuando volvió a la casa ella seguía durmiendo. Stu pensó en la posibilidad de llevarla en brazos al piso de arriba, pero le asustaba la posibilidad de que ella se despertara y sacase conclusiones equivocadas. Finalmente, decidió taparla con un edredón y apagó las luces, dejando una pequeña lámpara encendida por si acaso se despertaba durante la noche y se sentía desorientada.

Le acarició la frente con la mano para comprobar su temperatura, aunque los sentimientos que provocaron aquel gesto no fueron los de un médico. Notó que estaba fresca, aunque la habitación parecía un horno. Quizá no fuera ella la que ardía de fiebre.

Con aquel pensamiento en la cabeza, Sinclair se marchó a dormir.

Capítulo 9

DURANTE su adolescencia Tiree se había acostumbrado a dormir en los bancos de los parques y en los portales, de manera que un cómodo sofá no le suponía ningún problema; se despertó una vez a lo largo de la noche y, tras comprobar que estaba en un sitio seguro, se volvió a dormir inmediatamente.

Cuando volvió a despertarse ya había amanecido y había alguien de pie junto a ella. Parpadeó unas cuantas veces y se resistió a la tentación de preguntar por qué aún seguía allí.

–Nunca me habían hecho esperar tanto por un café. ¿Acaso te fuiste a Brasil a buscarlo? –preguntó ella en tono jocoso.

–Muy aguda –contestó él, al tiempo que aplaudía–. No conseguí hacer funcionar el molinillo.

–Podría haber pasado sin él.

Tiree se incorporó en el sofá y aceptó la taza de café que él le ofrecía.

–Intenté despertarte –afirmó él.

Tiree lo creyó. Poco a poco iba recordando los acontecimientos de la noche anterior y esperó no estar sonrojándose demasiado.

–Bueno, me tomaré el café y me acercaré al pueblo a buscar un taxi.

–Me temo que eso no va a ser posible; en este pueblo no hay taxis. Además, me gustaría que te quedaras a desayunar. Eloise cuenta con ello.

Eloise sí, pero él no, pensó Tiree.

–De acuerdo –accedió encogiéndose de hombros–. Quizá puedas pedirme un taxi para más tarde.

Sinclair asintió y se marchó.

Mientras se tomaba el café, Tiree hizo un esfuerzo por no pensar en lo ocurrido la noche anterior; en vez de eso, planificó el día que tenía por delante: volver a su casa para recoger dinero y el pasaporte y tomar el primer avión a un lejano país en el cual nadie hubiera oído hablar de Kinetic Sugar.

Sin embargo, lo primero de todo era darse una ducha, así que se tomó la libertad de ir a la habitación de invitados para hacerlo. Aunque no pudo cambiarse de ropa, al menos se sintió limpia.

Cuando volvió al piso de abajo se encontró con Sinclair y Eloise esperándola para desayunar. Entre las dos mujeres la conversación fluía con facilidad, sin embargo Sinclair estaba retraído. No dejaba de consultar su reloj y Tiree pensó que estaba deseando que ella se marchara.

En cuanto sonó el timbre, Sinclair se levantó apresuradamente y se dirigió hacia la puerta. Tiree pensó que sería su taxi e hizo ademán de seguirlo, pero él le ordenó que se quedara sentada.

Cinco minutos más tarde escucharon voces en el pasillo; la conversación

entre los dos hombres estaba dominada por el tono apremiante de sus voces.

Tiree supuso que no era el taxista, y Eloise, dominada por la curiosidad, se levantó para asomar la cabeza por la puerta. Cuando regresó a la mesa su expresión era de extrañeza.

–Es el tío Bob. Me pregunto qué querrá –comentó–. ¡Cielos, espero que no haya sido papá el que le haya pedido que venga a hablar conmigo! Sería muy vergonzoso –añadió la niña haciendo un gesto de impaciencia con los ojos.

–¿El tío Bob… es el doctor Chivers?

–¿Lo conoces?

–Fue el médico que me atendió mientras estuve en el hospital.

Eloise la miró de reojo.

–¿Estuviste mucho tiempo ingresada?

–No, sólo pasé una noche allí.

–Claro –dijo Eloise con alivio en la voz–. Por un momento pensé que quizá fueras uno de sus pacientes chiflados.

–¿Problemas mentales? –repitió Tiree.

Eloise se sonrojó ligeramente.

–Lo siento. No debería haber utilizado esa expresión.

–¿Te refieres a enfermos mentales? –preguntó Tiree, y la niña asintió con la cabeza–. ¿El tío Bob es psiquiatra?

–Más o menos –dijo Eloise.

Tiree se preguntó cómo podía alguien ser más o menos un psiquiatra, pero en aquel momento los dos hombres entraron en la cocina.

–Hola, Eloise –saludó el tío Bob con una sonrisa–. ¿Cómo te va en el colegio?

–Es psicológicamente peligroso –contestó la niña.

Al oir aquello su padre frunció el ceño, pero el tío Bob se rió en voz alta.

–Entonces vas bien –sopesó él, mientras dirigía su mirada hacia Tiree, sonriendo levemente.

–Eloise –dijo Sinclair para distraer a su hija–, nos estamos quedando sin leche, ¿podrías bajar al pueblo a comprar?

Eloise estuvo a punto de protestar porque sabía que aquello era una excusa para librarse de ella, pero cuando su padre añadió que podía comprarse un par de revistas, no objetó.

Tiree podía haber intentado marcharse con ella, pero no quería involucrar a la niña en aquello, así que permaneció sentada.

No se sorprendió al ver que Bob se sentaba junto a ella y se servía una taza de café, mientras Sinclair seguía a Eloise para darle dinero.

–¿Qué tal está tu cabeza? –preguntó Bob sin más preámbulo.

–Bien, gracias, doctor –contestó ella de manera cortante.

Bob sonrió levemente antes de dar un trago a su café.

Tiree esperó a que él le dijera la verdadera razón de su visita, pero él no parecía tener ninguna prisa.

–Supongo que Sinclair te pidió que vinieras –sugirió ella.

–La verdad es que no. Lo telefoneé yo a él –afirmó Bob Chivers–. Estaba preocupado por las falsas historias acerca de tu estancia en la clínica.

Tiree se encogió de hombros.

–Yo no me preocuparía. La idea de que estoy loca probablemente ayude a mi carrera –dijo ella con sequedad.

–Sí. Sinc me dijo que te lo estabas tomando con filosofía –dijo Bob sonriendo–. Aun así, quería ver cómo estabas y charlar contigo.

Y de paso echarle un cable a tu amigo, pensó ella al darse cuenta del propósito de su visita.

–¿Te parece bien aquí, o prefieres que me tumbe en el diván? –dijo ella con dulzura pero con el tono cargado de ironía.

Por un momento, Bob pareció sorprendido y Tiree se preguntó si no habría malinterpretado la situación, pero entonces él la miró con falsa sorpresa.

–¿Tan transparente soy?

–No, pero Sinclair sí lo es.

–Siempre lo ha sido –confirmó Bob–. Con Bob, lo que ves es lo que hay.

–No siempre.

Tiree jamás habría sospechado que bajo el serio doctor se escondía un hombre capaz de una fuerte pasión sexual.

–Sí… –dijo Bob y dudó por un momento–. En ocasiones puede ser un poco impulsivo.

–Esa es una manera de definirlo –dijo Tiree y decidió preguntarle sin más rodeos–: ¿Te ha contado lo que sucedió anoche entre nosotros.

–No me ha dado muchos detalles –se apresuró a decir Bob–. Yo le expresé mi preocupación porque estuvieras aquí, y después de andar un poco por las ramas, Sinclair admitió que las cosas se habían complicado desde la última vez que nos vimos. Pensé que quizá pudiera ayudar a desenredarlas.

Tiree se dio cuenta de que Bob actuaba más en interés de Sinclair que en el de ella, pero resultaba útil como intermediario.

–Pues puedes decirle a Sinclair que se tranquilice –dijo ella–. Ni voy a morirme con el corazón roto, ni lo voy a denunciar al colegio de médicos, ni voy a vender una exclusiva a alguna revista.

Bob sonrió levemente, pero se puso serio cuando continuó hablando.

–Sinclair no me ha mencionado que lo asuste nada de eso. Su principal preocupación es por ti.

–Un detalle por su parte –dijo Tiree sin molestarse en ocultar el resentimiento que sentía al sentirse tratada como un paquete–. Pues estoy bien. No estoy traumatizada. De hecho, apenas me ha afectado.

Bob captó el mensaje.

–¿Me ha parecido notar una leve nota de hostilidad en tu voz? –murmuró él.

–Más bien toda la partitura –replicó Tiree–. Si no, pregúntate a ti mismo: ¿cuál de los dos está más loco? Evidentemente el desviado.

–¿Sinclair? –preguntó Bob sonriendo socarronamente ante la idea.

–Exactamente –afirmó Tiree–. ¿Cómo lo llamarías si no? Mientras cree que soy una mujer promiscua, está deseando acostarse conmigo. Pero en cuanto descubre que no lo soy, cambia completamente de actitud. ¿Podrías explicármelo?

–Sí –dijo Bob tranquilamente–. Pero creo que eres lo suficientemente lista para averiguarlo por ti misma. Mientras tanto, y que quede entre nosotros, ¿cómo te sientes?

Tiree intentó evitar la pregunta pero Bob mantuvo la mirada fija en ella hasta obligarla a darle una respuesta.

–Descolocada.

–Descolocada –repitió él, aprobando el término en vez de discutirlo.

Bob no la presionó para que continuara con la explicación, y quizá aquella fuera la razón de que Tiree lo hiciera.

Comenzó hablándole de su trabajo y su carrera, pero poco a poco, Tiree fue retrocediendo hacia el pasado. Le contó cosas sin tener intención de hacerlo. Quizá fuera porque Bob no hizo ningún comentario ni intentara darle consejo, sino que se limitó a escuchar, lo cual era la esencia de un buen terapeuta.

–Supongo que ahora sí piensas que estoy alterada psicológicamente.

–¿Te sientes así?

–A veces, pero supongo que todos lo estamos de alguna manera.

–Menos mal, porque de lo contrario me quedaría sin trabajo –admitió Bob con sequedad.

–Supongo que sí –dijo Tiree, que no se había olvidado de que la conversación era más profesional que personal–. Pues no te olvides de cobrarme esta sesión. O pensándolo mejor, envíale la factura a Sinclair.

–Quizá lo haga –dijo Bob sonriendo.

Pero aquello disparó una alarma en la cabeza de Tiree.

–No le dirás lo que te contado, ¿verdad?

–Aunque quisiera no podría –le aseguró Bob–. La confidencialidad del paciente es lo primero. Además, es tu vida. Sería mejor que se lo contaras tú a medida que la relación evolucionara.

–¿Cómo? –preguntó Tiree, estudiando su expresión para ver si estaba bromeando–. Creo que no lo entiendes. Sinclair y yo no tenemos una relación.

Bob enarcó una ceja.

–¿Estás segura?

¿Podía estarlo? ¿Qué clase de pregunta era aquella?

–Pregúntaselo a Sinclair.

–¿Y si me dice lo contrario?

–No lo hará –dijo Tiree, y se preguntó por qué su amigo lo pondría en duda–. ¿Realmente crees que soy el tipo de mujer de Sinclair?

Bob lo pensó por un momento.

–Yo no diría que Sinclair tenga un tipo concreto de mujer. No es un hombre muy mujeriego, a diferencia de Rhys. Tengo entendido que lo conociste ayer.

Tiree asintió.

–Sí. Intentó ligar conmigo, pero supongo que lo hace con todas la mujeres.

–Siempre y cuando sean jóvenes y guapas –confirmó Bob–. Rhys habrá salido con la mitad de las chicas de la escuela de médicos. Aunque, entre nosotros, creo que algunas estaban más interesadas en Sinclair. Por lo

poco que se fijaba en ellas, sobre todo después de conocer a Nicole.

–¿Su esposa? –adivinó Tiree.

–Su ex esposa –corrigió Bob.

–¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? –preguntó Tiree.

–Cuatro años, de manera intermitente –le dijo Bob–. Lo suficiente para que Nicole decidiera que ser la esposa de un joven médico de hospital no era lo bastante glamuroso para ella.

–¿Huyó con otro hombre? –preguntó Tiree, sin poder evitar la curiosidad.

–Con un financiero, creo –contestó Bob–. O quizá primero fuera con el escritor. No lo recuerdo. Nicole se aburría con facilidad.

Bob, tan profesionalmente neutral en su trabajo, parecía bastante desdeñoso.

–Ella no te gustaba –concluyó Tiree.

–No me gustaba cómo trataba a Sinclair y a los niños –concedió él–. Pero era difícil que no te gustara a nivel personal. Era encantadora y muy guapa, por supuesto.

«Por supuesto», repitió ella para sí misma, con cierta acritud.

–¿Cómo se conocieron?

–Ella era la hija de uno de nuestros profesores, Henry Dunn Willies –recordó Bob–. Acababa de dejar a su primer marido y el profesor nos la presentó en una de sus veladas. Yo creo que fue amor a primera vista para los dos, aunque Sinclair probablemente lo niegue. En cualquier caso, fue una boda apresurada y de la que ambos se arrepintieron, y esa es la razón por la que Sinc actúe con tanta cautela en estos momentos.

¿Cauteloso? Si recordaba la noche anterior, Tiree no utilizaría aquella palabra. Quizá «desesperado» fuera más adecuado si hacía tiempo que no tenía novia. Aquello explicaría por qué la había buscado a ella.

El problema era que aquello no explicaba por qué ella lo había buscado a él.

–Pero yo no dejaría que esta historia me afectara –añadió Bob–, si es que ese fuera el problema.

–No lo es. Es más bien un caso de que ni siquiera nos caemos bien.

Bob sonrió al escuchar aquella afirmación y Tiree se dio cuenta de que no la creía.

–Y sin embargo ha sido tu primer amante.

Tiree se sonrojó tanto por la irritación como por el sentimiento de vergüenza.

–¿Te lo ha contado?

–Me lo has dicho tú con algunos rodeos. Sinclair fue más explícito. Por lo que recuerdo, sus palabras fueron: «me aproveché de su vulnerable estado».

¿Lo había hecho? Tiree no recordaba que hubiera sido así, sino más bien un caso de deseo mutuo que había dejado sus mentes y sus cuerpos a su libre albedrío.

–La verdad es que no fue exactamente así –declaró Tiree–. La verdad es que no sé por qué acabamos haciendo lo que hicimos, pero ocurrió y él no tiene por qué asumir toda la culpa. Lo mejor es que lo olvidemos.

–¿Sin más? ¿Y si hay repercusiones?

–¿Como qué?

–Un embarazo, por ejemplo.

–No lo creo probable, pero me las arreglaría. No soy la triste y pobre criatura que Sinclair imagina.

–De eso me doy cuenta. Pero no creo que Sinclair piense eso de ti; lo que pasa es que eres una experiencia nueva para él.

Tiree aceptó aquello.

–Estoy segura de que normalmente sale con doctoras igual de pedantes que él.

Bob tuvo que hacer un esfuerzo por no reirse.

–Son la clase de mujeres a las que conoce, aunque quizá no sean las más adecuadas para él.

–Claro, pero creo que aún las mujeres robot no están disponibles en el mercado.

En aquella ocasión Bob se rió en voz alta, pero debió de pensar que no le estaba siendo leal a su viejo amigo e intentó defenderlo.

–Realmente Sinclair no es tan frío y falto de sentimientos como parece.

Tiree podía haber dudado de aquella afirmación, pero recordaba la noche anterior con demasiada claridad. Para empezar, Sinclair estaba lejos de ser frío. Pero aquello era sexo, y como Stu solía decir, el sexo era sólo eso, un acto físico totalmente desconectado del amor.

–No hace falta que me lo vendas, Bob. Me marcharé de aquí en cuanto consiga un taxi, así que si puedes decirle que estoy muy tranquila, te lo agradecería.

–¿Estás segura de qué es lo que quieres? –preguntó Bob mientras se incorporaba.

–Sí. Pero gracias por escucharme –dijo ella, poniéndose también de pie.

–Cuando quieras.

Bob sonrió y Tiree se dio cuenta de que hablaba en serio. Se estrecharon la mano y se despidieron como buenos amigos.

Cuando Bob se marchó, Tiree comenzó a recoger los cacharros del desayuno. Era consciente de que una vez más se estaba ocupando de la casa de Sinclair, pero prefería estar ocupada y así evitar pensar en lo ocurrido. En aquel momento, Sinclair entró en la cocina.

–No tienes por qué hacer esto.

–Es solo mientras espero que llegue el taxi. ¿Me has pedido uno?

–Aún no. No estaba seguro de tu destino.

–Primero iré a casa y después al aeropuerto.

–¿Tienes pensado irte a alguna parte? –preguntó él, frunciendo el ceño.

–Aún no he decidido adónde –admitió ella–. Tendré que ver qué vuelos están disponibles.

–¿Y crees que huir es la solución?

–Es *una* solución. Y desde luego es mejor que quedarme aquí para proporcionarles una buena historia a los periódicos. ¿Tienes idea de lo que significa pasar el día rodeada de cámaras de fotos y de idiotas haciéndote preguntas estúpidas?

–Me lo imagino.

Stu intentó ser comprensivo, pero ella no se lo permitió.

–¡No, no puedes! –espetó ella–. Al menos tú tuviste el privilegio de llorar a Kit en la intimidad. Nadie te exigió que lloraras para poder hablar de tus sentimientos. Y nadie te acusó de insensible por no hacerlo.

Tiree no dijo aquello para acusarlo, pero Sinclair no lo entendió así. ¿Acaso no había pensado él lo mismo debido a su comportamiento durante el juicio?

–¿Estabas muy unida a Stuart Maclennan? –preguntó tranquilamente.

–Es cierto que lo amaba –dijo Tiree sin importarle si aquella afirmación se malinterpretara.

–¿Pero él no te amaba a ti?

Tiree podía haberle dicho que había muchos tipos de amor, pero aquel no era un tema del que quisiera hablar con Sinclair, así que le contestó con un gesto de despreocupación e intentó salir de allí. Sinclair se cruzó en su camino y ella retrocedió con brusquedad.

Sinclair frunció el ceño al notar su reacción.

–No estarás asustada de mí, ¿verdad?

–Por supuesto que no.

Tiree estaba asustada de sí misma y de las emociones que se apoderaban de ella cuando él se acercaba y la miraba fijamente a los ojos, como estaba haciendo en aquel momento.

–Anoche no tenía intención de hacerte daño –obviamente aún seguía preocupado por lo ocurrido.

Pero Tiree procuró apartarse de aquellos temas de conversación.

–No te preocupes, he hablado con un consejero.

–¿Es otra broma? Supongo que me lo merezco. Por si te sirve de consuelo, Bob piensa que eres una mujer fuerte y con carácter mientras que yo necesito ayuda psicológica.

–¿Bob te dijo eso? –preguntó Tiree sorprendida.

–Por supuesto; me habló más bien en calidad de amigo que de psiquiatra.

–Hicisteis la carrera juntos.

–Si. ¿Qué más te contó?

–No mucho. Solo que allí es donde conociste a tu esposa, que era una mujer encantadora y guapa.

Sinclair enarcó una ceja al escuchar aquel comentario, pero se limitó a confirmarlo.

–Desde luego que lo era.

Tiree se sintió un poco decepcionada. Una parte de ella había esperado que él lo negara, ya que después de todo, no se habían divorciado amigablemente. Se preguntó si Sinclair aún seguía enamorado de ella.

–¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

–Cuatro años. El primer año fue relativamente feliz, los dos siguientes algo menos, y el último fue de lo más triste.

–Ya –se limitó a decir Tiree, pues su franqueza la había tomado por sorpresa–. ¿Qué fue lo que salió mal?

–¡Qué no salió mal! –replicó él encogiéndose de hombros–. A ella le gustaba salir de fiesta y yo tenía que estudiar. Ella quería vivir en Londres,

pero vivíamos en las afueras, yo ganaba muy poco dinero y ella se gastaba demasiado. Yo no era muy divertido y otros eran… Finalmente se fugó con otro hombre, pero supongo que eso ya lo sabes.

Tiree asintió. Lo que la sorprendió fue la sinceridad de Sinclair; Tiree tenía la sensación de que admitir los fallos le estaba costando su orgullo, y Sinclair no era de la clase de hombres que se confesaran.

–Simplemente me pareció que deberías saberlo por mí –dijo él al ver la expresión sorprendida en su cara–. Desde entonces he mantenido muy pocas relaciones. Ninguna de ellas serias. Por otra parte tampoco lo busco, claro que tampoco soy un mujeriego.

–¿Por qué me estás contando todo esto?

–Es importante por si tú y yo decidiéramos hacer algo acerca de… esto que ha ocurrido.

Al oír aquello Tiree parpadeó sorprendida, pero se dio cuenta de que él hablaba completamente en serio.

Su primera reacción fue la de echarse a reír, pero logró contenerse. La segunda fue la de salir corriendo, pero él la mantenía paralizada con sus azules ojos, así que se quedó allí intentando pensar en algo que decir. Era demasiado joven y él era demasiado mayor. Ella era cantante de rock y él era médico en un hospital. El hablaba con acento de la clase alta, y ella no. Ni siquiera sabían si se gustaban como personas, y por último, la sola idea la aterrorizaba.

–Si quieres puedes decir algo –dijo él con impaciencia.

–Creo que tú y yo seríamos un absoluto desastre –dijo ella de manera cortante.

La reacción de Sinclair apenas se notó; un ligero apretar de las mandíbulas.

–Supongo que tienes razón.

Tiree se sintió decepcionada. El no intentó discutir con ella ni persuadirla. ¿No debería al menos intentar convencerla?

–Te llevaré a casa –dijo él.

–No te preocupes, tomaré un taxi.

–Quizá tengas por delante una larga espera el sábado por la mañana, y yo ya he quedado para dejar a Eloise en casa de una amiga mientras te llevo.

Sinclair parecía aburrido, como si de repente ella fuera un problema del que quisiera librarse con la mayor rapidez posible.

¡Eso en cuanto a lo ocurrido entre ellos!

Sinclair supuso que ella había aceptado y se dio la vuelta para sujetarle la puerta mientras salía.

Con resignación, Tiree salió al pasillo y él llamó a Eloise. La llamó varias veces pero no obtuvo respuesta.

–Estará escuchando música –murmuró él, mientras subía las escaleras de dos en dos.

Tiree se esperó en el pasillo y mientras lo hacía se fijó en que había un par de cartones de leche en el recibidor. Eloise debió de dejarlos allí cuando volvió.

Después de unos instantes Sinclair volvió a bajar, solo y con la expresión

sombría.

–Se ha ido. ¡Quizá se haya escapado!

–¿Cómo? –exclamó Tiree, incapaz de asimilar aquello con rapidez.

–Encontré esto encima de su cama –dijo él, y le entregó un periódico.

La mirada de Tiree se posó automáticamente sobre una columna cuyo titular era su nombre. El artículo hablaba de lo mismo que el de la noche anterior y además incluía una foto de su huida del hospital; en aquella ocasión, el perfil de Sinclair aparecía en ella.

–Debe haber visto el titular y ha decidido comprarlo. Ahora que lo recuerdo, cuando volvió de comprar la leche estaba un poco rara.

–¿En qué sentido?

–Yo me estaba despidiendo de Bob y ella simplemente nos ignoró cuando pasó junto a nosotros. Tenía intención de hablar con ella acerca de su mala educación.

Sinclair movió la cabeza, quizá debido a su propia falta de sensibilidad.

–¿Estás seguro de que se ha marchado? –preguntó Tiree–. ¿No podría estar en el jardín?

–Es posible –admitió él, y se dirigió inmediatamente hacia la parte trasera de la casa.

En vez de seguirlo, Tiree decidió comprobar todas las habitaciones del primer y segundo piso, pero no había señal de Eloise. Como estaba lloviendo, fue a la habitación de la niña para ver si se había llevado su cazadora favorita, y, efectivamente, no estaba.

Se encontró de nuevo con Sinclair en el pasillo y por su expresión, supo que tampoco había tenido suerte. Vio que se estaba poniendo el abrigo.

–Lo siento –se disculpó él con aire abstraído–. Tengo que irme. ¿Llamarás para pedir un taxi?

Tiree negó con la cabeza.

–No digas tonterías. Iré contigo para ayudarte a buscarla. ¿Tienes algún abrigo de sobra?

–Sí.

Sinclair frunció el ceño pero no discutió con ella. Le dio uno de sus abrigos, que le llegaba a Tiree por las rodillas, pero a ella no le importó.

Lo siguió hacia el garaje y se montó en el coche con él.

Sinclair apenas esperó a que la verja se abriera del todo y salió velozmente, carretera abajo. Cuando llegó al cruce que había al final, se detuvo. Tenía que elegir: podía ir hacia el pueblo o alejarse de él, en dirección a Reading.

Por unos instantes, se sintió angustiado mientras pensaba en qué dirección tomar y Tiree sintió lástima de él. Como cualquier padre, probablemente estaría pensando que su hija estaba en un coche con algún malévolo extraño.

–¿Por qué no nos separamos? –sugirió Tiree–. Tu sigue con el coche un par de kilómetros o tres por la carretera. No puede haber llegado más lejos. Yo atravesaré el pueblo y saldré por el otro lado si no la veo.

–Buena idea. Pero ten cuidado, ¿de acuerdo?

–Se cuidar de mí misma, no te preocupes –dijo ella, y se bajó del coche.

Aquello era cierto. Había sobrevivido durante noches en las duras calles

de Glasgow, así que los caminos de la campiña inglesa no la asustaban. Todo su miedo era por Eloise. Era una niña lista, pero las niñas listas hacían tonterías cuando estaban enfadadas.

Al pensar aquello, Tiree apretó el paso, ignorando los pinchazos que sentía en el tobillo. Primero pasó por la iglesia y echó un vistazo por el pequeño cementerio, pero estaba desierto. Continuó hacia la tienda, pero a excepción de la tendera y una clienta, estaba vacía. Continuó andando, pasó junto a un par de chalets y continuó hacia el final de la calle, que terminaba en curva.

Tiree comenzó a cojear ligeramente cuando llegó a la curva. Torció y se encontró con una calle recta en la cual había una marquesina de autobús. A través de los cristales, pudo ver una cazadora que le resultaba familiar.

Tiree contuvo el impulso de gritar y se acercó con cautela. No quería asustar a Eloise. El hecho de que la chica estuviera encogida y con la capucha puesta, aparentemente ausente para el resto del mundo, ayudó.

–Hola –saludó Tiree con naturalidad.

Perdida como estaba en sus pensamientos, Eloise se sobresaltó, pero no salió corriendo. De hecho, Tiree pudo ver una leve expresión de alivio en su cara, aunque rápidamente fue sustituida por la habitual expresión malhumorada típica de los adolescentes.

Tiree supuso que la niña no había pretendido escaparse. Aquello había sido más bien para castigar a su padre.

Tiree se sentó junto a ella.

–¿Estás esperando al autobús?

–Sí.

–¿Y adónde tenías pensado ir? ¿Al colegio?

–¿Y a ti qué te importa? –murmuró la niña.

Tiree pensó que se lo merecía y optó por un acercamiento sincero.

–Crees que te hemos mentido, ¿verdad?

–¡Lo hicisteis! –acusó Eloise.

–De acuerdo, lo hicimos –concedió Tiree–. Pero pensamos que sería mejor no decirte quién era yo.

–¿Por qué?

–Porque no queríamos disgustarte.

Aunque fue una respuesta sincera, Eloise no se dejó impresionar y resopló con incredulidad.

–Ya, claro –dijo en un tono de orgullo herido–. Seguro que piensas que soy tonta por no haberme dado cuenta de que Ti era el diminutivo de Tiree.

–¿Por qué iba a pensarlo? Si apenas me parezco a Ti Nemo.

–Siento haberte engañado, Eloise.

–No fuiste solo tú, papá tampoco me dijo nada.

–Quería protegerte. Pensó que podría ser duro para ti conocer a alguien relacionado con Kit.

–¿Por qué? –preguntó Eloise, perpleja–. Podría haberte preguntado cosas de Kit. Era mi hermano y apenas lo conocía.

–Lo siento –Tiree agarró la mano de Eloise–, creo que nos equivocamos. Espero que nos perdones. Si no a mí, al menos a tu padre. Él lo hizo con la

mejor intención.

–Supongo –reconoció Eloise.

Ambas se levantaron y comenzaron a caminar de vuelta, cuando un coche que les resultó familiar pasó por su lado. Sinclair las vio pero iba demasiado deprisa para detenerse, así que Tiree sugirió que le esperaran junto a la tienda del pueblo, donde él pudiera verlas.

Finalmente, cuando llegaron los tres a casa, Sinclair se excusó para poder hablar en privado con su hija.

Eloise miró ansiosa a Tiree y Sinclair también la miró, avisándola para que no interfiriera. Después, padre e hija se encerraron en el estudio.

Ya que no podía hacer otra cosa, Tiree se dirigió hacia la cocina a prepararse un café, y diez minutos más tarde, Eloise fue a buscarla.

–¿Estás bien? –le preguntó Tiree, al ver la cara sonriente de la niña.

–Sí. Papá ha estado estupendo. Me ha dado un abrazo y me ha hecho prometerle que no volveré a escaparme. ¿Y sabes qué? A cambio, no volveré al internado hasta mitad de curso.

Tiree pensó que quizá Sinclair no fuera tan poco razonable como había pensado.

–También me ha dicho que puedes quedarte –continuó Eloise–… si quieres. Di que sí, por favor. Podemos hacer cosas juntas.

–Yo… –dijo Tiree, completamente descolocada–. Primero tengo que hablarlo con tu padre.

–Bien –dijo Eloise, tomándolo como un sí–. Creo que sigue en su estudio.

–Iré a verlo.

Tiree logró mantener el tono de voz calmado. Reservaría su enfado para Sinclair.

–Pasa –invitó Sinclair cuando Tiree llamó a la puerta.

Ella entró y cerró la puerta con fuerza.

–¿Le has dicho a Eloise que puedo quedarme?

–Ella me lo preguntó y yo le dije que si tú aceptabas, yo no tenía ningún problema. ¿Debo pensar que no quieres? –añadió al ver la expresión de Tiree.

–Sabes perfectamente que quería marcharme al extranjero.

–¿Para escapar de los medios de comunicación?

–Sí.

–Pues eso lo has conseguido estando aquí.

–Sí, ¿pero cuánto tiempo durará? No querrás que acampen a la puerta de tu casa, ¿verdad?

–No, pero si ocurre, lo asumiré –le dijo con resignación–. Es solo que pensé que sería mejor que te quedaras.

–¿Mejor para quién? ¿Tiene esto algo que ver con que necesitas una niñera para Eloise?

–La verdad es que no. Podría encontrar niñera, pero obviamente, ella te prefiere a ti.

–¿Y tú? –le preguntó ella, desconcertada.

Sinclair pensó un momento antes de contestar.

–Creo que Elise se lo pasaría mejor contigo y que tú la comprendes.

–¿Y qué ocurre con nosotros dos?

Sinclair enarcó una ceja con expresión de incredulidad.

–Acepto lo que dijiste hace un rato: nuestra relación sería un desastre, así que tienes mi palabra de que no perseguiré tal relación.

Su tono de voz era serio y Tiree no dudó de él. El deseo que pudiera haber sentido por ella obviamente se había esfumado.

¿Acaso el efecto de sus encantos era efímero o era que simplemente no se parecía a su primera esposa?

Tiree no pudo evitar hacerse aquella pregunta y, de repente, se dio cuenta de que era presa de una emoción desconocida para ella hasta entonces; intentó negarlo pero no pudo: ¡estaba celosa de una mujer muerta!

–¿Te quedarás? –preguntó él, en vista de que ella no decía nada.

Tiree había entrado en la habitación con la intención de negarse, y aún podía pensar en todas las razones para ello, sin embargo, se encontró a sí misma diciendo:

–De acuerdo.

Y supo que aquellas palabras cambiarían su vida.

Capítulo 10

TIREE no tenía intención de quedarse mucho tiempo, solo lo suficiente para satisfacer la necesidad de compañía de Eloise y permitir que el interés de la prensa por ella desapareciera. Pero los días se convirtieron en una semana y después en dos.

Para Tiree no suponía ningún esfuerzo pasar tiempo con Eloise. Iban al cine juntas y después a jugar a los bolos o de compras, pero eran igualmente felices quedándose en casa y escuchando música. Era como tener una hermana pequeña.

Tiree había pensado que lo incómodo sería vivir en la misma casa que Sinclair, pero resultó ser todo lo contrario. Quizá fuera la presencia de Eloise lo que les obligaba a hacer un esfuerzo. O quizá aquel fuera el verdadero Sinclair, más fácil de tratar de lo que inicialmente parecía; cuando se lo proponía, era gracioso e inteligente. Además, mantuvo su promesa y no intentó repetir el encuentro que habían tenido en su estudio.

Por su parte, Tiree adoptó parcialmente el papel de *au pair* invitada. Continuó cocinando parte de las comidas, no sin antes consultar con la señora Enderby. La criada resultó ser una encantadora mujer de unos sesenta y muchos años, que trabajaba más por devoción que por necesidad. Tiree enseguida le tomó cariño.

Sinclair le había dado dinero a Tiree para que se comprara ropa y así evitar tener que volver a su casa; también telefoneó a la policía para que pusieran fin a la especulación de la prensa de que se había tirado por Beachy Head.

También le recomendó que contactara con el abogado del grupo para hablar de sus obligaciones contractuales. Tiree, que nunca había tenido mucho interés por el lado económico de las cosas, nunca lo habría hecho por sí misma, pero se sintió aliviada al descubrir que en cuanto a la compañía de discos, era libre.

Les Gray, su mánager, era harina de otro costal. El abogado le había dado el número de teléfono de Sinclair y Les había tomado por costumbre acosar a Tiree por teléfono, casi diariamente. Quería su parte de todo aquello e insistía en que Tiree hiciera una gira con otros músicos. A ella le pareció una idea aborrecible, pero no se sentía con fuerzas para hablar de aquello con Sinclair.

Y él no le daba pie a que le contara cosas. Si alguna vez contestaba él la llamada de Les, le daba el auricular a Tiree sin decir una palabra y después se pasaba el resto del día con el semblante serio.

Un viernes, dos semanas después de haber llegado a la casa, Tiree estuvo a punto de echarse a llorar cuando, a mitad de la cena que había servido, sonó el teléfono.

Eloise salió a contestar y volvió inmediatamente, confirmando sus sospechas. Tiree se disculpó de la mesa y vio la oscura mirada que Sinclair le dirigía.

–Te dije que no me llamaras a esta hora –dijo Tiree sin molestarse en saludar.

–¿Por qué? ¿Es que a *Sinclair* no le gusta? –dijo Les, imprimiendo un tono burlón al nombre.

Afortunadamente, aquello era todo lo que Les sabía y Tiree esperaba que siguiera siendo así.

–¿Qué quieres, Les?

–Ya lo sabes, Ti. Una respuesta.

–Ya te la he dado –replicó Tiree.

–Quiero una que pueda aceptar –aclaró Les–. Porque si tengo que cancelar esta gira, me va a costar una fortuna, que a su vez, te costará a ti también.

–Ya te lo he dicho –dijo Tiree, cansada de su amenaza–. Me da igual. Adelante, denúnciame.

–No pienses que no lo haré –murmuró él.

–Y mientras lo haces –sugirió Tiree, sarcásticamente–, ¿por qué no denuncias a Kit y a Stu también por morirse y dejarte plantado?

Tiree no esperó su respuesta y colgó el auricular de golpe. Se quedó allí de pie unos minutos mientras se serenaba, antes de volver al comedor.

Sinclair y Eloise se volvieron para mirarla, aunque ninguno de los dos sonreía. ¿La habrían oído gritar?

Tiree se sentó e intentó seguir cenando, pero la comida se había enfriado tanto como la atmósfera de la habitación.

–Recogeré la mesa –dijo Tiree, haciendo ademán de levantarse.

–No. Eloise puede hacerlo –dijo Sinclair y miró a su hija sin darle oportunidad a protestar.

–Claro –dijo Eloise, recogiendo todos los platos y cubiertos de los que fue capaz–. ¿Traigo el postre?

–Yo no quiero –dijo Sinclair, y Tiree negó con la cabeza.

–¿Queréis café? –ofreció Eloise.

–¿Sabes hacerlo? –preguntó sorprendido su padre.

–Papá, tengo doce años –le recordó Eloise con un suspiro.

–Lo siento. Sí, por favor.

–Yo también –dijo Tiree cuando la niña la miró.

–¿Realmente sabe hacerlo? –preguntó Sinclair en cuanto Eloise salió de la habitación–. No quiero que se queme.

–No te preocupes –le aseguró Tiree–. Ya lo ha preparado varias veces.

–Otra cosa más que le has enseñado.

El tono de voz de Sinclair no fue del todo agradecido. De hecho, era bastante sarcástico cuando continuó hablando.

–¿*Qué* vamos hacer sin ti cuando te marches?

Tiree no sabía qué decir, así que lo ignoró.

Pero Sinclair no estaba dispuesto a zanjar el tema.

–¿Cuándo tienes pensado marcharte?

–Mañana. Si quieres –dijo Tiree al notar su frío tono de voz.

Pero inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho. No quería marcharse.

–No quiero, pero preferiría que me avisaras antes de desaparecer con tu Gira Mundial.

Aquello la sorprendió ya que ella no le había mencionado nada acerca de la gira.

–¿Quién te lo ha dicho? –preguntó ella, lentamente.

–Desde luego no fuiste tú –replicó él en un tono cortante.

–¿Fue Les? –preguntó ella, y Sinclair asintió–. ¿Cuándo?

–Hace tres días, cuando saliste a pasear con Eloise –le informó él–. Pensaba que yo estaba al tanto de esta gira, por supuesto. De hecho, me acusó de influirte para que no te marcharas.

Tiree lo miró con la disculpa reflejada en los ojos. Les no le había dicho nada.

–¿Qué le dijiste?

–Nada. Me parece que hablar desde una posición de ignorancia no es aconsejable.

–Siento haberte puesto en una situación tan incómoda –dijo Tiree con genuina sinceridad–. No te hablé de ello porque no tengo intención de marcharme de gira.

–¿Por qué? –preguntó él en un tono ligeramente más suave.

–No quiero cantar con otros músicos. Era el grupo de Stu, no el mío. Yo solo estaba en él por casualidad.

–¿A qué te refieres? –preguntó Sinclair frunciendo el ceño.

–Sustituí a su cantante original en una ocasión –contestó ella–. Desgraciadamente, ella se sintió ofendida y abandonó al grupo. Stu me convenció para que cantara en otro concierto, después otro, hasta que llegó el momento de elegir entre los estudios o el grupo.

–¿Qué estabas estudiando? –preguntó él, recordando que ella le había dicho que no había terminado los estudios.

–Violín –le recordó ella–. En la Real Academia de Glasgow.

Sinclair seguía sin saber si creerla o no. Parecía haber vivido mucho para sus veintitrés años.

–Quizá puedas tocar algo para mí, algún día –sugirió él.

–¿A modo de prueba? –sugirió ella.

Sinclair no se molestó en negarlo.

–¿La pasarías?

–Sé tocar –afirmó ella. No sentía la necesidad de tener que demostrar nada.

–En ese caso, me gustaría escucharte –dijo Sinclair sinceramente.

–Quizá no esté a la altura de tus expectativas. Por muy bien que hubiera llegado a tocar, creo que habría acabado tocando en alguna banda regional.

–Pero, ¿no habrías sido más feliz? –reflexionó Sinclair en voz alta.

–Quién sabe. Lo que sí es seguro es que sería mucho más pobre.

–¿Y el dinero es importante?

–Para los que no nacimos con él, sí lo es.

–No pretendía ser condescendiente –dijo Sinclair para apaciguarla–. A lo

que me refiero es que será un factor importante a tener en cuenta. Supongo que esta gira será muy lucrativa gracias a tu actual éxito.

Tiree se sintió confusa. ¿Por qué él, entre todos los demás, la animaba a aceptarla?

–Solo gracias al accidente –dijo ella sin rodeos–. Estaría comerciando con la muerte de Stu… *y* la de Kit. ¿Es eso lo que tú quieres?

–Lo que yo quiera no es relevante –dijo él, aunque sus ojos se oscurecieron ante la mención de su hijastro.

Últimamente, Kit se había convertido en un tema tabú entre ellos dos. Pero no con Eloise. La niña deseaba saberlo todo acerca de la vida de Kit, y Tiree le había proporcionado datos cuidadosamente relatados acerca de él. Sin embargo, Sinclair no había vuelto a hacerle ninguna pregunta; quizá ya no quería saber las respuestas.

–Lo único que digo es que quizá estés dejando pasar una buena oportunidad –añadió Sinclair en un tono más formal.

Quizá fuera así, pensó ella, pero no le preocupaba. Aunque no era una fortuna, tenía suficiente dinero. Y sin Stu y Kit, no le apetecía repetir una gira por América.

Lo que realmente la molestaba era la actitud de Sinclair, que parecía estar empujándola a hacerlo.

–Mira –dijo ella, cansinamente–, si estás tan desesperado por deshacerte de mí, dilo. No hace falta que me envíes a una gira mundial.

Tiree se puso de pie, arrojó su servilleta sobre la mesa y echó la silla hacia atrás.

Sinclair también se puso de pie y cuando ella intentó marcharse, él se lo impidió. Los fuertes dedos de Sinclair se apretaron alrededor de su brazo y Tiree sintió que su corazón se aceleraba al sentir su tacto.

–Suéltame –susurró enfurecida.

–Vamos, Ti, no quiero que nos peleemos. Tampoco quiero que te marches. Seguro que lo sabes.

–¿Entonces por qué insistes en que me marche de gira? –balbució ella.

–Porque me siento obligado a ello –contestó él sin dejar de mirarla. Porque me asusta la posibilidad de que te arrepientas si no lo haces. No tiene nada que ver con mis inclinaciones.

Tiree lo creyó. Aunque tampoco tenía muchas más opciones, ya que por la forma en que la miraba, resultaba obvio que para él, lo que había entre ellos no había muerto.

¿Y para ella? ¿Había estado esperando aquel momento, deseando que Sinclair le acariciara la mejilla y le levantara la cara hacia él? ¿O era el miedo el que hacía que su corazón latiera con tanta rapidez?

Tiree tuvo poco tiempo para encontrar las respuestas antes de que comenzaran a besarse. Después, dejó de preocuparse por todo. Se rindió a la sensación de impotencia que se apoderó de ella mientras los labios de Sinclair se deslizaban sobre los suyos, al principio con suavidad y persuasión, después con urgencia y necesidad. Tiree dejó que él invadiera su boca, gimiendo mientras lo hacía. Saboreó el vino en su respiración, inspiró el aroma de su loción de afeitado y rodeó su cuello con los brazos. Tiree lo estrechó contra ella; ansiaba sentir la dureza de su cuerpo y

estaba dispuesta a entregarse a él si se lo pidiera.

De aquella manera, el uno en brazos del otro, los encontró Eloise cuando volvió. No había llamado a la puerta, ¿por qué iba a hacerlo si estaba en su casa?

¡Su padre estaba besando a Ti!

La niña se quedó paralizada por un momento, mirándolos fijamente antes de decidir que lo mejor que podía hacer era volver por donde había venido.

–Lo siento –susurró ella, casi divertida, mientras salía de la habitación.

En aquel momento, Tiree recuperó la cordura y se apartó de golpe de los brazos de Sinclair, pero ya era demasiado tarde. Se quedó mirando fijamente la puerta que se cerraba, siendo su mayor preocupación por la niña.

–Tienes que ir con ella –urgió Tiree–, y decirle algo.

–¿El qué exactamente? –preguntó él mientras se pasaba una mano por el pelo.

–No lo sé –dijo Tiree, ya que nunca se había encontrado en aquella situación–. Dile que bebimos demasiado.

Sinclair la miró con recelo.

–Yo no.

–Eso da igual –dijo Tiree, y se preguntó si no estaría siendo obtuso deliberadamente–. No puedes dejar que se haga una idea equivocada.

–¿Y cuál es esa idea? –preguntó él, enarcando una ceja en espera de que ella se lo dijera.

Tiree inspiró profundamente y contó hasta diez. En aquel momento recordó por qué una relación entre ellos sería imposible. Era una lástima que no lo hubiera recordado un poco antes; se habría ahorrado aquella embarazosa situación.

–Mira, es tu hija así que dile lo que quieras. Yo voy a hacer las maletas.

–¿Ahora? No puedes marcharte justo después de lo que acaba de ocurrir.

–De todos modos me iba a marchar el domingo, cuando Eloise volviera al colegio. Pero creo que sería más fácil si lo hago ahora.

–¿Más fácil para quién?

–Para todos.

Tiree dudaba de que la reacción de Eloise hacia el beso fuera buena. Nadie podía saber lo que sentiría Sinclair, y en cuanto a ella, su acelerado pulso le avisaba de lo frágil que era el corazón.

–Quizá para ti –dijo él mirándola fijamente–, pero no para mí. ¿Quieres que me disculpe por haberte besado?

Tiree negó con la cabeza. Resultaría absurdo cuando ambos sabían que le había gustado.

–Deberías ir a hablar con Eloise –repitió ella.

–Solo si me prometes no desaparecer –exigió él.

–De acuerdo –aceptó ella. De todos modos estaba muy cansada–. Subiré a mi habitación.

Sintiéndose satisfecho, Sinclair asintió y ambos se quedaron allí unos instantes, mirándose fijamente.

Tiree pensó que la expresión de Sinclair era de incredulidad, como si

estuviera preguntándose cómo podía sentirse atraído hacia ella; desde luego no se parecía en nada a la alta y elegante rubia que había sido su esposa.

Aquel pensamiento consiguió que Tiree apartara sus ojos de los de él y que se dirigiera hacia la puerta.

Sinclair la siguió hasta el pie de las escaleras.

–Supongo que estará en su habitación.

–Es adonde suele ir –dijo Tiree, omitiendo las palabras «cuando está disgustada».

A mitad de las escaleras escucharon música que venía de la habitación de Eloise, y cuando llegaron al rellano, Tiree reconoció la canción. Era ella la que cantaba.

Lo que la sorprendió fue que Sinclair también la reconoció.

–Realmente sabes cantar –dijo él como si hubiera algún tipo de disputa al respecto.

Tiree estuvo tentada de decirle que lo sabía, pero pensó que quizá lo confundiera por egotismo más que indiferencia.

–Gracias –se limitó a decir.

–Deséame suerte –añadió Sinclair cuando se detuvieron ante la puerta de la habitación de Eloise.

No parecía muy preocupado, pero Tiree sí lo estaba. No quería que padre e hija discutieran debido a aquella situación.

–Por si sirve de ayuda, dile que yo me eché en tus brazos. Quizá así lo asimile mejor.

–¿Y se lo va a creer? –preguntó él enarcando una ceja.

–Quizá –contestó ella.

–¿Ti Nemo intentando ligar con su viejo y aburrido padre? Yo no lo creo, ¿y tú?

Quizá Eloise sí lo creyera, pero Tiree se dio cuenta de que él no, sino más bien todo lo contrario: no era lo suficientemente buena para aquel cirujano de renombre.

Pero a la larga no importaba. Su relación sería un completo error a ojos de cualquier persona.

–Gracias de todos modos –dijo Sinclair, mientras ella subía a su habitación en el segundo piso.

–No es nada –dijo ella.

Aquella expresión resumía todo aquel asunto, pensó Tiree más tarde, echada en la cama incapaz de dormir.

Solo había sido un beso. Y aunque había sido muy pasional e increíblemente placentero, no tenía demasiada importancia. Desde luego no era razón suficiente para pensar que estaba enamorada, o alimentar la idea de que él la amara a ella. Ni siquiera para pensar que había alguna posibilidad.

Nada. ¿Y por qué no podía dejar de pensar en ello? ¿Por qué se preguntaba si alguna vez él la volvería a besar? ¿Por qué soñar con eso y más?

Tiree nunca había sido una adolescente enamoradiza, pero se despertó sintiéndose como tal. Después de seis horas de sueño aún seguía obsesionada.

–¡Solo fue un beso! –le dijo a su reflejo en el espejo.

Aunque no le sirvió de nada decir aquello, mirarse en el espejo y verse con los ojos hinchados por el sueño sí le sirvió. Con aquel aspecto no podía ser el objeto de las fantasías de ningún hombre y menos aún de Sinclair, que había pasado cuatro años despertándose junto a una rubia perfecta.

Tiree había visto las fotos. No había ninguna expuesta por la casa por supuesto. Sinclair no era masoquista, pero parecía que ella sí lo era, fijándose en cada detalle de la bonita cara de una mujer junto a Eloise cuando era un bebé. Aunque tampoco habría hecho falta, ya que todos le habían dicho lo guapa que había sido Nicole Sinclair.

Tiree pensó que Sinclair aún tendría fotos de ella en algún cajón. Quizá las miraba cada vez que necesitara recordar lo que había perdido o cuando se preguntaba por qué se molestaba con simples mortales como Tiree.

Al pensar aquello, Tiree se obligó a detener aquella línea de pensamientos. Los celos eran una emoción degradante. Le hizo una mueca al espejo y se metió en la ducha.

Cuando bajó a desayuna era ya tarde, pero era sábado y Sinclair y Eloise aún seguían sentados a la mesa.

–Buenos días –saludó Sinclair amablemente.

Eloise no dijo nada pero le dedicó una amplia sonrisa.

¿Qué le habría dicho su padre la noche anterior?

Tiree se sentó y se sirvió cereales. Se fijó en que Eloise continuaba sonriendo, como si algo le hiciera mucha gracia.

–Estábamos hablando sobre la barbacoa –le dijo Sinclair a Tiree.

–¿Una barbacoa?

–En casa de Bob –le recordó él–. Te dije que era esta tarde.

Sí. Hacía más de una semana y Tiree había asumido que ya se habría marchado, por lo que se había olvidado por completo.

–Vas a venir, ¿verdad? No será muy divertido ir solo con papá –dijo Eloise.

–Gracias –dijo su padre con sequedad.

Padre e hija se hicieron muecas y después volvieron su atención a Tiree.

–No lo sé.

Tiree pensó que sería extraño. ¿Iría en calidad de amiga de la familia o como la niñera?

Eloise pensó que sus dudas se debían a otra razón.

–¿Te preocupa que te reconozcan?

–No. Eso no es un problema –dijo Tiree y se preguntó cómo se excusaría.

–Entonces está decidido. Telefonearé a Bob para confirmarle que vamos –dijo Sinclair, y antes de que Tiree pudiera negarse, se levantó y salió de la habitación.

Pero Eloise se había dado cuenta de su falta de entusiasmo.

–No te apetece ir, ¿verdad?

–Sí. Claro que sí –dijo Tiree, no queriendo crear problemas–. Es que como es tu último día, pensé que querrías tener a tu padre solo para ti.

–No especialmente. De hecho, no me importa compartirlo contigo –dijo la niña, sonriendo de manera significativa.

Tiree podría haber ignorado aquel gesto, pero quería dejar las cosas claras.

–Eloise, lo que ocurrió anoche… –dijo Tiree, y se interrumpió para escoger las palabras adecuadas.

–¿Te refieres a cuando os estabais besando? –sugirió Eloise.

Tiree se preguntó si ella era la única que se sentía avergonzada por lo que había pasado. Eloise no parecía estarlo, aunque quizá estaba acostumbrada a que las mujeres se echaran a los brazos de su padre.

–No te preocupes –añadió la niña–. Papá me lo explicó todo y lo entiendo.

–De acuerdo –dijo Tiree, pero la curiosidad pudo con ella–. ¿Qué te dijo exactamente tu padre, si no te importa que te lo pregunte?

–Ya conoces a papá. Dio muchos rodeos hasta que más o menos me dijo que le gustabas mucho pero que yo no debería tomármelo demasiado en serio porque eres más joven y una estrella del rock.

–¿Te dijo que yo le gustaba mucho? –preguntó Tiree con incredulidad.

–No con esas palabras exactas, pero eso es lo que quiso decir.

Tiree lo dudaba, aunque lo de no tomárselo en serio sí era algo que Sinclair habría dicho.

–Y seguro que a ti también te gusta, porque de lo contrario no permitirías que él te besara, ¿verdad? –concluyó la niña.

–Tu padre es un hombre muy atractivo –dijo Tiree.

–¿Eso significa que a ti también te gusta? –preguntó Eloise sonriendo.

–Yo… –dijo Tiree sin saber cómo contestar–. No quiero que le des demasiada importancia a todo esto, Eloise. ¿Lo entiendes?

–Claro. No debo ir a por el vestido de novia aún, ¿no es así?

Por un momento, Tiree no supo qué decir, pero después se echó a reír. Quizá Eloise estuviera en lo correcto y lo mejor fuera tratarlo todo como una broma.

–Pues la verdad es que ya lo he diseñado –dijo Tiree, continuando con la broma–. Será de color rosa, con mangas de campana y corpiño elástico. Parecerás una princesa.

–¡Qué feo! –exclamó Eloise.

–¡Estás avisada! –replicó Tiree, sin darse cuenta de que Sinclair había vuelto.

–¿Sobre qué? –preguntó Sinclair que, afortunadamente, solo había escuchado la última parte de la conversación.

Tiree miró alarmada a Eloise. ¿Y si la niña le decía que habían estado hablando sobre vestidos de novia?

Los ojos de Eloise brillaron con travesura.

–Estamos hablando de cosas de chicas –dijo la niña finalmente.

–Entonces me meteré en mis propios asuntos –dijo Sinclair con

serenidad–. ¿Alguien ha visto mi ordenador portátil?

Ambas negaron con la cabeza, pero Eloise se ofreció para ir al coche a buscarlo.

Sinclair se quedó. Captó brevemente la mirada de Tiree antes de que ella la apartara.

Aquello era ridículo. ¿Acaso se le iba a acelerar el corazón de aquella manera cada vez que estuvieran a solas?

–Anoche hablé con Eloise –dijo él, soltando una pequeña carcajada–. Le parece bien.

Y por lo que parecía, él pensaba que era divertido. ¿Y por qué no? Hacían una pareja de chiste. Era una lástima que Tiree hubiera perdido el sentido del humor.

–Lo de nuestro beso –añadió al ver que ella no decía nada.

–Te he entendido –replicó ella–. ¿Podemos olvidarlo?

–Si eso es lo que quieres –dijo él con un ligero tono burlón.

Aquello hizo que Tiree levantara la cabeza y lo mirara a los ojos. Pero fue un error, ya que Sinclair sonrió como si pudiera ver a través de ella.

–Sí, lo es –afirmó Tiree.

Pero ambos sabían que no era así. ¿Cómo iba ella a olvidarlo? Cada vez que Sinclair la miraba, Tiree recordaba las veces que la había besado y tocado, dejándola deseando más.

Tiree se dio cuenta de que se había sonrojado y se sintió aliviada al oír a Eloise anunciando su presencia; aún en el pasillo, la niña se aclaró la garganta haciendo unos ruidos un poco exagerados.

Cuando llegó la tarde, Tiree se alegró de poder ir a la barbacoa. Quizá estar con otras personas la ayudaría a dejar de pensar en Ewan Sinclair, y quizá él dejara de observarla continuamente. La ponía nerviosa.

–¡Ti! –llamó Eloise desde las escaleras–. Papá quiere saber si estás lista.

–Enseguida bajo –contestó ella.

Tiree se miró por última vez en el espejo. Había tenido poco donde elegir; era un caluroso día de junio y se había puesto unos pantalones de color crema y una camiseta blanca sin mangas. Esperaba pasar desapercibida.

–¿Estoy bien así? –le preguntó a Sinclair.

Sinclair, que estaba esperándola en la puerta, se sintió sorprendido por la pregunta; era la primera vez que ella lo consultaba sobre su aspecto. Sinclair pensó que tenía el mismo aspecto que siempre: joven y despreocupada, y muy sexy. Sin embargo, se dio cuenta de que lo que ella quería saber era si iba vestida adecuadamente para la ocasión.

–Muy bien –dijo él.

–Eso quiere decir que estás muy guapa –dijo Eloise–. ¿Verdad, papá?

Tiree la miró furiosa pero Eloise se rio igualmente.

–Eso no hace falta decirlo –dijo galantemente su padre, mientras les abría la puerta para salir.

Él también se había vestido de manera informal: llevaba unos pantalones chinos y una camisa de manga corta, y aunque no era la última

moda, a Tiree le pareció bien. Sinclair estaba guapo con cualquier cosa.

La casa de Bob Chivers no estaba demasiado lejos, pero lo suficiente para que Tiree se pusiera nerviosa. Sinclair le había prometido que Chivers no revelaría su verdadera identidad, pero, ¿y si la reconocían?

Cuando llegaron, la fiesta ya estaba en marcha. Los Sinclair obviamente se sentían como en casa; Eloise desapareció inmediatamente en busca de las hijas de Bob, y Sinclair guió a Tiree por el lateral de la casa hasta una terraza de piedra que daba al jardín.

Mientras bajaban por las escaleras, fueron el objeto de unas cuantas miradas curiosas, pero Tiree no se sintió impresionada. Enseguida se dio cuenta de que la curiosidad se debía a la llegada de Sinclair con una mujer desconocida.

La mayoría de los invitados eran amigos comunes de Bob y él. Resultaba obvio que se encontraban a gusto entre ellos y disfrutaban de la compañía, incluso antes de que empezaran a servir el vino.

Durante las dos primeras horas, Sinclair se quedó junto a Tiree en todo momento. Quizá tuviera miedo de lo que pudiera decir, o quizá sabía por experiencia que sus amigos la interrogarían si no estaba él delante.

Cuando le preguntaron a qué se dedicaba, contestaron simultáneamente. Ella dijo que era niñera mientras que Sinclair dijo que era músico. A pesar de la discrepancia, afortunadamente aquello pareció divertir a sus amigos, quienes concluyeron que Tiree era aspirante a músico, actualmente trabajando como niñera.

Parecían personas civilizadas, y si la estaban juzgando, desde luego no lo mostraban. Aun así, Tiree se alegró cuando terminaron las presentaciones y pudo relajarse un poco.

En cuanto conoció a su anfitriona, Jane Chivers, sintió que le gustaba. El sentimiento era mutuo, ya que Jane la invitó a charlar en la cocina mientras preparaba unas ensaladas y aperitivos. Tiree la ayudó a cortar y trocear mientras hablaban de sus gustos en la comida, lo que les gustaba leer e hijos adolescentes. Jane tenía dos y Tiree le contó anécdotas de Eloise.

Aunque tuvo cuidado de no mencionar a Sinclair, no pudo evitar que Jane finalmente le preguntara por él.

–¿Lo que hay entre Sinc y tú es algo serio?

Fue una pregunta tan directa que Tiree no pudo sentirse ofendida. Tampoco podía decir que no hubiera nada porque estaba segura de que Bob le habría contado algo.

–Yo creo que no –dijo Tiree, forzando una risa.

–¿Por qué no? Bueno, quizá no sea asunto mío –dijo Jane, al reparar en su curiosidad.

Tiree se encogió de hombros.

–No soy su tipo.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Jane, que había visto cómo Sinclair la miraba.

–Por muchas razones –contestó Tiree, pensando que eran evidentes–. Para empezar, no me parezco en nada a su ex mujer.

–Nicole –dijo Jane haciendo una mueca de desaprobación–. Desde mi

punto de vista, no ser como ella es un punto a favor.

–Pero era muy guapa –insistió Tiree.

–Supongo que sí –concedió Jane–. Pero se portó muy mal con él. ¿Sabes que lo abandonó?

–Sí. Sinclair me lo ha contado.

–No una, sino dos veces.

Aquello era algo que Tiree no sabía.

–¿La dejó volver después de la primera vez?

Jane asintió.

–Pues ahí lo tienes –dijo Tiree, tomándose aquello como confirmación de lo mucho que amaba a su esposa.

–Estoy segura de que fue más por el bien de Kit que por otra cosa –añadió Jane apresuradamente.

Tiree frunció el ceño.

–Él no era el padre de Kit, ¿verdad?

–No. Pero eso no evitó que Nicole dejara a Kit con Sinc cuando ella se marchó con un exitoso hombre de negocios –dijo Nicole–. Por lo visto, el hombre no estaba preparado para la paternidad instantánea.

–Pobre Kit.

Tiree se dio cuenta de lo mucho que aquello debió afectarlo. No era de extrañar que hubiera sido tan inseguro.

–El caso es que al tener a Kit bajo su cuidado, a Sinclair le resultó muy difícil no aceptar a Nicole cuando ella le suplicó que la dejara volver, y al poco tiempo, Eloise estaba en camino. De cualquier otra manera, dudo que el matrimonio hubiera durado tanto.

–¿Cuántos años tenía Eloise cuando Nicole se marchó por segunda vez?

–Tenía unos seis meses. Se fue con un escritor que vivía en el mismo pueblo. Afortunadamente se mudaron, pero aún así, fue muy duro para Sinclair.

–¿Y los niños?

–En aquella ocasión se los llevó consigo –dijo Jane–, pero cuando Sinc descubrió que los había dejado con los padres de ella, pidió la custodia de ambos. Le concedieron la de Eloise, pero no pudo conseguir la de Kit. El juez concedió a cada uno el derecho a ver al otro hijo, pero Nicole eliminó cualquier contacto cuando se marchó al extranjero. Kit solo volvió con Sinc cuando Nicole murió, y para entonces, ya era tarde para recuperar la relación de padre e hijo. Por supuesto, no era culpa de Sinclair, pero sospecho que de alguna manera se culpa a sí mismo por la muerte de Kit.

«No, me culpa a mí», se dijo Tiree mentalmente. Pero no podía decirle aquello a Jane sin dar una explicación acerca de quién era, y aunque aquella mujer le caía bien, no era una confidencia que quisiera compartir.

Por su siguiente comentario, Jane también se preguntaba si no habría dicho demasiado.

–Quizá no debería estar contándote todo esto, pero sé que Sinclair nunca admitirá cómo fue realmente. Quizá sea el orgullo o el deseo de proteger a Eloise, pero Nicole es un tema tabú.

Tiree se había dado cuenta de aquello.

–No te preocupes. No le diré nada.

–Gracias –dijo Jane sonriendo para después volver a temas más seguros.

Más tarde salieron al jardín con las ensaladas y los aperitivos. Mientras los colocaban en las mesas, alguien las llamó a las dos.

Se dieron la vuelta para encontrarse con Rhys acercándose a ellas. Debía de haber llegado mientras estaban en la cocina.

–Jane, estas tan guapa como siempre –dijo Rhys sonriéndole a Tiree.

–Me gustaría poder creerte, Rhys –dijo Jane, dejando que le diera un beso en la mejilla–. ¡Ten cuidado con este! –le avisó a Tiree antes de dejarlos a los dos solos.

Rhys se rio al escuchar aquel comentario.

–Esperaba encontrarte aquí –dijo Rhys con suavidad–. La semana pasada no tuvimos ocasión de despedirnos. Supongo que sigues trabajando para Sinc.

–Sí –afirmó ella.

–¿Y dónde está? –preguntó Rhys, mirando a su alrededor justo cuando Sinclair se acercaba a ellos–. ¡Hablando del rey de Roma!

–Hola, Rhys –saludó fríamente Sinclair, antes de mirar a Tiree, quizá preguntándose dónde había estado.

–Hola, Sinclair –dijo Rhys–. No me dijiste que ibas a venir.

–A mí también me sorprende verte aquí –replicó Sinclair–. No pensaba que te gustaran las barbacoas.

–Me apetecía darme una vuelta por aquí, y me alegro de haberlo hecho.

Al decir aquello, dirigió su mirada hacia Ti, pero ella no se dejó impresionar y no se lo tomó demasiado en serio. De hecho, estuvo a punto de echarse a reír.

Sinc no parecía tan divertido.

–¿Dónde está tu última conquista? ¿O es que no la han dejado salir a jugar? –le dijo a Rhys.

–Muy gracioso –dijo Rhys haciendo una mueca–. Sinclair piensa que me gustan demasiado jóvenes. ¿Cuántos años tienes tú? –le preguntó a Tiree.

–Veintitrés –contestó ella.

–Me pregunto si eso es demasiado joven –reflexionó Rhys en voz alta–, porque si no lo es, en estos momentos estoy libre de compromisos.

–¿De verdad? Me aseguraré de pasar la información –dijo Tiree tranquilamente.

Rhys captó el mensaje y se rio.

–Supongo que nuestro amigo también te ha dicho que tengas cuidado conmigo. Bien, pues es todo cierto, pero estoy dispuesto a cambiar, si decides aceptar el reto.

–El premio tendría que merecer la pena del esfuerzo –replicó Tiree.

–¿Lo averiguamos? –sugirió Rhys, mirándola lascivamente.

Sin embargo era solo palabrería, ya que se había dado cuenta de que perdía el tiempo con Tiree.

Pero Sinclair lo veía todo de manera diferente. De hecho, si Rhys hacía otro comentario de aquel estilo, estaría dispuesto a pegarse con él.

–¡No os preocupéis por mí! –exclamó furioso mientras se alejaba de ellos.

Desconcertados, Tiree y Rhys se quedaron mirando cómo se marchaba.

–O ha perdido el sentido del humor o cierto monstruo de ojos verdes se ha apoderado de él –dijo Rhys finalmente.

Tiree pensó lo segundo. Pero Sinc debía de saber que ella no se sentía atraída por su amigo.

–¡Eso en cuanto a irónico! –reflexionó Rhys.

–¿Irónico? –repitió Tiree, que no entendía a qué se refería.

–No tiene importancia. Es algo sobre su anterior niñera –dijo Rhys, decidiendo que su lealtad hacia Sinclair era completa–. ¿Lo buscamos y le damos un beso para hacer las paces?

Tiree esperó no estar sonrojándose mientras Rhys enlazaba su brazo en el de ella para ir en busca de Sinclair.

Enseguida lo vieron, ya que estaba alejado de la multitud. Sin embargo, no estaba solo.

Tiree había visto a la mujer hacía un rato. Sus miradas se habían cruzado y la mujer pareció mirarla con desdén, pero Tiree pensó que había sido imaginación suya.

Era alta y elegante; llevaba un vestido de color rosa pálido y sandalias de tacón, y la forma en que se inclinaba sobre Sinclair y su lenguaje corporal decían mucho.

–Vaya, nos ha ganado la guapa señorita Parker Scott. ¿Conoces a Stephanie?

–No –dijo Tiree, aunque el nombre le resultaba familiar.

¿No era a una Stephanie a la que Eloise había sorprendido acechando la casa, aquella mañana muy temprano?

Cabía la posibilidad de que Sinclair conociera a dos mujeres con aquel nombre, pero Tiree no lo creía probable.

–Pues no te pierdes nada –continuó Rhys–. Es muy guapa, pero increíblemente aburrida.

–Pues a *él* sí parece gustarle –dijo Tiree sin poder evitar la acritud en su voz.

Aquel comentario llamó la atención de Rhys y se preguntó qué estaría pasando realmente entre su amigo y la joven niñera.

–Trabaja en el hospital, eso es todo –dijo Rhys finalmente–. Supongo que Sinc se siente obligado a ser amable.

Pero Tiree negó con la cabeza. Quería saber la verdad.

–Solía salir con ella, ¿verdad?

–De vez en cuando –admitió Rhys y se encogió de hombros, sugiriendo que no había sido una relación seria.

Tiree no tenía por qué dudarlo. Sinclair le había dicho en una ocasión que aquel era el único tipo de relación que buscaba.

Pero Tiree no pensó que le fuera a doler tanto el verlo con otra mujer, hablando y riendo, como si aún compartieran algo. Quería gritarle a la mujer que Sinclair la pertenecía a ella, pero aquello era una locura.

–¿Estás bien? –le preguntó Rhys, observándola de cerca.

Tiree se obligó a sonreír.

–Sí. Iré a por algo de beber.

–Buen idea –dijo Rhys y con una mano sobre su hombro, la guió hacia la zona de la barbacoa donde Bob Chivers estaba sirviendo vino, cerveza y

zumos.

Los dos hombres parecían conocerse bastante bien.

–Hola, Rhys –saludó Bob–. Me siento muy honrado de que hayas decidido venir.

–Sí, claro –dijo Rhys, haciendo una mueca ante el evidente sarcasmo de Bob.

–¿Te disparo ahora o espero a más tarde? –continuó Bob en la misma línea.

–Más tarde. Aunque para entonces quizá te esté suplicando que lo hagas –dijo Rhys arrastrando las palabras.

Miró a su alrededor al resto de los invitados, que evidentemente eran demasiado aburridos para él.

Bob se limitó a reír con naturalidad y después se dirigió a Tiree.

–Sinc te estaba buscando.

La sonrisa de Tiree desapareció por completo.

–Pues ahora está bastante ocupado –contestó Rhys por ella y hábilmente cambió de tema–. Bueno, ¿nos vas a dar algo de beber?

–Por supuesto –dijo Bob, recordando que era el anfitrión–. Sírvete tú mismo una cerveza, Rhys. ¿A ti qué te apetece, Tiree?

–Vino blanco, por favor –dijo Tiree débilmente.

Tomó la copa que Bob le ofrecía y mantuvo la mirada fija en su contenido para no tener que mirar a Bob a los ojos. Dio un par de sorbos e intentó concentrarse en la conversación de los hombres, pero no pudo. Las palabras «bastante ocupado» no paraban de dar vueltas en su cabeza, y cuando Rhys le hizo una pregunta, ella apenas fue consciente y por lo tanto, tampoco fue capaz de contestar.

Decidió excusarse y se alejó, ignorando la llamada de preocupación de Rhys.

Quería encontrar un sitio tranquilo para estar a solas, así que se dirigió hacia el interior de la casa. Entró por las puertas correderas de la terraza y se detuvo bruscamente al darse cuenta de que no era la única que buscaba un poco de intimidad.

Podía haberse marchado sin ser vista, pero debía de sentirse masoquista porque se quedó allí de pie, mirando.

Quizá fuera porque necesitaba aquello para abrir bien los ojos: Sinclair con otra mujer en sus brazos, y ella rodeando su cuello con las manos y con la cabeza inclinada hacia arriba, esperando un beso que no llegó, pero solo porque Sinclair fue consciente de la presencia de Tiree.

Al menos tuvo la decencia de parecer sentirse culpable. O quizá solo estuviera enfadado por la interrupción. Desde luego lo parecía cuando ella finalmente dio media vuelta y él la llamó.

Pero Tiree no se detuvo.

Un corazón roto era lo suficientemente doloroso para además tener público.

Capítulo 11

SINCLAIR habría salido tras Tiree, pero la otra mujer aún estaba abrazada a él.

–¡Vaya! ¿Era esa tu *pequeña* niñera? –preguntó Stephanie en tono burlón.

–No es mi pequeña nada –dijo Sinclair al tiempo que se soltaba de los brazos de ella y daba un paso hacia atrás.

–Entonces, ¿por qué no podemos estar juntos? –preguntó ella, reticente a aceptar un no por respuesta.

Sinclair contuvo un suspiro de impaciencia. Había conseguido soltarse de Stephanie anteriormente, pero ella lo había seguido hasta allí. Si no fuera porque habían tenido una relación, Sinclair habría sido más despiadado con ella.

–Como ya te he dicho, no creo que sea una buena idea. Lo siento.

Stephanie hizo un mohín, pero finalmente se dio por vencida.

–¡Tú te lo pierdes! –le dijo, y recuperó la dignidad marchándose de la habitación con la cabeza erguida.

Aliviado, Sinclair miró cómo se marchaba y contó hasta treinta antes de salir él también.

Desde la terraza miró hacia el jardín en busca de una cabeza familiar. Pensó que le sería fácil encontrar su moreno pelo entre tantas rubias.

Pero fue a Bob a quien vio, subiendo por las escaleras a la terraza.

–¿Has visto a Tiree? –preguntó Sinclair sin más preámbulo.

–Sí, yo… –dijo Bob, dudando en decírselo–, …me temo que se ha marchado.

–¿Cómo?

–Creo que Rhys se la llevó.

Bob sabía que se enfadaría, pero no estaba preparado para el arrebato de furia de Sinclair.

–¡Maldito bastardo!

–¡Sin! –exclamó Bob, consciente de que estaban atrayendo todas las miradas–. Vamos dentro a hablar.

–¡No quiero hablar! –dijo casi gritándole a su amigo.

Bob lo ignoró, así como el intento de Sinclair de zafarse de él y lo guió hacia la casa. Sinclair podría haberse librado de él, pero aquello habría significado pegar al amigo equivocado.

Bob lo llevó al estudio y, tras sentarlo en una silla, sirvió dos vasos de whisky. Le entregó uno a Sinclair, pero este lo rechazó bajo la excusa de que tenía que conducir.

–De acuerdo –dijo Bob–, pero primero tienes que relajarte un poco. No puedes perseguirla en este estado.

Sinclair lo miró como si se hubiera vuelto loco.

–¿Realmente piensas que haría eso otra vez? Si quiere a Rhys, por mí puede quedarse con él.

Tiree se habría marchado de todos modos, pero con Rhys era más fácil y rápido.

Justo cuando estaba saliendo de la casa apresuradamente, se chocó contra él.

–¡Cuidado! –dijo él al tiempo que la sujetaba de un brazo.

–Lo siento –dijo Tiree, que por un momento no lo reconoció.

–¿Estás bien? –preguntó Rhys.

–No –dijo Tiree, cansada de fingir–. ¿Puedes llevarme a casa?

–¿Quieres decir a casa de Sinc?

–No. A la mía.

Rhys dudó por un momento.

–¿Y a él le parecerá bien?

–¡Desde luego! –dijo Tiree furiosa–. Pero puedes preguntárselo cuando termine de besar a esa Stephanie.

–¿Qué está haciendo? –preguntó Rhys al pensar en aquella improbable situación.

–No importa –dijo Tiree, arrepintiéndose de haberlo dicho. Sentía que todos sus poros emanaban celos–. ¿Me vas a llevar o no?

–Claro –dijo Rhys, más tranquilo al pensar que también le estaba haciendo un favor a Sinc–. Mi coche está a la entrada.

–Bien –dijo Tiree, dejando que él la guiara sujetándola del brazo.

En apariencia, se marcharon como una pareja, pero en cuanto estuvieron en el coche, Rhys se dio cuenta de que el único interés que ella tenía en él era para que la llevara a casa.

Había unos veinticinco kilómetros hasta su casa y con Rhys al volante, tardaron casi el mismo número de minutos en llegar.

Rhys intentó mantener una conversación, pero Tiree se sentía demasiado triste para molestarse en hablar. Hasta que salieron de la casa de los Chivers, se había mantenido gracias al sentimiento de furia. Pero en aquel momento, tuvo que hacer un gran esfuerzo por no llorar.

Afortunadamente, cuando llegaron no había ningún periodista. Habían pasado dos semanas y su historia ya había sido olvidada.

Rhys se invitó a sí mismo a una taza de café y Tiree fue capaz de mantener la compostura mientras él estaba allí, pero en cuanto se marchó, se echó a llorar desconsoladamente.

Hacía mucho tiempo que no lloraba, quizá años, pero en cuanto empezó, no pudo parar.

Lloró por Stu, por Kit y por ella. Por lo tonta que había sido.

¿Acaso no le había dicho Stu que el amor era para los tontos?

–¿La amas? –se aventuró Bob a preguntar.

Sinclair miraba fijamente su vaso de whisky.

–¿Amarla? –dijo Sinclair mirándolo con lástima–. ¿Por qué no defines qué es el amor?

Bob pensó en la respuesta por un momento.

–El amor es diferente para cada persona.

–¿Dónde has leído eso, en una tarjeta de San Valentín? –se burló Sinclair–. Te diré lo que es el amor: es una fantasía, una ilusión y una desilusión, una forma de locura provocada principalmente por el dolor de tu entrepierna –añadió con cruda elocuencia.

Bob enarcó una ceja, pero no estaba realmente sorprendido. Sinclair era su más antiguo amigo y lo había visto en aquel estado en otras ocasiones.

–Muy interesante –reflexionó Bob, en su papel de psiquiatra–. ¿Eso significa que te has acostado con ella o no?

–Lo último –admitió Sinclair con acritud–. Pero mi vida sexual no es asunto tuyo.

–¿Por qué no?

–Recuérdame que te pregunte por la tuya en algún momento.

–A lo que me refiero es por qué no lo has hecho. Os gustáis y estáis viviendo en la misma casa.

–¿Crees que no quiero? –dijo Sinclair, recordando las noches en las que no había pensado en otra cosa–. Pero no es tan sencillo. Con mujeres como Stephanie, sabes a qué atenerte. No eres el primer hombre con el que están. Probablemente ni siquiera seas el vigésimo primero, pero no es ningún problema. No estás obligado a ser algo que no eres ni a dar más de lo que puedas ofrecer… ¿entiendes lo que te digo?

–Puedes darte un revolcón y marcharte.

–¡No!… Sí, supongo que sí.

–Pero con Tiree es diferente –conjeturó Bob–. ¿Porque era virgen?

–En parte –concedió Sinclair y de repente se volvió hacia él–. ¿Quién te ha dicho eso?

Bob permaneció callado. Había dicho demasiado.

–¿Tiree? –adivinó Sinclair–. ¿Y qué más te dijo?

–Lo siento, sabes que no puedo decírtelo. Secreto profesional –dijo Bob.

–¡Qué bien! –dijo Sinclair, mirándolo con seriedad–. Probablemente sepas más sobre ella que yo.

Bob extendió las manos a modo de respuesta. Quería ayudar a su amigo pero no podía.

–Si vais a tener una relación, tendrás que preguntárselo tú, Sinc. Pero prepárate para oír las respuestas.

–¿Y qué sentido tiene? Lo más probable es que ella no quiera una relación –dijo Sinclair, ya que no tenía ninguna razón para creer lo contrario–. ¿Por qué iba a quererla? ¡Por el amor de Dios, es una famosa estrella del rock! Ya me la imagino conformándose con un médico de mediana edad y con una vida tan emocionante como la pesca con mosca.

–¡No me digas! –exclamó Bob sin ocultar su exasperación–. ¿Eso es algo que dijo Nicole?

–¿Y qué si lo es?

–¿Quieres saber mi opinión? –continuó Bob.

–¡No!

–Pues te la daré de todos modos. Cometiste un gran error en tu vida, pero has permitido que influya en tu juicio desde entonces.

–Gracias, doctor Freud –replicó Sinclair sarcásticamente–. ¿Y esa opinión es profesional o personal?

–Ambas.

–¿Quiere eso decir que tendré que pagar por ella? –preguntó Sinclair con frialdad.

–Por supuesto –dijo Bob antes de obligarlos a retomar el tema–. La cuestión es que sea quien sea, Tiree *no* es Nicole, Sinc.

Sinclair era consciente de aquello.

–¿La amaría si lo fuera?

–Entonces sí la amas –dijo Bob sonriendo levemente.

Sinclair apretó los labios y se negó a continuar incriminándose.

–¿Irás a buscarla?

–¿Tú qué crees?

Al principio Tiree pensó que sería un periodista. ¿Quién sino iba a llamar a la puerta de aquella manera tan insistente?

Acababa de salir de la ducha y se estaba poniendo la ropa interior cuando lo oyó. Eran unos continuos y fuertes golpes que no dejaban tiempo a responder. Aunque ella no tenía intención de hacerlo, se puso una bata y se asomó a la ventana por curiosidad.

En cuanto vio quién era se quedó paralizada. No había esperado que fuera él, ya que, cuando tras una hora no había ido allí, Tiree pensó que seguiría bastante ocupado.

–¡Tiree! –gritó Sinclair al verla en la ventana–. Vamos, ábreme. Tenemos que hablar.

–¡Márchate! –vocalizó Tiree.

Ella no necesitaba hablar. ¿Qué quedaba por decir?

–¡Tiree! –gritó Sinclair, y golpeó la puerta al ver que ella no se movía–. Si hace falta, entro por la fuerza.

Tiree se dio cuenta de que estaba enfadándose por momentos, pero estaba más resentida que asustada. ¿Por qué estaba él enfadado?

Pensó que limitándose a mirarlo acabaría por marcharse y estaba segura de haberlo conseguido cuando él se apartó de la puerta, pero solo lo hizo para que ella viera que iba hacia la parte trasera de la casa.

Tiree lo miró hasta que desapareció de su vista, pero el no saber qué estaba haciendo la obligó a bajar al piso de abajo. Lo encontró junto a la ventana de la cocina.

El cristal que él rompió para entrar a rescatarla el primera día había sido reparado durante su ausencia, pero allí estaba él, con un ladrillo en la mano. Quizá fuera el mismo que utilizó la última vez que entró.

La batalla de las miradas comenzó de nuevo y ambos esperaron a que el otro se cansara.

Tiree fue la primera, alargando la mano hacia el auricular del teléfono que colgaba en la pared.

–Voy a llamar a la policía.

–Adelante –dijo él, asumiendo el riesgo.

–No creas que no lo haré. ¿Y cómo crees que saldría en los periódicos? «Un médico acosa a una estrella del rock».

–¿Crees que me importa? –preguntó él al tiempo que levantaba el ladrillo–. Será mejor que te apartes. No queremos que te cortes con un cristal, ¿verdad? Rhys quizá dejara de pensar que eres guapa.

Tiree lo miró por un instante, preguntándose si de verdad no se habría vuelto loco. ¿Qué tenía Rhys que ver con todo aquello? Sinclair era el que había estado abrazándose con su antigua novia.

–Esto es ridículo –dijo Tiree, descorrió el pestillo de la puerta y la abrió–. ¿Qué quieres?

–Lo tomaré como una invitación –dijo Sinclair, colocando el pie junto al marco de la puerta.

Tiree se apartó cuando él entró.

Sinclair atravesó la cocina y salió al pasillo, miró escaleras arriba y después entró en el salón.

–¿Rhys se ha marchado? –le preguntó finalmente.

–¿Has visto su coche afuera? –preguntó ella furiosa.

Sinclair apretó irritado los labios.

–¿Por qué no estás vestida?

Tiree se dio cuenta de que las dos preguntas estaban unidas y quiso devolverle parte del daño que le había hecho. Quizá estuviera allí actuando como un loco celoso, pero dos horas antes había estado abrazado a otra mujer.

–¿Y por qué crees tú que es? –preguntó ella, adoptando una pose pensativa–. ¿Qué podría haber estado haciendo antes de que llegaras?

–Por el bien de Rhys, será mejor que estés bromeando –dijo él furioso.

Por la forma en que le latía el pulso en la sien y por la forma en que apretaba los puños, Tiree se dio cuenta de que había dado en el clavo. Decidió no provocarlo aún más; aunque estaba segura de que no se pondría violento con ella, Rhys era otro tema.

–Me he duchado, eso es todo –dijo ella, más aburrida que defensiva–. Pero ya que estamos intercambiando esa clase de información, ¿dónde te has dejado a tu novia?

–Si te refieres a Stephanie Parker Scott…

–A no ser que fuera otra persona a la que estabas besando –interrumpió ella.

–No lo estaba haciendo –declaró él.

–No, claro. Qué tonta soy, se me había olvidado. Yo entré y estropeé el momento.

–No fue así –dijo él guardando la compostura–. Steph es una antigua novia, lo admito. Y, sí, ella quería que la besara… pero no tenía ninguna intención de hacerlo.

Parecía tan convincente que Tiree estuvo a punto de creerlo, pero finalmente negó con la cabeza.

–¿Qué más puedo decir? No estoy interesado en la maldita Stephanie. De hecho, nunca lo estuve –confesó Sinclair–. Pero soy un hombre de treinta y ocho años que de vez en cuando necesita compañía, y ella estaba

dispuesta a dármela.

Tiree se preguntó si decía aquello para que se sintiera mejor.

–Pues gracias por compartirlo conmigo. ¿Y qué era yo entonces? Supongo que otro revolcón fácil.

Tiree casi escupió las palabras, sin importarle si eran demasiado duras, y lo último que esperaba era que él se echara a reír.

Después, la miró con incredulidad.

–¿Tú, fácil? ¿Crees que ha sido fácil, noche tras noche, sabiendo que estabas en el piso de arriba? Te deseaba tanto que no podía dormir, pero demasiado asustado de hacer algo que te ahuyentara.

Tiree lo miró fijamente. Había tanta pasión en su voz que casi la asustó.

Sinclair salvó la distancia que había entre ellos y la sujetó del brazo cuando ella intentó apartarse.

–¿Sientes algo por mí?

Tiree se sentía abrumada, pero no podía decirle aquello. No era lo que él quería oír; el amor no entraba en los planes de aquel hombre.

–¿No? –dijo, y tomó su cara entre las manos–. Entonces haré que lo sientas.

Ella lo miró en protesta silenciosa, pero si Sinclair vio aquella mirada vulnerable, cerró los ojos para ignorarla.

Tiree debería haber tenido la defensa perfecta; lo único que tenía que hacer era no reaccionar, algo que le salía con naturalidad. Pero con Sinclair era diferente. Cuando él puso sus labios sobre su sien, comenzó a temblar. Después, Sinclair se movió hacia su mejilla y después a su oreja, y Tiree comenzó a acercarse a él incluso antes de que él le rodeara el cuello con el brazo. Levantó la cabeza para buscar su boca, suplicando su beso y la agitación que le provocaba.

Tenía que ser suficiente con que ella lo amara y que él la deseara.

–Permítemelo –suplicó él con la respiración entrecortada.

A Tiree le había abandonado el orgullo.

–Sí –aceptó ella.

Entonces, Sinclair la tomó de la mano y la llevó al piso de arriba. Sin perder el tiempo, se metió en la primera habitación, que resultó ser la de ella.

Mientras la besaba y la acariciaba, le abrió la bata y se echaron sobre la cama.

Aún había luz así que no había forma de esconderse a sus ojos. Sus pechos estaban desnudos, pero cuando comenzó a tocarla la miró a la cara.

Sinclair quería ver cómo entreabría los labios y escuchar sus gemidos mientras él jugaba con un pezón hasta ponerlo erecto. Quería ver cómo se dilataban sus pupilas y cómo echaba la cabeza hacia atrás antes de agachar la cabeza para lamer el pezón con su lengua.

Tenía que saber que ella estaba dispuesta, aunque no había lugar a dudas por la forma en que le sujetaba la cabeza, gimiendo por lo que sus labios y sus dientes le hacían, urgiéndolo a morder con más fuerza hasta que el placer se confundía con el dolor. Cuando Tiree le tiró del pelo, solo fue para mover su boca hacia el otro pecho y recibir el mismo tratamiento.

Tiree no se resistió cuando sus manos comenzaron a deslizarse sobre su cuerpo, dejando su piel desnuda para que él la tocara. Ella se incorporó y Sinclair le quitó la bata, después, se volvió a echar, completamente desnuda excepto por unas pequeñas braguitas.

Sinclair se quedó de pie junto a la cama, mirándola, con los ojos oscurecidos por el deseo. Aquello le hizo sentir un escalofrío y Sinclair debió pensar que tenía frío porque la tapó con la colcha de la cama. Después, comenzó a desnudarse.

Lo hizo sin sentido de la timidez; era delgado y musculoso, tal y como Tiree lo recordaba. También estaba claramente excitado y Tiree sintió un poco de vergüenza.

Cuando él se echó junto a ella, Tiree estaba mirando hacia otro lado. Sinclair la besó en el cuello y la rodeó con un brazo; tomó un pecho con su mano y sintió que se hinchaba contra la palma. Tiree se volvió para entregarse a él y una vez más, Sinclair tomó su pezón entre los labios mientras ella lo sujetaba y gemía de placer.

Se movió de un pecho a otro, jugando con la lengua y los dientes, haciendo que ella se arqueara hacia él para apaciguar el deseo que crecía en su vientre. Sinclair la obligó a esperar, a desear que él introdujera la mano por debajo de sus braguitas y acariciara el suave triángulo que separaba sus piernas y que estaba caliente y húmedo. Con un dedo acarició su tierno botón de carne, lentamente pero con fuerza, haciendo que ella jadeara de placer con cada pasada hasta que gimió con deseo y cerró las piernas alrededor de él.

En aquel instante, Sinclair se echó encima de ella; su cara era una máscara de deseo, y, aunque lo deseaba, Tiree se tensó cuando él la penetró con su larga y dura masculinidad. Tiree exclamó, más por sorpresa que por dolor y se preparó para la siguiente embestida.

Pero no ocurrió nada. Sinclair se quedó quieto al igual que la primera vez.

Tiree abrió los ojos y vio que la miraba con dulzura.

–No quiero hacerte daño –susurró él.

Tiree no podía hablar, así que acercó sus labios a los de él y lo besó con una pasión que le hizo olvidar sus escrúpulos.

Sinclair comenzó a moverse dentro de ella, lentamente al principio para que ella disfrutara de aquel placer y comenzara a mover su cuerpo para seguir el ritmo. Después se hizo más difícil contenerse, más difícil recordar que ella era una novata, cada vez que movía las caderas con cada embestida suya; no podía resistirse al deseo de penetrarla cada vez más mientras ella se movía debajo de él. Quería poseerla por completo, incluso cuando alcanzaron juntos un escalofriante clímax.

Sinclair la atrajo hacia él y se echó en la cama. Exhaustos, se quedaron uno en brazos del otro hasta que recuperaron el aliento. No hablaron. ¿Qué les quedaba por decir?

Sinclair le acarició el pelo y ella se durmió durante un rato. Cuando se despertó, Sinclair comenzó a hacerle el amor de nuevo. Exploró su cuerpo con manos habilidosas y con la boca, y en aquella ocasión, alargó el momento de los juegos previos hasta que ella, desinhibiéndose

completamente, le suplicó que la penetrara. Sinclair levantó las caderas de Tiree hacia él y entró en su cuerpo, haciéndola gemir con fuerza hasta que estuvieron empapados de amor.

Más tarde, Tiree estaba echada boca arriba mirando el techo, consciente de que Sinclair, apoyado sobre un codo, la estaba mirando. Ella lo miró de reojo y él alargó la mano para acariciar sus suaves facciones.

–Supongo que sabes que eres preciosa –murmuró él finalmente.

–Por supuesto –bromeó ella.

Aquello era mejor que decir lo que realmente pensaba: comparada con su esposa, no sería tan guapa.

–¿Pues qué más puedo decir? –dijo Sinclair sonriendo–. Eres lista, encantadora y alarmante por igual; deliciosa en la cama… y creo que estoy enamorado de ti.

Aquello último lo dijo en voz baja, como si fuera un terrible secreto.

Al principio, Tiree no reaccionó. Lo oyó pero no lo creía. Parecía un pensamiento secundario, algo que se sentía obligado a decir y aquello la enfureció.

Tiree se incorporó en la cama, soltándose de su abrazo y tapándose con la colcha. El movimiento tomó a Sinclair por sorpresa, pero se dio cuenta de que la había molestado.

–No querías oír eso, ¿verdad?

Ella movió la cabeza y cuando él alargó la mano para tocar su espalda, Tiree se apartó aún más.

–No necesito mentiras –dijo ella sin mirarlo.

No quería darse la vuelta y que él viera las lágrimas en sus ojos. Tampoco quería su lástima.

Tiree se apresuró hacia el otro lado de la cama, tomó su bata y se marchó al cuarto de baño antes de que él pudiera detenerla. Cerró la puerta con pestillo y se apoyó contra el marco. Pero sabía que aquel era un pésimo comportamiento.

Después de todo, ¿cuál era su culpa? Aquello era algo que hacían los hombres, Tiree lo sabía por sus amigos: confesaban amor después del sexo, sin importar si al minuto siguiente se habían vestido y marchado.

Se preparó para oír el golpe en la puerta, pero no llegó. Se lo imaginó moviéndose por la habitación, buscando su ropa para vestirse y marcharse. Quizá incluso le agradeciera que le facilitara la marcha de aquella manera.

Pero Tiree no quería que él estuviera agradecido. Quería que derribara la puerta y le suplicara que lo escuchara. Quería que él le dijera que la amaba de verdad y que no podía vivir sin ella. Cualquier cosa menos aquel terrible silencio.

Comenzó a llorar y se metió en la ducha para ahogar el sonido de su llanto con el agua; se quedó bajo el chorro hasta que todo rastro de haber hecho el amor desapareció por el desagüe. Pero no se arrepentía de haberlo hecho; sería demasiado hipócrita cuando sabía que volvería hacerlo otra vez, si él se lo pidiese.

Quince minutos más tarde, salió de la ducha y se arropó con la toalla. La ducha le había ayudado a recobrar la compostura, aunque no creía que le hiciera falta, ya que el silencio en la habitación le indicaba que

probablemente se había marchado.

Sin embargo se equivocó. No se había marchado; se había vestido y después se había sentado junto a la ventana a esperar.

Sinclair leyó la expresión de alarma en su cara.

–Siento decepcionarte, pero tenemos que hablar –dijo él en tono sombrío.

Tiree pensó que la iba a reprender y se sonrojó. Sabía que se había comportado inmaduramente al salir corriendo, así que ya solo le quedaba adoptar una actitud de indiferencia.

–¿Sobre qué?

Sinclair entrecerró los ojos como si intentara ver más allá de aquella fachada.

–Dímelo tú. Creía que acabábamos de convertirnos en amantes, pero tu comportamiento sugiere lo contrario.

–Yo… nosotros –balbució ella, sorprendida por su sinceridad–. Yo… no sé…

–¿Ha sido el sexo –continuó él en la misma línea–, o lo que dije después lo que te ha espantado?

–Yo… yo… yo –tartamudeó Tiree–. Yo… me gustaría vestirme.

Sinclair hizo una mueca de desaprobación ante su falta de respuesta, pero se dio cuenta de que estaba temblando.

–De acuerdo.

Tiree sacó unos pantalones vaqueros y una camiseta del armario. Después, sacó ropa interior limpia de un cajón y lo dejó todo sobre la cama, pero no hizo nada más hasta que Sinclair se dio cuenta de que le daba vergüenza vestirse delante de él y se dio la vuelta para mirar por la ventana.

Con cualquier otra mujer, aquello le habría parecido ridículo, pero Tiree no era cualquier mujer; en ocasiones parecía más una niña y se dio cuenta de que había cosas de ella que aún no comprendía.

Cuando se dio la vuelta, se encontró a Tiree cruzada de brazos en una pose defensiva.

–Escucha, si voy demasiado deprisa, lo siento. Pero soy demasiado mayor para andar jugando.

Tiree frunció el ceño, perpleja. ¿Realmente pensaba que aquello era un juego para ella?

–No sé qué quieres de mí –contestó ella con sinceridad, ya que nunca había estado en aquella situación.

–A corto plazo, me gustaría que volvieras a casa conmigo…

La mirada de Tiree le preguntaba qué ocurriría a largo plazo.

–… y lo tomaremos desde ahí –se limitó a contestar él.

Tiree quería creer en los finales felices. Iría a vivir con él y, quizá, si hacía lo correcto nunca tendría que marcharse.

Pero ya había pasado por aquello en una ocasión y, aunque lo intentó, no había sido capaz de cumplir las expectativas de los Chisolm.

Quizá tampoco cumpliera las expectativas de Sinclair.

–No puedo –dijo ella–. Me gustas, Sinclair. Lo que siento por ti es más que eso, pero sabes que no nos convenimos…

–Eso no es cierto –interrumpió Sinclair con brusquedad–. Tú estás hecha para mí, y hace media hora me pareció que yo estaba hecho para ti.

Tiree se sonrojó al recordar aquel momento, pero no lo negó.

–Quizá ahora sí, pero, ¿y más adelante? Quizá cuando empieces a darte cuenta de que no encajo del todo porque no hablo igual que tú, o que soy demasiado joven. O que no tengo suficientes estudios –replicó ella–. ¿Qué ocurrirá entonces? ¿Me echarás de la casa?

–Ti –dijo Sinclair al notar la angustia en su voz.

Se levantó y comenzó a andar hacia ella.

–¡Quédate donde estás! –le avisó antes de que pudiera tocarla.

–No voy a hacerte daño –prometió él.

–Claro. Él también dijo eso –se mofó ella.

–¿Quién?

Tiree se dio cuenta de que debía parecer irracional y movió la cabeza.

–¿Quién dijo eso? –insistió él.

–Tom, mi padre adoptivo. Utilizó esas mismas palabras justo antes de… no importa.

–Sí que importa –dijo Sinclair, que sospechaba que importaba mucho.

¿Qué fue lo que Bob le dijo? Pregúntale y prepárate para las respuestas.

–Ti, confía en mí –añadió con suavidad.

–También dijo eso –dijo Tiree, recordando cada detalle–. Aunque no habría hecho falta porque me tenía bien sujeta en la cama.

La expresión de Sinclair se contrajo al compartir su dolor y su contención.

–¿Ese bastardo intentó violarte?

–Sí. Solo que llegó la infantería, su amante esposa.

Tiree a veces se preguntaba si no odiaba más a Margaret.

–Nos miró y decidió que había sido yo la que lo había provocado. Se olvidó del hecho de que yo estaba llorando, de que tenía las braguitas arrancadas y que tenía catorce años…

Sinclair pudo escuchar la furia en su voz, la sensación de traición. Aquello era lo que la había mantenido a flote a lo largo de los años.

–¿Qué ocurrió después?

–No mucho. Volví al orfanato tachada de problemática y ellos continuaron con su vida.

Pero Sinclair sabía que aquello no era todo. Aquel incidente había marcado su visión de la vida, dificultando su forma de relacionarse en el mundo adulto.

–¿No lo procesaron?

–Yo no lo denuncié.

–No esperabas que te creyeran, ¿no es así?

–Era mi palabra contra la suya –dijo ella encogiéndose de hombros–. Stu pensó que no merecía la pena el esfuerzo.

–¿Ya conocías a Stuart Maclennan? –preguntó Sinclair sorprendido.

Tiree asintió.

–Estaba en el mismo orfanato que yo.

Por su forma de hablar de Stu, Sinclair se dio cuenta de que aunque Stu no hubiera sido su primer amante, continuaba siendo su primer amor, así

que prefirió no decir nada, porque no confiaba en ser capaz de contener sus celos.

–El caso es que Stu me ayudó a vengarme. Yo no habría tenido valor para hacerlo sola, pero Stu no le tenía miedo a nada. Ni siquiera tuvimos que forzar la puerta porque yo aún tenía la llave y los Chisolm no cambiaron el código de la alarma. Destrozamos la casa de tal manera que les debió de costar una fortuna arreglarla.

Aquella confesión fue deliberada. Ya no se trataba solo de recuerdos. Aquello era una prueba. Tiree observó a Sinclair y vio que reaccionaba con suavidad, limitándose a enarcar una ceja, así que continuó.

–Hice más cosas cuando dormía en la calle. Robaba en tiendas, pedía limosna y cerraba los ojos cuando Stu se ganaba la vida de la peor manera –confesó Tiree–. Así que como verás, no soy el tipo de chica a la que presentarías a tu madre.

–No tengo madre –dijo Sinclair al tiempo que se acercaba a ella.

–Ni para presentar a tus amigos del club de campo –añadió, aunque le permitió tomarla de la mano.

–No voy al club de campo y a ciertos amigos míos ya les gustas demasiado.

Aquello último lo dijo con una sonrisa y la forma de mirarla sugería que no le importaba su pasado; solo le preocupaba su futuro juntos.

A pesar de ello, Tiree no confiaba en que fuera tan sencillo.

–Lo que intento decirte es que no puedo cambiar por ti, aunque quisiera. Lo he intentado en otras ocasiones y no resultó.

–Ti –dijo él sinceramente sorprendido–, ¿por qué iba a querer cambiarte? Olvídate de que eres joven y guapa, también eres divertida y lista.

–Gracias –dijo Tiree con la expresión radiante.

–Pero yo soy un padre soltero de treinta y ocho años, con un fracaso matrimonial a mis espaldas.

–Me gustas de todos modos –confesó Tiree, haciéndolo sonreír irónicamente.

–Pero no es el perfil que buscarías en un compañero para toda la vida.

–No lo sé.

Tiree no miraría más allá del día siguiente con Sinclair, cosa que le pareció una sabia decisión ya que él se apresuró en seguir hablando.

–Tampoco espero que te comprometas a ese nivel. Simplemente ven conmigo a casa y veremos qué pasa. No intentaré atarte.

–Sinclair –interrumpió ella–, no te apures. No voy a salir corriendo a reservar la iglesia para la boda.

–Creo que quizá tengamos los cables cruzados –murmuró Sinclair, pero prefirió dejarlo estar–. No importa. Lo que tú quieras, a mí me parecerá bien.

Entonces la besó, ahuyentando así cualquier duda sobre la relación y al rato estaban de nuevo en la cama como una pareja.

Tiree descubrió que el amor podía ser glorioso.

Capítulo 12

TIREE aprovechó el momento de felicidad pero vivió el presente, amándolo cada día más sin confiar en que duraría.

Eloise volvió al colegio y Tiree simplemente se había quedado en la casa. La hija de Sinclair volvería pronto para las vacaciones de verano y Sinclair quería contarle la verdad mientras que Tiree se oponía.

La noche anterior a la llegada de Eloise, tuvieron su primera discusión como pareja. Él la acusó de hipócrita y ella de insensible. La discusión fue subiendo de tono y Tiree finalmente se marchó a su habitación a tocar el violín con furia, hasta que Sinclair apareció e hicieron las paces apasionadamente.

Tiree se salió con la suya y Eloise no supo nada acerca de la relación. Pero no fue una decisión sencilla, ya que tuvieron que actuar como amantes secretos, entrando y saliendo en secreto de sus respectivas habitaciones por las noches.

Pero una mañana se despertaron tarde y estaban vistiéndose cuando Eloise entró en la habitación.

La niña miró a Tiree y después a su padre, apenas reaccionando, y antes de que pudieran decir nada, se marchó sonriendo de la habitación.

Sinclair no pareció disgustado tampoco. De hecho, bromeó con lo ocurrido.

–Tendrás que decir que soy un hombre sincero.

–Muy gracioso –dijo Tiree–. ¿Qué va a pensar?

–Pensará que estamos locamente enamorados, cosa que es cierta. Después se preguntará cómo sacarle partido a la situación y quizá intentará convencernos a uno de nosotros para que compremos el nuevo equipo de música que tanto quiere… Tú eres la única que tiene un problema con esto, Ti.

–Sí, pero es que no me parece bien.

En algunas cosas, Tiree era la más tradicional de los dos, pero jamás habría adivinado su respuesta.

–Entonces hazlo bien y cásate conmigo.

Ella lo miró fijamente, casi esperando que se echara a reír o que sonriera al menos. Pero Sinclair no hizo nada. Estaba completamente serio.

–¿Por Eloise?

–No. Por ti y por mí y por el hecho de que somos una pareja perfecta.

–Pero… tú no querías ningún tipo de compromiso –le recordó ella.

Sinclair lo miró sorprendido.

–Perdona pero eras tú a la que la aterrorizaba la idea, y por la expresión de tu cara creo que sigues pensando lo mismo.

–Yo… no… –tartamudeó Tiree.

–Piénsalo –sugirió Sinclair–. No te sientas presionada ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

Sinclair le dio un beso en la boca y se levantó de la cama para bajar al piso de abajo.

Tiree se quedó en la habitación, pensando en lo que él le acababa de decir; le había sugerido que se casaran como si hubieran estado hablando de las vacaciones.

Tiree no pudo pensar en otra cosa a lo largo del día, y cuando Sinclair volvió del trabajo aún seguía pensando, pero él se comportó como si se hubiera olvidado de la conversación.

Incluso cuando Eloise desapareció del comedor después de la cena, para dejarlos solos, él no habló del tema, sino que habló de otras cosas hasta que Tiree sintió ganas de gritar.

–¿Hablabas en serio esta mañana? –preguntó ella finalmente–. ¿Lo de casarnos?

Su tono de voz no era muy entusiasta. De hecho, era lo suficientemente agresivo para que Sinclair dudara antes de contestar.

–Si has cambiado de opinión… –añadió ella, llegando precipitadamente a la conclusión equivocada.

–En absoluto. Solo quería darte tiempo para que te decidieras.

–Lo he hecho. Pero primero quiero que sepas toda la verdad acerca de Kit.

Tiree le habló a Sinclair de la adicción a las drogas de Kit, de cómo había dejado que se quedara con ella en su casa para desengancharse y de cómo, erróneamente, Kit había pensado que quizá pudieran comenzar una relación. Después le habló de la visita de Stu y de cómo lo había provocado hasta que Kit, no pudiendo soportarlo más, decidió marcharse aquella misma noche. Se había alejado en su moto, enfurecido por la sugerencia de Stu de que Tiree estaba jugando con él. Tiree había obligado a Stu a seguirlo. Aquella era la razón de que se hubieran salido de la carretera, y Tiree se culpaba a sí misma por ello.

–Ya lo sabes todo. ¿Aún quieres casarte conmigo? –preguntó Tiree, pensando que la verdad había arruinado toda posibilidad de felicidad con Sinclair.

–¿Tú qué crees?

A pesar de la irónica sonrisa de Sinclair, Tiree vio que ojos estaban serios, y que su intensa mirada azul reflejaba el amor que sentía por ella y se sintió como una tonta por haberlo dudado.

Ya sabía lo peor y aún quería casarse con ella; conocía lo mejor de ella y no había intentado cambiarla. La aceptaba por ser quien era y la había hecho sentirse realmente amada por primera vez en su vida.

Sinclair ya había pasado por aquella situación y conocía la rutina. Rhys estaba a su lado, tocándose el bolsillo donde estaban guardadas las alianzas y sonriendo, igual que la última vez.

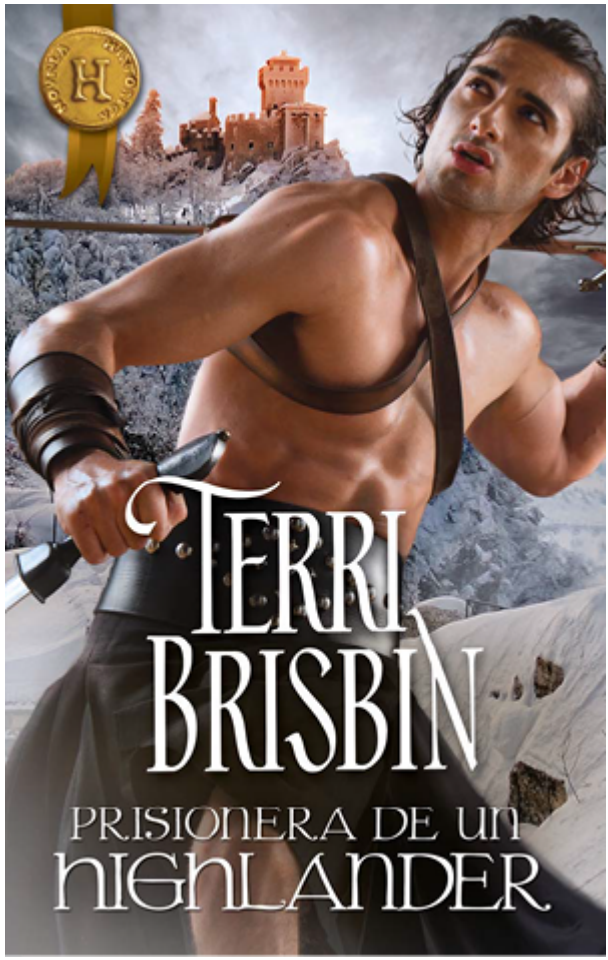
Entonces comenzó la música y Sinclair volvió la cabeza. Se maravilló de

lo guapa que era su novia, vestida de encaje blanco y con perlas. Pensó en lo felices que los había hecho a él y a su hija, que caminaba detrás de Tiree, sonriendo ampliamente.

Sinclair hizo su solemne promesa, seguro en aquella ocasión de que la mantendría y que honraría y amaría a aquella mujer hasta que la muerte los separara.

Y Tiree repitió las mismas palabras mientras su corazón se llenaba de amor.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com